

Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL

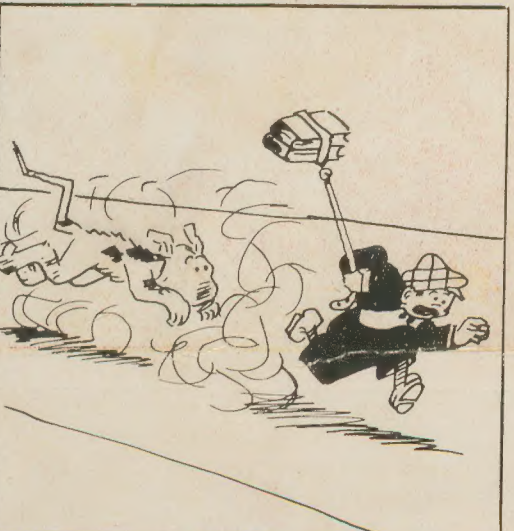
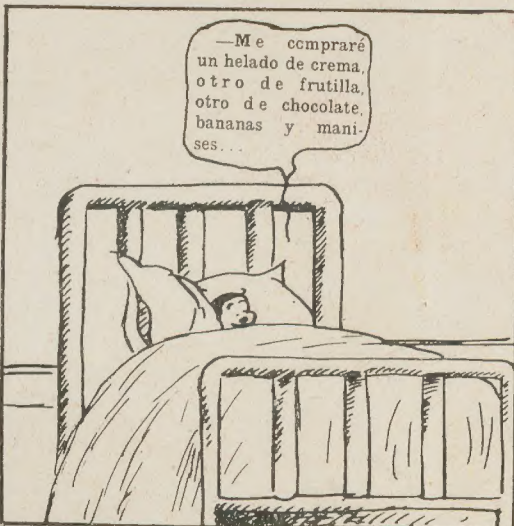


"La princesita de los pies descalzos"

Por José Pinazo Martínez

N.º 813

Señora:
Su hijo Pipiri ha llegado
tarde a la escuela cuatro veces
en la semana última. Si vuelve
a ocurrir esto me verá obligada
a rechazarlo.
La maestra
Maria Antonia



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, noviembre 22 de 1927

Nº. 813

De la semana, por Rojas



Un criado llamó a la puerta:
—¿Se puede?
—Sí, hombre; entra, contestó Luis, entre un bostezo que le ahogó las palabras.
—El tren ha partido, señor.
—¡Caramba! ¿Y no te dije que me despertaras temprano? Yo tenía que ir al pueblo para tomar ciertos apuntes locales. Tú sabes que se espera mi novela con interés creciente. ¿Traes el té?
—Sí, señor.

El criado puso sobre la mesa la pequeña taza de porcelana, hizo una reverencia y salió. Luis comenzó a vestirse con un desencanto enorme. La noche anterior, cuando el reloj dió las doce, él estaba con la pluma en la mano, ante la página vacía. La pantalla regaba sobre la mesa su claridad vacilante. En el silencio del aposento sólo se oía el péndulo del reloj. ¡Qué momento aquel de sequedad espiritual! ¡Precisamente cuando su obra requería mayor brío de estilo, mayor poder de evocación, se había sentido atacado de una inercia invencible. Llegó hasta fastidiarlo el rasgueo de la pluma sobre el papel. Un insecto que volaba sobre la lámpara lo abstraía totalmente y quedó largo rato siguiendo la sombra del animal sobre la pared. — Estos días de encierro me han hecho mal, pudo pensar al fin. Es preciso que renueve mi sensibilidad, necesito un baño de luz. Mañana iré al pueblo, de donde he de venir rejuvenecido por el soplo de la naturaleza. ¡Sí, mañana! Y he aquí que la pereza de un criado había frustrado su plan. ¡Ahora, en qué emplear aquel domingo de cansera, aquel día de campanas y de sol, que parecía un remanso del tiempo sobre la villa polvosa y agitada?

—Gran daño me has hecho — exclamó, cuando Ramón volvió por la taza. — Pero ya no hay remedio. Arregla el cuarto, sacude el polvo de los retratos y pon las flores de costumbre. Hoy quiero rosas. Mientras bajaré al huerto.

Qué fragancia tan deleitosa en aquel retiro de paz, en aquella morada de confianza. Los árboles, como salidos de un baño de aceite, mostraban sus hojas lustradas por la savia abundosa. El agua del estanque reflejaba en toda su pureza la vegetación de las orillas y la barca de madera, sujeta a un árbol, permanecía inmóvil, como si hubiese sido clavada sobre un cristal de roca. Era la brisa un soplo apenas tibio y murmurador, que se perdía entre las avenidas con el ruido de un beso discreto, y los pájaros familiares, esos que tenían sus abrevaderos de piedra entre las eras, saltaban locamente de rama en rama, como notas aladas de un pentagrama florecido.

Luis comenzó a sentir que un soplo de aquella alegría mañanera penetraba en su espíritu; había bastado el aliento del huerto para disipar el humor de su genio, y con voz conmovida cantó una vieja canción de aldea, en que se habla del sol que penetra por la ventana de las casas pobres y hace reír a los niños.

Cuando subió nuevamente, ordenó al criado que abriera la ventana, y una oleada fresca inundó el aposento, alborotando los papeles y poniendo una serena sonrisa en el semblante de los abuelos de ropilla. En la mesa del centro estaban

las rosas preferidas aquel día. Se detuvo un momento ante aquel ramo en que el buen servidor había puesto un no sé qué de prosaico amaneramiento. Le pareció que las

el tedio de un reloj que arrastraba penosamente las horas y sobre el ceño de un Dante de bronce cuyo agudo perfil presidía el desorden que reinaba en el cuarto. —

La asechanza del pasado

Por J. Rafael Maya

INMORTALIDAD

No, no fué tan efímera la historia de nuestro amor: entre los folios tersos del libro virginal de tu memoria, como pétalo azul está la gloria doliente, noble y casta de mis versos.

¡No puedes olvidarme, te condeno a un recuerdo tenaz! Mi amor ha sido lo más alto en tu vida, lo más bueno, y sólo entre los légamos y el cieno surge el pálido loto del olvido.

Me verás dondequiera, en el incierto anochecer, en la alborada rubia, y cuando hagas labor en el desierto corredor, mientras tiemblan en tu huerto los monótonos hilos de la lluvia.

¡Y habrás de recordar! Esa es la herencia que te da mi dolor, que nada ensalma. ¡Seré cumbre de luz en tu existencia y un reproche inefable en tu conciencia y una estela inmortal dentro de tu alma

Amado NERVO

flores pedían una mano de mujer, que el ambiente, cargado del humo del cigarro, suspiraba por una voz dulcísima que removiera sus honduras y pusiera la nota clara sobre

Aquí falta alguien, — se dijo — pero, ¿quién es? Miró hacia la calle, de donde subía el polvo de los carruajes y luego hacia el campo que se disipaba por encima de

LA VIRTUD

La virtud es un objeto que merece vuestra atención y la de todo hombre. Consiste en hacer bien y en decir la verdad; por eso sus efectos son beneficiosos para todo el género humano y para cada hombre en particular. La virtud nos hace compadecer y sobrellevar las desventuras del género humano; nos hace promover la justicia y el buen orden en la sociedad, y en general contribuye a todo aquello que tiende al verdadero bien de todos los hombres. Nos procura una satisfacción y un consuelo interior que ninguna otra cosa puede procurarnos y que por nada puede sernos arrebatado. Todos los demás bienes dependen en tanta parte de los demás hombres como de nosotros mismos; pero la virtud únicamente de nosotros depende y nadie nos la puede arrebatar. Ella se abre camino por todas partes, brilla hasta en la obscuridad de una vida retirada, y tarde o temprano siempre es recompensada.

Dice Lord Shaftesbury, que quería ser virtuoso por amor de sí mismo, aun cuando nadie hubiese de saberlo, lo mismo que quería por amor propio andar siempre limpio, aun cuando nadie hubiese de verle.

CHESTERFIELD

los techos. Aquel retazo de valle, con sus umbrías de sauces, le dió una sensación de descanso. Pensó de nuevo en el pueblecito, en el riachuelo a cuya orilla quería leer los versos del diluvio Sully, en la pequeña iglesia con su lámpara de oro y sus retablos antiguos. — Ya habrá llegado el tren, se dijo, y púsose a recorrer la estancia. Al pasar frente a un espejo se detuvo. Cosa rara: siempre se peinaba delante de él y sin embargo le pareció que se había mirado por primera vez. Acercóse más y entre risueño y compungido se arrancó una cana. ¡Era la primera! — ¡Qué viejo estoy! — Y se pasó la mano por la barba. Entonces creyó que su vida había terminado; que el resto de sus días era sólo un crepúsculo breve para entrar en la noche irrevocable; que ya sólo podía despertar un rumor de admiración respetuosa, él, que antaño sedujera hermosas y usara en el ojal una flor detonante. — Será verdad que he vivido? Será verdad que un tiempo fui joven? Y aquellas pupilas de acero se empañaron traidoramente.

La mañana había sacado todo el lujo de sus oros recién lavados. Era una fista el huerto, tendido bajo la caricia solar como una hembra amorosa. Allí donde los árboles formaban arcadas de penumbra, se levantaba un aliento tibio, un vapor de humedad en que parecían condensarse todos los jugos de la tierra. Y la savia corría con ímpetu violento, como la sangre por las arterias que dilata la fiebre. El lago había comenzado a quebrar el reflejo de las orillas y un soplo suavísimo formaba en su superficie ese movimiento ondulado de las cabelleras que caen sobre los hombros de las bellas mujeres. La barca se animaba con balanceo acompasado y los rosales que circunían aquel espejo de aguas dejaban caer sus pétalos, como conchas marinas en que un tinte pudibundo hubiese borrado el heso de los corales lujuriosos.

Luis había abierto el arcón familiar, pesado mueble, todo forrado en cuero, cuya tapa ostentaba las iniciales de una ilustre señora a quien había pertenecido. Después de remover ropas y libros sacó del fondo unos papeles y se puso a abrirlos sobre la ventana, en donde el sol ponía sus luces matinales. Sonrió luego, con aquella sonrisa de sus mejores tiempos, y sintió levantarse una fragancia olvidada, en que se mezclaba cierto aroma de cosas muertas y el perfume discreto de las violetas antiguas. Indudablemente, eran cartas. La primera estaba fechada quince años atrás. Decía:

“Ayer lloré mucho. Papá me arrebató tus versos, cuando los leía en mi cuarto de costura. ¡Indiscreto! Hablas de un beso y aquello no es cierto. Yo no lo hubiera consentido. Ven hoy; quiero decirte algo que te gustará mucho. Adiós”.

La carta tenía una inicial: M. Luis se dijo mentalmente muchos nombres pero ninguno respondía a su recuerdo. Es lástima, pensó. En todo caso era adorable. Y luego, ligeramente avergonzado:

—¿Pero yo he hecho versos? Y recordó que los hizo, siendo muchacho; y que luego los olvidó,

desde un día que el maestro le dijo que aquello era un vicio lamentable.

Otra carta, fechada poco tiempo después decía:

"Hoy vino el médico; me encontró algo repuesta, pero yo siento que me muero. Acuérdate de tu pobre Mimi, cuando vas al campo a recoger las primeras violetas. Tú decías que mis ojos eran azules como ellas. Mañana estaré bajo tierra y los tendré cerrados. Tú me olvidarás; un día serás hombre, en tanto que yo seguiré pensando en tí, mientras arriba florezcan las violetas".

Aquella carta enterneció a Luis. Se acordaba de Mimi, una rapaza a quien conoció en el pueblo a donde había ido a pasar las vacaciones. El salía al campo y le traía violetas; ella lo aguardaba en el camino, y cogidos de la mano, entraban por las calles dormidas. Un día Mimi se puso mala. Le ordenaron que no saliera y desde el lecho escribía ternezas de muchacha enferma. El rondaba la casa o se echaba sobre la hierba, hundiendo la cabeza entre las violetas nacientes. Al fin se la llevaron al cementerio del pueblo una mañana en que la llovizna hacía temblar el campo. El pobre muchacho quiso bajar con Mimi al oscuro lecho, hacerle almohada con sus brazos y velar su cara de niña que se ha dormido para siempre.

Otra decía:

"Hoy cumplo quince años. Tú eres mayor que yo. Verdad que nos casaremos? Qué felicidad vivir juntos los dos, en nuestra casa que yo misma arreglaré todos los días. Tú tendrás un cuarto pequeño y le pondremos a la lámpara una pantalla de seda. ¿Qué color te gusta? Y juntos también cuidaremos de la abuelita, que te quiere, sí, porque me lo ha dicho. Ayer le hicimos poner el traje con que bailaba en casa de ese señor Marqués de quien tanto nos habla. Hubieras visto que figura tan linda hacía. Nos besó a todos hasta que rompió a llorar. ¡Adiós fiesta! Nosotros también lloramos con ella. Oye: escribe con letra más clara y no me olvides".

Esta carta estaba sin firma, pero Luis tenía fresca la imagen de la gentil autora. Era una muchacha esbelta, con cierto aire de marquesita de Wateau. Parecía arrancada de una escena de abanico. Un día rieron, bajo las acacias del parque; al siguiente ya no se conocían. Así terminó aquella historia breve, aquel paso de comedia galante.

Había una carta que Luis abrió con temblor casi febril. Algunas hojas secas rodaron por el suelo. Decía:

"Me preguntas por qué te quiero. ¡Tonto! Eso es como preguntarle a la luz por qué alumbró y al pájaro por qué canta. Yo sé que la comparación es trivial, pero no se me ocurre otra cosa para decir lo que siento. Mi amor no tiene otra razón que sí mismo. Antes de conocerte vivía una vida sin importancia; ¿cómo explicarlo? una vida llena de temores pueriles, de sobresaltos angustiosos. Todo lo que había de venir me infundía recelos. Nunca vi aproximarse la noche con ánimo sereno; jamás el día que comienza me encontró tranquila. Siempre me pareció que al borde de la hora siguiente estaba el abismo. ¡Ah! pero te amé y entré en la vida con dominio

absoluto de mí misma. Comprendí que todo tiene una relación con nuestras almas y que podemos manejar a nuestro antojo los ocultos resortes de las cosas. Conoci la bondad que hay en todo y pude ver que el mundo es el espejo de nuestra belleza interior. ¡Tú hiciste el milagro! Tu primera palabra me despertó de mi sueño de piedra y me vi mujer para quererte. Desde entonces me he salido de mí misma para vivir en tí completamente. A veces te ofrezco hasta el simple ademán de arrancar una flor y procuro poner en él mucha gracia, mucha delicadeza. Si hago mi costura, si leo, si me siento al piano, pienso en que tengo que agradarte y ordeno mis actos de acuerdo con tu gusto. ¡Te quiero

cho llorar. "Sólo las lágrimas hacen creer en la inmortalidad", dice por ahí. ¡Qué divino, qué inefable consuelo! ¿Cuándo podré estrechar tus manos? Ven, amigo mío".

Luis quedó pensativo. Advirtió que en esas líneas palpitaba un alma de mujer, pero un alma de estirpe real. Sólo después de mucho tiempo aquellas palabras vinieron a tener para él su verdadero sentido espiritual. ¡Fue una revelación! —Y pensar, se decía, que tuve en mis manos la llama de un espíritu; que acaso rompí el vaso que contenía tan divina substancia.

Pasó muchas cartas hasta que halló un sobre en que creyera advertir la misma letra, y leyó:

"¡Que no te entiendo! Disculpa

dos los dones de la vida. Pensé encontrarla luego, y héme aquí con el corazón vacío como las ánforas que ruedan al final de un banquete. Muchas veces la he visto. Aquel rostro conserva aún la transparencia de las lámparas de alabastro dentro de las cuales arde la llama sagrada, cada vez es más dulce su sonrisa, ese gesto delicadamente comprensivo que resume toda su bondad interior. Si yo volviera... me arrojaría a sus plantas exclamando como un niño: Déjame vivir al amparo de tu hechizo benéfico, tú, la criatura en cuyos ojos se hacía santa la visión de las cosas; déjame morir bajo tus manos extendido en la actitud reposada de las divinas vírgenes, oh, esposa a cuyas plantas floreció la estrella de los claros destinos.

Otra carta decía:

"Ayer te esperé en la ventana toda la tarde y no viniste. Eres injusto conmigo. Sabes cuánto sufro por causa tuya. Tus enojos inmotivados aumentan mi sacrificio. Soy tuya. No olvides que tú eres mi primero, mi único y último amor".

¿Quién era aquella que hablaba de tal modo? "Mi primero y mi último amor". Ya recordaba. Un día, en la catedral de una vieja ciudad, volvió la vista en torno suyo y halló dos ojos que tenían humedades de éxtasis. A la puerta de la iglesia esperó a la mujer y siguió sus pasos. ¡Era correspondido! Y fue un amor vehemente que tuvo desde el principio como un signo fatal. Todo parecía entregado al arbitrio de aquel genio obscondito que en la tragedia griega mueve los personajes sin dejarles conciencia de sí mismo. Era cariñosa y humilde; tenía gestos supremamente adorables. Su mano estaba lista para el perdón. Perdonaba siempre por un imperativo de su belleza moral y por cierto instinto de madre que palpitaba en ella de modo singular y le daba a sus caricias la virtud de esas flores que producen el sueño. Una ausencia de largos días rompió el pacto de sus almas. Aquello terminó sin arranques ni lágrimas, tan dulcemente como la agonía de un niño que sonríe al morir.

Las lecturas de tantas cartas llevó a Luis a un estado febril. Todo su pasado estaba en eso, en aquellos papeles en que el sentido mismo de las palabras se desvanecía como el perfume de las flores allí guardadas. Leyó otras muchas y le sorprendió esta frase encontrada en una de ellas: "Sálvame del olvido". Hizo un esfuerzo de memoria pero la frase no despertó ningún recuerdo. Acaso aquella mujer fue una sombra que pasó discretamente y desde el umbral de la noche volvió los ojos con angustia, alta la lámpara que se apagaba en sus manos.

—Y éste es mi pasado — decía Luis a poco rato ante el espejo que había denunciado su primera cana. —Esta es mi vida! Haber amado mucho sin conocer el amor; haber jugado con la sonrisa de las mujeres; haber puesto en unos ojos hermosos el capricho del momento, despreciando a la que pudo ser hermana de mi alma la compañera dilecta en cuyo pecho hubiera encontrado mi frente el más puro ritmo de una vida. Quise engañar mi honda sed de ter-



USTED

Tiene el deber de MATAR MOSCAS

pero también de NO INTOXICAR LAS PERSONAS

Esto lo consigue perfectamente con el

LIQUIDO INSECTICIDA

"BIOL"

preparado por el INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

RIVADAVIA N° 1745

tanto! Cuando me hablas siento que el calor de tu inteligencia me comunica una vibración desconocida y es entonces cuando quisiera poner mi alma en tus manos, como si fuera un globo de cristal. ¿Verdad que no me olvidarás? Es que necesito de tu amor no sólo para vivir mi vida íntima sino para reconciliarme con lo que me rodea. Sabiendo que tú me quieres encuentro una luz desconocida en las cosas, advierto en ellas signos de inteligencia, y es porque en todo está el reflejo de tu espíritu. Perdóname tanta simpleza como te digo. Lo escrito hasta aquí sólo ha sido un saludo a tí y a la luz, como dice la divina Eugenia. A propósito te contaré que muchas páginas del "Diario" me han he-

vana, casi vulgar. Tú creíste hallar en mí un amor de chicle, un cariño hecho de travesuras, y encontraste un afecto hondo y sincero que podía disponer de tu destino. Y tuviste miedo. Vete, pues, en torno de las cabecitas locas, pequeño don Juan a quien yo despidió con sonrisa de madre".

Luis quiso sonreír, pero comprendió que allí había algo más que una frase. Era esa voz que sólo escuchamos una vez en la vida, la que había pasado a su lado convidándolo a la realización del más alto sueño. —Yo tenía veinte años, se dijo, y ante las sorpresas de un porvenir luminoso desprecié la ventura cierta, salida a mi encuentro en esa forma de mujer inefable que me ofrecía en sus manos to-

nura, acercándome a los labios la copa de las voluptuosidades efímeras; quise mantener la independencia de mi corazón en un alarde de coraje falsamente viril, y he aquí que mi vida sentimental se alimenta ahora de unas pocas memorias, de unas cartas con olor de hojas secas. Y así he vivido, haciendo el *dandy* y el *snoob*, entregado a lo que se llama el análisis, curioso de todas las experiencias. Y en la hora adusta del recogimiento, me he encontrado solo, completamente solo, haciendo un libro falso e irónico, en un estilo lleno de triviales paradojas. He aquí la razón íntima de mi sequedad espiritual: no supe, no pude, no quise vivir, en una palabra.

Y un rencor sombrío, una desesperación sorda nubló el semblante de Luis.

La tarde era serena. Regresaban las gentes de sus paseos y el cansancio de toda fiesta parecía flotar sobre la ciudad indiferente. Allá a lo lejos, el humo de una

chimenea trazaba su espiral morosa sobre el valle en silencio. El tren silbó en la distancia y comenzaron a encenderse las luces.

—¿Mañana despierto al señor?— Era Ramón. Luis cerró la ventana y contestó:

—No, déjame dormir... no quiero que me despiertes... ¿entiendes?

Horas después estaba sentado ante su mesa, bajo la lámpara. El péndulo se movía con un son fatigoso; el Dante de bronce miraba hacia un rincón, bajo una raya de luz que hacía más agudo su perfil. Sacó Luis un cuaderno y quedó como la noche anterior, ante la página incompleta, con la pluma en lo alto. Entonces, por primera vez en su vida, sintió que una humedad rebelde subía de su pecho y se condensaba en los ojos. La lágrima cayó sobre el papel.

—Ha terminado mi libro—se dijo.—Luego dirigióse hacia la cama, pensando en que sería muy dulce no despertar al día siguiente.

EL ASEDIO

Ya partieron las cincuenta panteras de mi deseo
A devorar el camino que vas dejando en tu huida;
El perfume de tu carne les aviva el olisqueo
Erizando sus pelajes en lujuria incontenida...

El látigo de mi orgullo y la altivez de tu arreo
Han enconado la furia de la salvaje partida
Y beberán las cincuenta panteras de mi deseo
En la copa misteriosa donde palpita tu vida...

Jamás asedio más rudo acuciara sus desmanes,
Pero saldrán victoriosas a pesar de tus afanes
En amordazar mi brama con tu desdén sexual;

Los hocicos acezantes de mis cincuenta panteras
Encenderán la codicia de tus veinte primaveras
En el fuego inapagable de mi delirio carnal...

René ZAPATA QUESADA.

Es el primer día hermoso de primavera. Frippouillard, sentado en un banco del bulevar, piensa en lo delicioso que sería abandonar siquiera por unas horas la vida inquieta e insana de la ciudad para respirar el aire puro del campo. ¡Quién tuviera una bicicleta para recorrer kilómetros y kilómetros desde que sale el sol hasta el anochecer.

Pero con razón ha dicho el poeta que toda dicha no puede alcanzarse. Frippouillard sólo es rico de ambición, y lo que gana como aprendiz en una casa de papeles pintados, no le da lo bastante para poder realizar su deseo. Tampoco le queda el recurso de pedir dinero, porque no tiene quién se lo preste. Pero Frippouillard es un muchacho avispado y confía en su ingenio. ¿Va a robar una bicicleta para satisfacer el capricho que siente? No. Frippouillard es honrado. Entonces, ¿qué hará? Frippouillard se levanta. Con las manos en los bolsillos echa a andar lentamente y cruza meditativo, varias calles. Encuéntrase frente a una tienda que tiene este rótulo: "A las cien mil bicicletas." En el escaparate y en la puerta hay numerosas máquinas de todos los modelos y de todos los colores. Un dependiente vigila sentado en un rincón. Frippouillard avanza con la sonrisa en los labios, como un hombre que tiene la conciencia pura. Señala con el dedo una bicicleta niquelada, en muy buen uso, y pregunta:

—¿Cuánto vale ésta?

El dependiente no se digna levantarse. Se limita a mirar de arriba abajo al presunto comprador, y responde:

—Setenta francos.

—¡Ah!

Frippouillard parece reflexionar: 70 francos ya es una suma crecida, sobre todo cuando no se tiene. ¡Y pensar que existe Rotschild! ¡Injusticias del Destino! Pronto abandona estas filosofías para llevar a buen término el plan que acaba de fraguar en su cerebro. Saca la bicicleta de su bastidor, la toma en peso, hace jugar los pedales, examina la cadena eslabón por eslabón y exclama:

—¡Bah! Todo lo más que vale son 60 francos.

LA BICICLETA

Por Guy de Teramond

Pero como el dependiente ni siquiera se digna responder, sigue preguntando:

—¿No me la deja usted en ese precio?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Yo no soy el dueño.

—¿Cree usted que él me la dejaría?

—No. No lo creo.

—¿Dónde está el dueño?



ELLA. — Es peligroso hacer el amor a la mujer de otro.

EL. — Más peligroso es hacerlo a la viuda.

—En la trastienda, comiendo.

—Voy a entrar yo mismo a preguntarle, para que no tenga usted que abandonar la tienda.

—Bueno.

Y bajo la mirada irónica de su interlocutor, Frippouillard entra en la trastienda con la bicicleta sobre el hombro. Pasan cinco minutos. El dependiente ha pasado el plumero por algunas máquinas, y después, fatigado sin duda por este trabajo, ha vuelto a sentarse.

—Este muchacho — piensa — es tonto. ¡Pues no pretende que el amo le rebaje 10 francos!... ¡Antes preferiría no vender nada que hacer una rebaja de un céntimo!...

Frippouillard sale.

—No hay manera de entenderse con el dueño — dice, y se va apresuradamente.

Media hora después el dueño de las cien mil bicicletas ha terminado de comer y aparece en la tienda.

—Entra a coger esa máquina — le dice al dependiente — y colócala en el escaparate. Y cuando el otro se dispone a obedecer añade:

—Acabo de hacer un buen negocio. Yo no pierdo el tiempo ni cuando como. He comprado una bicicleta por un precio irrisorio.

—¿Qué ha comprado usted?...

—Sí — responde el amo frotándose las manos de gusto; — ese muchacho necesitaba dinero, yo le he ofrecido 20 francos y me ha vendido la bicicleta que vale 70 francos. Aprende a ser comerciante.

El dependiente, conteniendo la risa, exclama:

—¡Pero, señor!

—¿Qué?

—Que esa bicicleta era nuestra. De ahí — dijo señalando el bastidor vacío.

El dueño se quedó estupefacto un momento. Después, encendido por la cólera, se encara con el dependiente.

—¿Qué me miras, idiota?...

Con todo respeto, el empleado le da esta consoladora explicación:

—¡Por eso salió tan deprisa el cliente!

En otra tienda otra máquina. Entretanto, Frippouillard alquila para dar su soñado paseo en bicicleta.

Marcelo, el único

Por Pedro Mille

La señora María Catalina Despringes había tenido ocho hijos. Tan numerosa descendencia no tenía nada de sorprendente en el departamento del Norte, donde vivía, y en el que ricos, pobres, obreros y patrones rivalizaban en fecundidad.

Los domingos, en Lille se ve a las madres conducir a lo largo de las avenidas del bosque de la Deule o del Jardín Vauban a su pequeño regimiento de cabellos rubios y caras sonrientes.

Cuando llegan ya a cierta edad esperan sin impaciencia, pero con seguridad, el momento en que sus hijos o sus hijas, fieles a las tradiciones de la raza, vayan todas las semanas a presentarla su pequeño regimiento de efectivos no disminuidos.

Al cumplir los setenta y cinco años, la señora Despringes se encontraba en esas condiciones.

Su hijo mayor Adolfo, — todos los varones primeros hijos en la familia Despringes, llevaban ese nombre desde hacía cincuenta años, — tenía siete hijos. Su hija Julieta, nueve. Los demás descendientes, tres hijos y tres hijas... Únicamente el hijo mimado, Teodoro, que se había casado en París, con una parisién y no con una de Lille, como era costumbre, tenía un sólo hijo, Marcelo.

—Le han puesto así — decía con desdén la abuela. — porque eso suena al oído como nombre de varón y de mujer y porque no piensan tener más.

La señora Despringes tenía su hotel en la calle real. Un gran edificio con jardín y corral. A pesar de sus años hacía todavía, con sus manos huesosas, trabajos de hada. Pero nada más. Era necesario que esas labores fuesen difíciles y bellas. Cuando veía a una de sus nuevas remendar ropa o medias, le decía:

—Hija mía. Haciendo ese trabajo, al terminar el día habrás ganado sólo una suma insignificante. Tan bajas tareas deben quedar reservadas para los sirvientes.

Cada ocho días, todos los domingos comía en unión de sus hijos y de sus nietos que residían en el pueblo. Es decir, todos menos Teodoro, la mujer de Teodoro y su hijo único, Marcelo, quienes vivían en París y a los que había casi olvidado.

Pero los otros formaban una tribu tan populosa que, a pesar de las dimensiones del comedor, no los podía recibir más que en dos series, y en cada una había sentadas en torno a la mesa más de veinte personas.

Aquellos almuerzos eran abundantes. La vieja era muy rica; poseía minas de carbón y acciones de compañías carboníferas.

La señora Despringes era a la vez orgullosa de aquella tribu y de una equidad severa en lo que a ella se refería. Viuda, rodeada de tan larga descendencia, la miraba afectuosamente pero con rigidez, como el propietario de una caballería de carreras mira sus productos y los juzga de acuerdo con el pedigree y los apurtes.

—¿Los hijos de Julieta?... Buenos muchachos... Nada más. Poco podrá sacarse de ellos. Julieta se ha casado con un Verdonck... y los Verdonck no son fuertes. ¿Adolfo, el hijo de mi Adolfo? — Algo mejor... Pero falta energía... ¿Leopoldo, el tercero de esa rama?... Es el que más se parece a mi marido... Ya verán como es el orgullo de la familia...

Entretanto, Teodoro y su esposa la enviaban desde París cartas

La señora Despringes observó al verlo con cierta conmiseración:

—¡Ah! ¡Vivís en un departamento?

Aquello era ya una decepción. Una familia que "se respeta" debe tener su casa. Una casa en la que viva sola.

Luego agregó:

—Naturalmente, aquí no tendrán ni patio ni jardín.

Porque era necesario tener las dos cosas, como ocurría en Lille

corporado... Los curas para la educación, la Universidad para la instrucción: eso es lo que se hacía en mi tiempo.

Tal era su modo de razonar, de acuerdo con sus rancieros principios. Marcelo llegó al fin. Su padre y su madre no lo contemplaban solo con alegría, sino con admiración. Marcelo era el verdadero amo de la casa.

Pálido, fino, elegante, vestido en una forma refinada y deliciosa, desde sus botines de charol, con caña clara, hasta su corbata hábilmente anudada. A los catorce años tenía las maneras y autoridad de un hombre de mundo. La madre lo devoraba con la mirada. Besó con elegancia la mano de su abuela.

La señora Despringes, lo juzgó de una sola mirada de pies a cabeza, y dijo friamente:

—Eres muy agradable, pequeño, muy agradable... ¡Tengo cuarenta y dos como tú!

Marcelo sintió que se sofocaba. ¡Cuarenta y dos como él! ¡Como él que estaba acostumbrado a ser solo, el único querido, mimado, el dominador, el tirano! Para aquella vieja solo era el número cuarenta y tres de una banda, de un rebaño anónimo, de una pollada!

Sus padres quedaron indignados: ¡cuarenta y dos! ¡Cuarenta y dos como su Marcelo!... Pero, ¿se había fijado bien en él?

La señora Despringes marchó de París tres días después, sin que al parecer durante esos tres días, prestase a Marcelo la menor atención. Los padres estaban furiosos y desolados.

—Ya verá — dijo Teodoro a su esposa, a quien hablaba de usted, cosa que no escapó al comentario de la señora Despringes, quien decía que eso eran costumbres pretenciosas. — Ya verá como en su testamento nos dejará lo menos posible. Nos desheredará. No le ha gustado nuestro Marcelo. Tiene otros. Todos los de mis hermanas y hermanos.

Su esposa quedó persuadida, como él, de que aquella vieja rara no sabía distinguir un brillante puro y bien tallado del cristal más grosero. No esperaba nada. Estaba desolada.

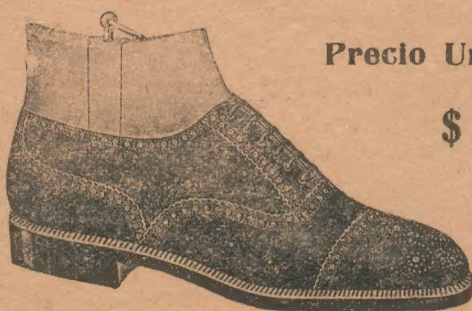
Cuando murió la señora Despringes, se vió, con asombro general, que había beneficiado en todo cuanto le fué posible a los esposos Teodoro y a su hijo único Marcelo. Su testamento ológrafo escrito con una firme letra inglesa daba la siguiente explicación:

—Mis otros nietos sabrán desenvolverse bien con la cantidad que les dejo. Han sido educados convenientemente, están acostumbrados a la lucha y forman un grupo sólido. Y como continuarán viviendo en un lugar donde todos trabajan, ellos trabajarán también.

Mi nieto Marcelo es hijo único. Lo he visto. He juzgado y tiene todas las condiciones para no ser nunca nada. Le lego todo cuanto puedo, aconsejándole que no trabaje y viva de sus rentas... Es para lo único que sirve.

Calzado "NEWARK"

VENTA DIRECTA
DE
LA FABRICA
AL PUBLICO



Precio Unico

\$ 15.- m/n.

EL PAR

CORRIENTES 745 - FLORIDA 245

Y CARLOS PELLEGRINI 342

deliciosas, aduladoras, en las que no dejaban de poner a la altura de las nubes a Marcelo, al hijo único del que cada año recibía una fotografía. Pequeño, con pollerita; con su primer pantalón; en traje de primera comunión...

Ella se encogía de hombros exclamando:

—¡Un pequeño príncipe!

Aquella frase en su boca no era, por cierto, un cumplimento. La señora Despringes no amaba a los príncipes. ¡Alta burguesía! ¡La clase trabajadora era la única digna de estima!

Tanto insistieron los Teodoro, que se decidió a hacer el viaje a París para ir a verlos.

Teodoro, su hijo, la esperaba en la estación. Tenía en el bulevar Maeshesherbes, un lindo departamento del que no, sin cierta razón, se sentía orgulloso.

desde tiempo inmemorial, porque eran cosas "indispensables", no daba la razón del por qué... Pero era así.

Al fin preguntó:

—¿Y vuestro Marcelo?

—Pronto regresará del colegio.

—¿Qué colegio?

—Está en el colegio de los curas, en la calle...

—¿Y por qué no lo han puesto en el Liceo?

—¿Todos sus otros nietos van al Liceo, allá en Lille? — preguntó la madre del joven Marcelo, ya un poco amoscada.

—No es lo mismo. Allí no se puede hacer otra cosa que enviarlos a un colegio particular. El Estado y el Ayuntamiento conceden becas y concurren al establecimiento hasta hijos de obreros... Pero por lo menos pudieran haber mandado al muchacho a un colegio in-

El cazador y el abogado

Por R. Blanco Fombona

Serían las nueve de la mañana cuando arribó maitre Louis Millet a su despacho. El sol desembozaba-se de nubes, sin calentar el aire, ya frío, desde promedios de Septiembre, por ráfagas de Octubre.

El abogado, al entrar, se quitó el sombrero y los guantes, no el gabán. Abrió puertas y ventanas por sí mismo; por sí mismo aplicó una cerilla a la chimenea, ya cargada, y se puso a contemplar el nascente fuego.

Maitre Louis Millet, el mejor abogado de Mortain, era un hombre alto, corpulento, colorado, con los cabellos y bigotes grisáceos. El abogado poseía la charla abundante, el verbo cáustico, y una voz sonora, estrepitosa, que parecía iba a volver añicos las vidrieras de cristal en el pretorio cuando discutía en defensa de sus clientes. En Mortain no se le amaba; se le temía.

El fuego empezó a crepitar, y las llamas, si aún no calor, daban alegría, lamiendo, con su senguítas doradas y voraces, las astillas secas. Maitre Millet sentóse al escritorio, aún sin quitarse el sombrero, y apenas sentóse al escritorio tocaron a la puerta.

Era un cliente, medio campesino, medio ciudadano, audaz contrabandista de alcohol y contumaz y diestro cazador en vedado. A más, un marrajo; normando al fin. ¡Pero qué normando!

—Buen día. ¿Qué se le ocurre?

—Proceso tenemos?

—Venía...

El hombre vaciló en concluir la frase. El abogado sonrió:

Venía, no: vino, llegó, está aquí. Sepamos con que objeto. ¿Se trata de algún contrabandito, alguna pieza cobrada en cercado ajeno?

—De qué?

—Pues yo... Me acusan... No hay derecho...

El abogado conocía a sus clientes de Mortain y los alrededores; no decían jamás las cosas a derecha, ni confesaban jamás la verdad. Con tirabuzones le fué sacando las palabras. Por fin, supo el motivo de la visita.

Acusaban al inocente de caza furtiva.

—Y no es cierto — aseguró.

—¡Cómo no va a ser cierto! Usted es el cazador furtivo de estos contornos.

—Pues no es cierto. Juan Pedro me acusaba en falso.

—¿Quién?

—Juan Pedro, el guarda del Vizconde de Faille. Dice que ayer, a la seis de la mañana, me vió en H, cuando a la seis de la mañana estaba yo todavía acostado en mi casa, en D. Entre D y H hay, usted lo sabe, más de cuatro kilómetros. No me puedo partir en dos: si estaba en H, ayer, a las seis de la mañana, no estaba en D. Si estaba en D, no estaban en H.

—No puedo descifrar el embrollo; pero creo la afirmación del guarda más que la de usted: no en balde los conozco a ambos.

—Le juro, señor Millet, por la Virgen santísima, por Nuestro Se-

ñor Crucificado, por mi madre, por mis hijos, que ayer, a las seis de la mañana, yo permanecía acostado en mi cama.

—Todos esos juramentos, y algunos más, valen poco ante los tribunales, y a mi ni me convencen ni me conquistan para la defensa.

—Tengo testigos.

—Entonces ya es otra cosa. En este caso podría, tal vez, encargarme del asunto.

El acusado produjo, en efecto, el testimonio de dos vecinos, hombres de bien. Aquel día, a las seis en punto de la mañana, aquellos hombres lo habían visto en D, sin sa-

cificado, por sus hijos y por su madre. Pero yo también le juro a usted que si no me confiesa la verdad, nunca más le defenderé.

—En aquel país procesivo, un hombre acusado tan amenudo como contrabandista de alcohol o como cazador furtivo, no contar con maitre Millet por defensor! Era cosa de meditarlo.

No se allanó a confesar, y dijo:

—Pero mis testigos testimoniarán verdad.

—Lo supongo, aunque sea un caso raro en Normandía.

—Yo estaba en casa durmiendo, a las seis de aquella mañana.

—Lo he oído cien veces.

—Yo soy inocente.

—No; eso no. A otro perro con ese hueso. Que los testigos le encontraron a usted durmiendo, lo creo, y que el guarda lo vió a usted y no a otro a la misma hora, el mismo día, también lo creo. Es un misterio que no me explico; ¡explíquemelo usted!

El perillán se echó a reír, con

PENUMBRA

Viví esperando delicioso idilio;
la vida se me fué por esperar
y, desdeñoso, resto en el exilio.

Era mi alma multiforme mar,
(o acaso no recuerdo cómo era);
amé las rosas, el fulgor lunar

y la caricia de la primavera.
¿Qué fué de la inefable languidez?
¿He logrado mi fúlgida quimera
de amor?

—Tal vez...

¿O fué ilusión?

—Tal vez...

Augusto CORTINA ARAVENA

lir de la casa ni aún de la cama. Estaba durmiendo.

Maitre Millet ganó el pleito. Su defendido salió absuelto. Pero el guarda del vizconde aseguró con tanto aplomo, dió tantos pelos y señales, y era tan célebre por sus certeros ojos de ave de presa, su malicia perspicaz, su andarilega vigilancia y su hombría de bien, que al señor Millet, aún yendo contra él en aquel pleito, sospechó que la verdad, a pesar de las apariencias, podían estar de parte del guarda. ¡Aquel cazador furtivo era tan diablo! Pero por más que caviló, el señor Millet no sacó nada en limpio. Después de todo, ¿qué le importaba a él? Había ganado el proceso, y en paz.

Sin embargo, dos días después, cuando el mafioso cliente vino a satisfacer los honorarios del abogado, este le dijo:

—Hemos obtenido el triunfo; pero Juan Pedro tenía razón: confiésemelo.

—Le juro, maitre Millet, por la Virgen, por el Crucificado...

—Sí: por la Virgen, por el Cru-

risa larga, si no franca, incontenible.

—No es tan difícil—dijo—. Después del golpe comprendí que Juan Pedro me había sorprendido...

—Entonces puso usted pies en polvorosa, y llegó a casa como un relámpago.

—Sí, señor, y me acosté.

—Ya serían las siete.

—No señor: eran poco más de las seis y media; pero yo antes de acostarme me fuí al reloj de la entrada y lo puse a las seis.

—Bravísimo... Y cuando los vecinos llegaron...

—Yo sabía que debían de venir a casa temprano, para echar una vaca a mi toro. Cuando llegaron me hice el dormido, y les pregunté por que iban tan de mañana. Así se fijaron en el reloj, y vieron que marcaba las seis.

—Por eso han asegurado que a las seis de la mañana usted dormía como un bendito.

—Sí, señor. Ese es todo el misterio.

Maitre Millet se sonreía de la picardihuela.

—Desde el principio sospeché que usted tenía gato en mochila. ¿Y por qué no me confesó usted el bodego antes de la defensa?

—Porque no me hubiera usted defendido con el mismo calor.

EL PARTIDO PERDIDO

se debe a una circunstancia imprevisible... Casi siempre se explica de esta manera la pérdida. Ya sea el guante de box, el florete o lo que fuera, la mano y los pies se cansan por la gran transpiración, eliminando la concentración de la voluntad, indispensable para obtener el éxito deseado. El adversario tenía la ventaja desde un principio, conocía el defecto y preparaba sus manos y pies con anterioridad, espolvoreándolos con Polvo Vasenol Anti-Sudoral, para fortificarlas exterior e interiormente y conservarlas secas, impidiendo así la formación de ampollas. Este solamente goza del juego, no sufriendo molestia corporal en su ejercicio. Venta en farmacias, droguerías y perfumerías.

El abogado, de tan buen humor como siempre, amonestó al ladino. —Usted me ha hecho cómplice de un robo.

—¿Robo? ¡Qué palabrota, señor Millet! Mi trabajo me cuesta cobrar la pieza. Además, si yo burlo a la Justicia como cazador porque no sé otra cosa, usted, hombre de estudio, la burla como abogado. —¿Qué está usted diciendo?

—La verdad. Cuando usted defiende una causa mala se vale de argucias para que la Justicia no aplaste a su cliente. Yo también hago lo que puedo para que la ley no me aplaste. Ni más ni menos que usted.

Ya sin reírse, el abogado dijo:

—Pero hay diferencia: yo obro en beneficio de la sociedad, y usted en perjuicio de ella.

El otro repuso:

—Puede ser distinto; pero es lo mismo. El fondo es lo mismo.

Maitre Millet quiso cortar la entrevista, y cuando el trapisondista había ya satisfecho los honorarios, le endilgó:

—Usted es más abogado que yo. ¿Por qué no se defiende usted mismo sus pleitos?

Iba a dar una explicación; pero el aspecto del abogado no decía "Le ruego a usted que se quede", sino "Váyase usted pronto".

—Adiós, Maitre Millet.

—Hasta pronto — repuso el abogado, sardónico.

Mientras el pillastrón se alejaba, quedóse el hombre de las leyes pensando: "Tiene razón de sobra; él y mil como él burlan la Justicia a cada momento: son unos canallas. Pero nosotros, abogados, ¿lo seremos menos? ¿No tratamos, como él piensa, con cada sofisma, de sortearla, de evitarla, de despistarla, de engañarla?"

Defendemos el pro o el contra de cualquier causa por dinero. Que sea óptima, que sea pésima, no importa. La ética es lo de menos. Si nos pagan defendemos como los bravos de alquiler, y hasta ponemos orgullo en revolver la verdad y salir triunfantes de la ley, con mengua de la Justicia. En resumen: ese cazador furtivo, ese farfante, ese bribón, no ha puesto por obra sino una treta de abogado. El pillo lo comprende y no cree merecer desprecio. En el fondo se considera nuestro igual, con una tortuosa lógica, no desprovista de veneno? ¡Magnífica lección!

Elenita Monjón, una rubia encantadora, daba dentera a todos. A ellas, por envidiosas, y a ellos, por presuntuosos.

Hija única del banquero Manjón heredaba un patrimonio soberbio. Y era esto una suerte que degeneraba en desdicha, porque todo acercamiento parecía interesado. Así, todas sus condiciones de belleza no evitaban una soledad particularísima.

El poeta expreso maravillosamente eso de la soledad en una humorada donde se insinúa lo espantoso de la soledad de dos en compañía.

Que es lo que venía a ocurrirle a Elenita Manjón, agasajada, apetejada... y con un vacío espiritual enorme...

Puede que interviniese en algo el carácter. A lo agradable del trato unía un no sé qué de rara tie-sura.

De ellas no esperaba sino ficción y superficialidad. En ellos traslucía la falsedad y el logrerismo. Debiendo tratar con ellas y con ellos, su vida de relación llegó a antojársele un suplicio. Y así pasaban los años, y así apuntaban los veinte. Con lo cual los juzgamundos tenían otro motivo de solaz y dentellada a todo trapo. Con ser tan hermosa y con ser tan rica, a ver si se quedaba para vestir imágenes...

No era esto precisamente, lo que atosigaba a la linda rubia. El coro de maldicientes le tenía sin cuidado. Pero en el fondo sí, en el fondo latía un resquemor cuya indole no habría acertado a expresar la interesada. ¿Por qué no había de hallar su tipo, el hombre leal y amante de veras que la quisiera como ella entendía que un hombre debe querer?...

Uno solo habíase acercado, en cierta ocasión que parecía aproximarse a la formalidad y el desinterés. Pero, puesto a prueba, resultó rana; la codicia llegó a salirse por los ojos y la jactancia por todo el cuerpo. Elenita se sintió amargada y se juró a sí misma no descubrir jamás su corazón ni revelar sus sentimientos.

La fama que al frisar en la veintena tenía nuestra rubia ideal era la de coqueta. Los despechados se la adjudicaban con su cuenta y razón. Las amigas se la otorgaban por un nuevo acontecimiento.

Había surgido un soñador entereverado de mundólogo, Paco Lerín, segundón de una familia de nobles arruinados, buen tipo él, de finas maneras, sin afectación de ninguna especie.

Percibió Paco Lerín el susurro de la maledicencia, y se fijó en aquella preciosidad, zaherida sin miramiento. La trató y provino una afección mal disimulada, o diríamos mejor apenas ocultada.

Elenita Manjón y Paco Lerín llegaron a los confines de la simpatía. De la amistad al cariño hay distancia corta, y del cariño al querer puede que no exista un espacio mayor de una milésima de kilómetro.

Sin embargo, podemos conceder que Elenita Manjón y Paco Lerín fueron salvando esas distancias sin fijarse, y llegaron a la última etapa sin darse de ello cuenta. Quienes se daban cuenta eran los y las del grupo aventado a la chincherría. No era ahora propiamente

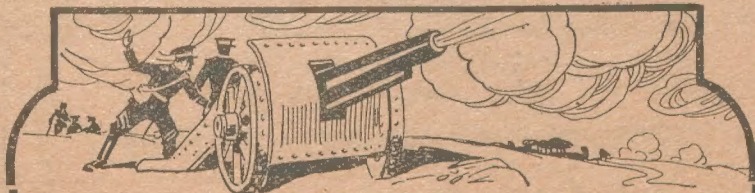
NO ERA SU TIPO

Por Sebastián Gomila

chinchorrería, sino comento a una realidad.

Jamás se habían dicho Elena y Paco mieles amorosas. ¿Entendían no ser necesario, o instintivamente lo reputaban cursi?... Con todo

al corriente de lo de la última etapa. Mas como si no. Hecha a la pintura mendaz de amores pretéritos, ¿sabía si Paco Lerín era un sincero o un redomado? ¿No se infatuaria, al igual que otros, con



AL PÚBLICO

La antigua Panadería y Confitería del

CAÑON

de Luciano Peycere

Avisa al público y a su numerosa clientela que se ha instalado en su propio, nuevo y amplio local de la calle

SARMIENTO

983 - 85 - 87

Siéndonos grato comunicar que, instalados de acuerdo a los últimos adelantos de la industria, podremos superar aun más, la elaboración de los exquisitos productos que nos han dado fama a través de tantos años, correspondiendo así, al gran favor que hemos merecido.

ESPERAMOS SU VISITA

ESTA CASA NO TIENE SUCURSAL

y su idealismo, Paco era ecuaníme, tenía moderna cuadratura. ¿Se daba o no cuenta, por lo demás, de que estaban en la última etapa del camino?

Tocante a Elenita, sabía disimular sus impulsiones. Parecía estar

una revelación o una manifestación de querencia?... ¿Y estaban tan bien así!...

Gran fortaleza se requiere para la guarda de un sentimiento tan

expansivo como el amor. Para tal custodia, más firme es la mujer que el hombre.

Sentados en un bancal, a la rústica, lejos del centro de partería, del mentidero pueblerino, platicaban los dos plácidamente, llanamente.

Hubo dos o tres ráfagas de luz partiendo de los ojos de Paco; unos ojos grandes, morunos, que contrastaban con los de su pareja, perlinos, de luminosidades nacarinas y profundidades oceánicas.

Sea que notara Elenita el resplandor, o que lo presintiera de tiempo, se volvió como atraída, y las miradas entrechocaron.

Tras de una pausa expresivísima, vino a decirle a Elena Paco Lerín:

—Si yo tuviese la seguridad de no ser mal comprendido..., diría a usted que la quiero con toda mi alma, Elenita.

Ni pestañeó. Dióse con el abanico unos golpes en la palma de la mano; luego lo abrió y llevó a la altura de la boca, que perfilaba una sonrisa, y respondió en voz velada:

—¿Qué quiere usted que le diga, Paco!...

—Nuestra franca amistad la autoriza a decir lo que usted siente.

—¿No se ofenderá usted?

—¡Ni pizca!

—Pues bien... No es usted mi tipo...

Paco Lerín le tendió la mano, diciendo:

—Admiro esa confesión y agradezco la nobleza.

Guardóse de insistir.

Cuatro cosas más, indiferentes, en tono cordial, y a los pocos minutos emprendían el retorno.

Elenita atisbaba, al sesgo. ¿Habría estado ruda e inconveniente?... ¿Superaría en Paco, de hoy más, el amor propio al amor del alma?... ¿No vencería el soñador al hombre mundano?...

No era su tipo. Esto lo llevaba Paco Lerín estereotipado en su imaginación. He aquí que, por lo visto, aquello de la coquetería no era uno consejo ni labor de lenguas largas... Y no parecía coqueta ni mala ánima aquella joven. Había él agradecido la nobleza de confesión, sincera aunque amargamente. ¿Que iba a hacer en adelante? Cortar con aquella amistad sería dar pábulo a lo dicharachero. Proseguir resultaba para él un poco ridículo... Y bien, sí; el amor propio no deja de ser galvano para el amor-pasión.

No era su tipo. Habían sonado cristalinamente estas palabras, adquiriendo en sus oídos una acusticidad tremenda. Y resonaban todavía. A cada intento de inhibición, un eco de: "¡No es usted mi tipo!"

Pero no dió su brazo a torcer. Mal ganada su fama de romántico, pues sabía ver y tomar las cosas como manda Dios. Seguiría viéndola y platicando con Elenita Manjón, como si tal cosa, mientras no se le pusiera veto. Tirarlo todo por no alcanzar el colmo, se le antojaba una insensatez... Y soñaba provocar en él una sonrisa esta idea: ¿Cuál será su "tipo"? De modo que lo espoleaba hacia lo de antes la curiosidad. Algún día, quizá, llegaría a saber cuál era el tipo soñado por Elenita Manjón.

Llegó ese día, ciertamente, aunque se hizo esperar mucho, mucho, una porción de meses.

ANECDOTA

...Una cantatriz en ciernes, había conseguido, gracias a la recomendación de Massenet, cantar en un gran concierto la romanza de "Manón". Al terminar, la artista, temblorosa aún, se precipitó hacia el insigne compositor, que se hallaba en un rincón de la sala.

—¡Ah maestro! — le dijo, efusiva y ruborosa. — ¡Qué emoción tan grande, al saber que usted estaba aquí y que estaba desde el principio!...

—Yo, hija mía — la interrumpió Massenet — no me he emocionado ni al principio ni al fin; ¡al empezar usted, ya me había taponado las orejas!

Tarde estival. Bosquecillo umbroso. Sitio predilecto de la pareja amiga.

Lerín se ha retrasado, y quién sabe si Elenita vislumbró un albor de indiferencia. El caso es que reclinó la cabeza en el respaldo curvo de un banco de listones y se quedó dormitando. La sombrilla resbaló por la falda y quedó a sus pies como perro guardián...

Al llegar el doncel y observar el cuadro, hizo ademán de retirarse discretamente. Pero notó que Elenita soñaba en voz alta, y la curiosidad hubo de vencer a la discreción.

Balbucía la joven:

—¡Sí, te quiero..., no lo dudes!.. Mi entereza no priva la ternura... Tú eres el que yo...

Paco Lerín fué todo oídos, y fué acercándose, acercándose... La joven pronunciaba ahora freses inteligibles... Lerín hubiera querido arrancar un secreto que sin duda se ocultaba bajo aquella frente de oro... Titubeó. Se quedó parado ante de ella, contemplándola fijamente... ¡Cuánto no hubiera él dado por saber cuál era su tipo! Sin duda pensaba en él, soñaba con él...

Es positivo que la proximidad de una persona despierta al durmiente. Elenita Manjón abrió los ojos, restregándose los con las manos.

—¿Estaba usted aquí?

—Viéndola soñar. Mejor dicho: oyéndola soñar.

Dijo esto último entre apenado, irritado y malicioso.

—¿Sí?... ¿Qué soñaba?... Ya me ha pasado varias veces. No sé por qué sueño ahora en voz alta... ¿Será el corazón?

—No tema Elenita. Puede que sí, que sea el corazón. Mas en cierto sentido.

—¿En cuál?...

—En el de estar ocupado por... su tipo predilecto.

—¿Lo he mencionado?

—No. Ha sido una lástima.

—¿Por qué?

—Porque sabría yo de quién se trata, sin necesidad de una revelación.

El rostro de la joven expresó lo indecible.

—¡Siéntese aquí, como de costumbre!—ordenó casi con imperio.

Paco Lerín se sentó embarazosamente. No obstante, esforzose en simular gran sagre fría y en dar a la conversación un sesgo alegre.

—De modo que... —opinó Elenita.

—Sí, que me habría gustado saber por fin cuál es... su tipo.

—Ni se lo he dicho a usted...

—¿Ni se lo dijo a él tampoco?... ¡Ah! ¿Luego existe?...

En la voz de Peco Lerín había cierto amargor. En la cara de Elenita notábase una expresión de lucha... Se volvió súbitamente hacia él, preguntándole:

—¿Tanto pica la curiosidad?

—Tanto, lo confieso. Dígamelo usted... Le prometo alejarme en cuanto lo sepa... Seré prudente. Si no su nombre, una indicación, un esbozo...

Elenita levantó el índice un instante.

Paco exclamó:

—¡Eso! delíne usted.

El índice fué a rozar los labios del mozo, y los ojos de la joven humedecieron.

—¿Quién es?...

—¡Tú!...

Y apoyó la cabeza en el hombro de aquel a quien un día, para probar su constancia, dijo que no era su tipo.

VALLE DE SOLEDAD

¡Valle de soledad, mudo testigo de aquel amor cuyo secreto sueña con eco blando en tu silencio amigo!
¡Misterioso vergel, llora conmigo, llora tu soledad, llora mi pena!

Vengo a ver en tus tumbas olvidadas las reliquias fugaces y piadosas del tiempo que murió, huellas sagradas, breves memorias del ayer, bañadas del apacible llanto de las ccsas.

Aquí dos almas ante Dios se amaron, con escondida angustia padecieron: aquí de gozo y de emoción temblaron; las risas y las lágrimas juntaron, y de pena y placer desfallecieron.

No hay un bosque, ni un huerto, ni una senda que no conserve en su regazo umbrío la hermosa imagen de mi dulce prenda...
¡Cada flor que aquí nace es una ofrenda que se consagra a su dolor y al mío!

¡Todavía en la trágica espesura, donde el gemido de su acento llora, tiembla su rostro, su gentil figura, sobre las telas de la noche oscura y en los claros levantes de la aurora!

¡Ya, para siempre, corazón, quedaste cautivo en el lugar donde sufriste, donde con ansia abrasadora amaste, donde más pena que placer hallaste, porque el amor, como la muerte, es triste!

¡Qué solo el campó está, qué solo el huerto!
¡Llora tu soledad, corazón mío; todo marchito está, todo está muerto...!
¡Qué bien tu pena, en el ansar desierto, sabe decir con su sollozo el río!

¡No cantes, corazón, penas de amores!
¿Qué armonía, qué luz darás al canto, con muertas lumbres y marchitas flores?
¡Para expresar tan íntimos dolores no hay más palabra ni canción que el llanto!

¡Mírate en el espejo de esos ríos!
¡Como sabes llorar de nuestras vidas los tormentos secretos y sombríos!
¡Si son sus ondas, sus cristales fríos, llantos de las eternas despedidas!

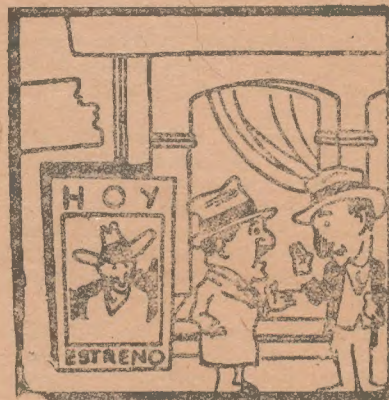
En la enorme tristeza de mis horas yo escucho el vocerío soñoliento de sus aguas veloces y sonoras...
¡Ay, vida! ¡Cómo plañes, cómo lloras en la tierra, en el agua y en el viento!

Que no hay nada insensible en el profundo piélago de las cosas: todo clama con un acento universal, rotundo; y es un inmenso corazón el mundo que late y sufre compadece y ama.

¡Valle de soledad! ¡Dulce ribera, testigo de mi amor! ¡En tus boscajes mi pobre cuerpo sepultar quisiera, pues quedóseme el alma prisionera, temblando de dolor, en tus paisajes!

¡Yacer quisiera en el ansar bravío, bajo sus bosques tristes y desiertos, en oculto rincón, hosco y sombrío, donde escuchara el sollozar del río como un responso a mis amores muertos!

Ricardo LEON



—Le invito a ver una película.

—No puedo, cada vez que veo una cinta me duele la cabeza.

—Esto es debilidad. Tome "HIERRO QUINA BISLERI" y se sentirá sano y fuerte.

Las edades de la vida, según algunos pensadores.

Antonio Marichalar opina que el niño es el espectador perfecto.

Decía Corneille:

"Soy joven, en verdad; pero en las almas bien nacidas el valor es independiente del número de los años".

Nietzsche, sobre el mismo tema, escribió:

"Es necesaria también la herumbre: no basta el arma limpia. De lo contrario siempre se dice: —¡Es demasiado joven!"

"Los jóvenes nunca tienen razón en lo que niegan, pero siempre sí en lo que afirman", opina José Ortega y Gasset.

A Shakespeare pertenece el siguiente pensamiento:

"La juventud es una tela que no dura".

"Siempre que uno dice a los jóvenes la verdad pura se indispone con los boquirrubios; luego, transcurridos algunos años, cuando la han aprendido duramente a sus expensas, creen haberla inventado y deciden que el maestro es un imbécil".

(Las palabras que anteceden son de Goethe.)

Escribió Joubert:

"Lo mejor que posee un hombre son sus sentimientos juveniles y sus viejos pensamientos".

"Los jóvenes ejecutan las revoluciones que los viejos han preparado", observaba Balzac, en unas notas atribuidas hasta hace poco a Napoleón.

"La madurez del hombre es haber recuperado la seriedad que tenía de niño en los juegos", se lee en una de las obras de Nietzsche.

En una apartada ciudad de Francia, en Valenciennes, cercana a la frontera belga, ha estado abierta desde el pasado mayo una Exposición de obras del escultor, pintor y grabador Juan Bautista Carpeaux. Un crítico, Jean Botrot, ha dicho de este artista: "Renovó el arte. Precedió a Rodín y a todos los grandes escultores modernos. Hizo hablar a las piedras el lenguaje de la Alegría y del Amor. Fué un Titán y un don Quijote. Adaptó a las concepciones modernas las bellezas del paganismo." Muy interesante ha debido de ser la Exposición centenaria celebrada en Valenciennes, que se enorgullece de ser la patria de este artista, más aún, con más ahincado amor y devoción — como si sintiera remordimiento por el abandono en que lo tuvo — que de ser la patria de Watteau, glorioso y mimado de la fortuna.

Valenciennes ha logrado reunir en su Museo ciento diez esculturas de Carpeaux, diez cuadros, trece aguafuertes y centenares de dibujos, apuntes, bocetos y estudios. Para la Exposición, clausurada estos días, muchas corporaciones y particulares aportaron obras casi desconocidas del más infortunado y torturado de los hombres. Se ha podido así completar el estudio de su arte; establecer una relación más íntima y precisa, entre la asombrosa vida de Carpeaux, su indomable temperamento y su obra admirable, rayana en la genialidad. Además, Valenciennes muestra en sus calles diversas obras de Carpeaux, que amaba a su ciudad natal con curiosísimo obsecamiento. La fuente monumental dedicada a Watteau y varias estatuas decorativas de la Casa Municipal se muestran a los forasteros como obras maestras de aquel cincel; pero sobre todas, la titulada "Defensa de Valenciennes" conmueve a cuantos recuerdan la trágica invasión de 1870, que arrebató a Carpeaux el bienestar que lograra al lado de Napoleón III. En los numerosos monumentos recordatorios de aquella fecha, de sus héroes y sus mártires, que alzaron las ciudades y pueblos franceses, no hay nada tan bravo, tan explicador y justificador y sugeridor como esta matrona que, simbolizando a Valenciennes, se alza en la torre atalaya de la Casa Comunal. Empuñando una corta espada que basta a su valor, desceñida de mantos, acude a la defensa con tal ímpetu y bravura, que animan la piedra y la poseen como si fuesen un alma, y hacen de aquel prodigioso desnudo carne viva.

Carne viva como la del grupo "La danza", que parece hoy el más bello adorno del teatro de la Opera; carne viva como la del Ugolino, que admiran las peregrinaciones de turistas en los jardines de las Tullerías... Y cada uno de estos testimonios del genio de Carpeaux recuerda los días angustiosos de su doliente vida.

El espanto, el terror, la locura del hambre aparece en el Ugolino de Carpeaux, más fiera y fielmente aún que en los trágicos versos de Dante. Dijo Teófilo Gautier, a este propósito, que el hambre, el hambre padecida largamente, más fuer-

UN PRECURSOR

LA TORTURADA VIDA DEL ESCULTOR CARPEAUX.

Por Dionisio Pérez

te que los esfuerzos del hombre para libertarse de su tortura, im-

pureza de corazón del hombre; el hambre simbólica de Ugolino della Gherardesca, tirano de Pisa final-

mente, no puede expresarse sin haberla padecido. Y este caso de Carpeaux: conoció y sufrió la miseria en la niñez, en la mocedad, hasta en la edad madura... Luchando contra ella ejerció los más penosos oficios — "menos mendigo, lo fué todo", se dijo como loa en el homenaje apoteósico que se tributó a su cadáver.

Napoleón III redime su reinado entero entendiéndolo y comprendiéndolo al prodigioso escultor, que llora como un niño cuando contempla en Roma las obras de Miguel Angel, que eran su propio pensamiento; la concepción misma con que hacía diez años intentaba romper la frialdad, la monotonía, la artificiosidad, la insinceridad, la falsedad de la escultura francesa. Pero, hasta aquel momento en que Napoleón lo ampara y lo incorpora a su corte, ¡qué doliente y miserable y torturada vida!...

Su padre era un pobre albañil, con cuatro hijos ya, cuando Juan Bautista vino al mundo. Descalzo, con ropas usadas y mal arregladas, hambriento diariamente, comenzó a acudir a la escuela de una comunidad religiosa. Era achaparrado, escuálido, con más cabeza que torso, tímido, huraño. Sus camaradas lo recibieron en la escuela con burlas. No le llamaban Carpeaux, sino "Crapaud" (en castellano "sapo", "lechucilla", "despiojacabras"). Bien pronto reveló en la escuela misma su genio haciendo figurillas de barro, que los escolares se disputaban, pagando al hambriento con restos de sus comidas; pero los religiosos se indignaron y castigaron al alumno enredador.

Bien pronto el albañil quiso utilizar a su hijo, lograr que ganara dinero; como veía su afición al dibujo, imaginó que pudiera llegar a ser maestro de obras o ayudante de arquitecto, que le parecían, en su miseria, las más altas cumbres sociales. Y he aquí a Carpeaux, chiquillo todavía, haciendo su aprendizaje de albañil: preparando argamasa, transportando ladrillos y tierras, amarrando andamios. El mozo, apenas formado, se sentía vivificado, espoleado por un alentador espíritu de rebeldía. La miseria en que vivían sus familiares, la triste condición en que se hallaba, no le impedían soñar... Soñar y amar... Enamorado estuvo de las más bellas aristócratas de Valenciennes. De una de ellas, Ana Fourcat, hija de un abogado, que había advertido el talento del albañil y le estimulaba a trabajar y estudiar, y le alentaba a marcharse a París y le protegía con discretas dádivas, hizo una admirable mascarilla en que aparece la bella muchacha sonriendo... Ha aparecido esta obra deliciosa entre las aportadas por los particulares a la Exposición centenaria... Y se ha advertido cómo esta sonrisa encantadora de Ana Fourcat ilumina como un ensueño juvenil toda la obra del escultor, y se reproduce en la "Napolitana riendo", en "Travesura", en la "Joven de la concha", en "Primavera", en la "Bacante de los laureles" y en la "Bacante de las rosas". Se ha hecho notar recientemente que el "Triunfo de Flora", del frontón del Louvre, es el triunfo de Ana Fourcat...

Victrolas

Ortofónicas
Electrolas
Victrolas-Radiolas

De todos tipos y modelos, cuyos precios oscilan entre \$ 60 y 3.000, vendemos a nuestra distinguida clientela a pagar en:

MÓDICAS CUOTAS MENSUALES



Modelo 4 - 40 GRANADA
Victrola Ortofónica, elegante y bien terminado gabinete en caoba enchapada con hermosos adornos superpuestos. Alto 96, ancho 50, fondo 47 cms.

PRECIO, \$ 675.



Modelo 10 - 50
Victrola Ortofónica automática, reproduce a la perfección la voz humana, cambia automáticamente los discos. Es ideal para grandes establecimientos, cines, teatros, etc., etc.

PRECIO, \$ 2.500.

DISCOS

Tenemos todos los grabados hasta la fecha.

SOLICITE CATALOGO ILUSTRADO O VISITENOS

OBIGLIO & HIJOS

BUENOS AIRES

BUENOS AIRES

EL PRIMER BESO

Para FRAY MOCHO.

Sentí sus blancas manos
Temblar entre las mías
Como avejillas huérfanas
Avidas de calor;
Sus senos palpitaban
En dulces agonías,
Y, en sus pupilas bellas,
Enormes y sombrías,
Surgió la lucha trágica
Del ansia y el temor.
Sus labios modularon
Palabras de protesta...
Posóse en mi mejilla
Su frente de marfil:
Rodó luego a mi pecho
Su perfumada testa
Y, como el eco dulce
De una divina orquesta,
Brotó de nuestros labios
El ósculo sutil...

Leopoldo REVUELTA.

los laureles" y en la "Bacante de las rosas". Se ha hecho notar recientemente que el "Triunfo de Flora", del frontón de Louvre, es el triunfo de Ana Fourcat...

Con este ensueño de Dulcinea en que estuvo enamorado este Quijote, fué la emperatriz Eugenia, — Carpeaux marchó a París. Comenzó a asistir a una escuela y logró entrar en el taller del escultor Rude, famoso, entonces, por su "Napoleón alzándose de la tumba y mostrándose a la posteridad". Bien pronto el albañil sin trabajo y sus otros cuatro hijos le siguieron y agravaron su situación económica...

¿Cómo vivía Carpeaux? De madrugada iba a las "Halles", al mercado mayorista de París, donde comienza el tráfico apenas pasada la media noche, y ganaba unos francos transportando cestas, y cajas y sacos. Luego, a la tarde, establecía en cualquier lugar pasajero un tenderete con sus estatuillas y sus pinturas y disputaba con los compradores. Y fué allí, en esta feria ambulante, donde el soñador, candoroso y fatua, vanidoso como un chiquillo, comenzó a hablar a desconocidos transeúntes de nueva estética, de renovación del arte, de una visión nueva de la figura humana...

A través de esta dura prueba Carpeaux conservaba íntegra su fe en sí mismo, su convicción de la originalidad de su arte. Pasó por diversos estudios de estatuarios, que le reprochaban su desdén de las reglas académicas, y supo resistir todas las sugerencias, todos los consejos. A los diez y siete años, el abogado Fourcat y otros valencieneses consiguieron que el Departamento le otorgara una pensión de seiscientos francos anuales; su padre y sus hermanos emigran a California.

Crea la lograda su independencia, asegurada la posesión del hogar donde cobijarse y del pan que comer cada día, y una enfermedad lo obliga a recluirse en el hospital Cochin.

Curado apenas, emprende la conquista de la gloria. Su estatua "Filotecte en Lemnos", presentada al concurso de los premios de pensionados en Roma, sorprende a los críticos, indigna a los académicos y gana la admiración de los apasionados de las artes, que protestan indignados cuando el Jurado le niega el gran premio. Se plantea así la batalla de que ha de surgir el arte moderno; batalla que se reanuda en 1854, cuando logra Carpeaux que se le otorgue aquella suprema distinción, que mantiene el escultor desde Roma con sus envíos, y que culmina con el "Ugolino", rechazado por la Academia y por el ministro de Bellas Artes, y admirado e impuesto por el Emperador.

El escultor entra en las Tullerías y ve realizado su ensueño de grandeza, de abundancia, de poderío... Napoleón es su amigo; le encarga numerosos trabajos, le acompaña muchas horas en su taller; le paga pródigamente. La mesa imperial es la mesa diaria del niño que ayunara tantos días, del mozo de cuerda que transportara cajas y serones en las "Halles". La misma Emperatriz, que se siente amada, adorada religiosamente, qui-jotesca, por el artista, le prodiga las más halagadoras atenciones. En una "Dolorosa" que recuerda pinturas del Tiziano, el escultor evoca la frente, los labios, los ojos de Eugenia de Montijo. Se encarga de la educación artis-

Quiero ser raro...

Cuando me oigo calificar de hombre raro siento una gran alegría.

Eso, es precisamente, es lo que deseo ser: raro, por encima de todo.

Los conceptos de rareza y de preciosidad andan unidos; de manera que yo, siendo raro soy precioso. ¡Qué encanto!

Los que así me aprecian me califican entre los diamantes, aunque sea en bruto.

Por lo menos, seguro estoy de no ser un brillante falsificado, un brillante borax. Y aquellos que hablan de mi brillo como escritor, me confirman en esta idea.

¡Vaya una broma!

* * *

Salirse de las filas, caminar solo, marchar hacia el sur cuando los demás marchan hacia el norte, me parece la verdadera caracterización de la personalidad.

Prefiero el desierto habitado por mí a la multitud amorfa de millones de cabezas en que la mía es solamente una cabeza más...

Mi ideal, queridos carneros de Panurgo, es sentirme vivir.

* * *

El hombre que se determina como raro será un valor discutible, pero es un valor sin duda.

En cambio, ¿qué valor sino el gregárico, el de las agregaciones atomísticas, hay en las muchedumbres? Ellas son todo y nadie es.

* * *

Suele llamarse rareza a la independencia a la abnegación, al desprecio de las riquezas, al punto de honor, al individualismo constructivo y activo, en estas sociedades vulgarmente igualitarias.

En tal caso las que resultan raras son las virtudes venidas a menos.

Hay que crear valores, según la brava frase de Nietzsche, y no aceptar a ciegas, sin examen, los valores creados y circulantes.

* * *

Raro, sí, raro "a outrance". No vale la pena vivir sino se es raro.

Para serlo siéntome capaz de cualquier excentricidad. Tengo como los chinos la manía, el hábito de proceder al revés de como la servil mayoría procede.

Voy contra la corriente. No aspiro a que me lleven sino a llevar.

* * *

Dos escritores, Max Nordau y Rubén Darío, han demostrado que los raros deben considerarse como anormales poderosos.

Tienen su camino propio y lo recorren por su propio paso. No entran nunca en la vía del vulgo aborregado, en la gran carretera de la humanidad.

* * *

Yo busco a los raros, confieso este mi lado débil, o lo que sea.

Voy preguntando por ahí: — ¿Es usted raro?

Y cuando compruebo la rareza de un individuo, compruebo en seguida sus bondades.

* * *

Cristo fué un raro, sublime entre otros raros virtuosos: los apóstoles.

Si no hubiera sido raro, no hubiera muerto en la cruz por redimir a los que no tienen redención posible.

Francisco GONZALEZ DIAZ.

Enfermos



de los OJOS

"LOIDU," Unico producto Italiano de fama mundial. Que, friccionando en las sienas, refuerza el nervio optico, quita el cansancio de los ojos, evita el uso de lentes incluso septuagenarios, recuperandose en pocos dias una vista envidiable. **No mas miopes, presbitas ni vistas debiles**

PEDID HOY MISMO EL INTERESANTE LIBRO GRATIS

Dirección General

UGO MARONE
Plazza Falcone al Vomero, 1
(Italia) NAPOLI

tica del príncipe imperial. Es una de las primeras personalidades de Francia; se atilda su gran barba, cuida su vestimenta, cubre su cabeza con un gran gorro turco... Al paso de su coche abierto se deja admirar de los parisienses que le envidian...

¡Oh, si le vieran aquellos chiquillos de la escuela que le llamaban "crapaud", "sapo", "despiojaca-bras"!

Comenzó esta era feliz en 1863; ya el escándalo provocado entre los timoratos por el grupo de "La danza", colocado en la Opera, mancillado con los chafarrinones de tinta, hubiera vencido al ingenuo y candoroso Carpeaux si no hubiera sobrevenido algo más grave: el hundimiento trágico del Imperio; Sedán; la fuga de la Emperatriz. Apenas siete años duró su venturosa suerte.

Y pobre otra vez, desgarrado por una torpe operación quirúrgica, no volvió a padecer hambre, porque lo recogió en su hogar el príncipe Stirbey...

Y de esta torturada vida surgió la escultura contemporánea...

El trabajo de los presos

En las prisiones inglesas todos los presos trabajan, por término medio, siete horas diarias en la fabricación de felpudos, sacos de correo, cepillos, calzado, muebles, etcétera.

Pero el valor de su trabajo es muy bajo: un término medio de 17 libras esterlinas por persona, suma que no paga siquiera el costo de la alimentación de los presos.

De tal suerte que la población de contribuyentes debe pagar anualmente alrededor de treinta libras esterlinas para el mantenimiento de cada uno de los delincuentes.

Al conscripto Bernardi

Immortal entrerriano temerario
que has sabido morir noble y humano,
arrebataando al trágico acéano
náufragos, cuyo pecho es tu santuario.

Yo no voy a agitar el incensario
para ser de tu gloria el artesano;
basta y sobra tu esfuerzo soberano,
que fué heroico, tenaz y voluntario.

Bien merece tu hazaña un monu-
(mento.
generoso, magnifico y divino
vencedor del instinto. El firmamento.

Es cúpula en tu fosa de marino.
Te abrió la Eternidad tu inmenso
(aliento.
que honra y agranda el nombre de
(ARGENTINO.

Alfredo PARODIE MANTERO.

VÍCTIMA DEL DEBER

Por Oscar Metenier

Con los años, el cumplir los sesenta, el Sr. Dubois Dubel-Jeumchauff, un viejo ruso soltero se había quedado sordo. Pero sordo hasta el punto de no oír el menor sonido sin su trompetilla acústica.

La familia, llamada al lado del enfermo, celebró una importante reunión. ¿Dejarían al anciano Dubois Duckel-Jeumchuff sumergido en una sordera que frisaba en la imbecilidad?

Los sobrinos de la rama francesa, Guy, Gontrán y Gastón, opinaban que un tío viejo, sordo y fácil de engañar a la hora de hacer testamento no debía ser abandonado.

—No, no y no — protestó la vieja prima Adelaida. — Nuestro pobre padre Dubois Dukel-Jeumchauff no debe, para los años que le quedan de vida, seguir en este estado. Es rico, soltero y sin hijos; sin hijos legítimos, legitimados o reconocidos, y todos debemos mirar por él.

Todos los parientes aprobaron las palabras de Adelaida, y en recompensa de su iniciativa, le fué conferido el honor y encomendada la carga de llevar a las consultas del buen Dubois Dukel-Jeumchauff.

La vieja Adelaida cumplió maravillosamente su misión. Durante un año las celebridades médicas de todas las capitales del mundo examinaron al viejo. Todas unas eminencias declararon que no había remedio. Dubois Dukel-Jeumchauff, condenado por todos los facultativos, debía quedar irremediablemente sordo.

La prima Adelaida se desesperaba, mientras que Guy, Gontrán y Gastón, al contrario, se frotaban las manos y gastaban pródigamente, triunfantes, con la sordera del viejo tío.

El único especialista que aun no había consultado, un viejo doctor, examinó un día al enfermo y exclamó:

—Eureka! ¡Ya lo encontré!

—He encontrado el remedio de dominar esa sordera rebelde.

—¡Cielos!... ¿Será posible?...

—Absolutamente cierto, señora. Su pariente oirá tan claramente como usted.

—Puede usted contar entonces con nuestro más profundo reconocimiento.

—¡No hablemos de esto, señora; no hablemos de esto! Diga usted, ¿hay aquí algún periódico?

—¿Un periódico?...

—¡Sí, un periódico cualquiera! Y si no hay un periódico, basta con un programa de espectáculos.

—Aquí está Excelsior, que es el único diario que distrae a nuestro pobre pariente, que, afortunadamente para él, conserva excelente su vista.

El médico leyó el diario y dió una ojeada por la sección de espectáculos.

—Eureka — exclamó de nuevo el doctor, que sentía una especial predilección por esta palabra.

—¿Qué, doctor?...

—Esta tarde dan la Walkiria en la Opera.

—Sí..., ¿y qué?...

—Estoy seguro de que el señor Dubois Dukel-Jeumchauff oirá conmigo esta ópera de Wágner.

—Pero, doctor...

—¡No hay pero que valga! Hay que obedecer mis órdenes, o no respondo de la curación.

—Si es así, doctor, se hará cuanto usted ordene — dijo inclinándose la prima Adelaida.

Aquella tarde, dos fraques negros, entre otros, se sentaron en dos butacas de orquesta.

El primer acto pasó sin que el señor Dubois Dukel-Jeumchauff diese el menor signo de comprensión auditiva.

En el segundo acto se agitó, aplicó el oído. En el tercero, en fin, dió un grito, un verdadero rugido, que fué ahogado por la música de la *Selva Negra*, de Wágner.

—¡Doctor — exclamó dirigiéndose al médico, — estoy salvado!... ¡Oh, gracias!... ¡Gracias! ¡Ya oigo!... ¡La música de Wágner me ha devuelto el oído!

El doctor no contestó.

—Le digo a usted que oigo perfectamente, doctor — dijo de nuevo el señor Dubois Dukel-Jeumchauff al oído del doctor. — ¡Me ha salvado usted!... ¡Para usted la mitad de mi fortuna!... ¡Doctor!... ¡Respóndame usted!...

Pero el doctor continuaba inmóvil.

Su enfermo estaba curado; pero en cuanto a él, la música de Wágner le había vuelto sordo. ¡Pobre víctima del deber!...

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263 — Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la **CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA** del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.

2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (\$ 155.274.629,42).

3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

Cuando la figura singular, atrayente y aureolada por la bondad, de Monseñor de Andrea aparece en la cátedra sagrada, imprégna el ambiente de inefables sensaciones emanadas de la emoción artística que fluye de su palabra dulce, vibrante, serenamente augusta y elocuente.

El obispo de Tommos, más comúnmente llamado el prelado de los obreros, es un verdadero príncipe de la oratoria. Buenos Aires entero lo sabe, ya que ha tenido el exquisito placer espiritual de asistir a sus conferencias siempre tan saludables por el manantial de verdades, belleza, ciencia y doctrinas que brotan de sus labios.

Un domingo asistimos a su alocución pronunciada en el recinto de la iglesia de San Miguel Arcángel.

El lugar estaba pleno de familias. Era materialmente imposible entrar al templo, que desde horas antes, había sido ocupada por los feligreses ávidos de escuchar el verbo generoso y educador del talentoso mitrado.

Abriéndonos paso, con grandes dificultades, pudimos llegar por la sacristía hasta cerca del púlpito.

Toda la concurrencia estaba inquieta, expectante. La misa dió comienzo; los fieles se recogieron con unción mística. Al llegar al Evangelio el sacerdote oficiante abandonó el altar, concentrándose entonces todas las miradas en el púlpito. Acababa de aparecer el esperado.

Mirando a los asistentes, con esa dulzura que es una prenda de su vida, fluyeron de sus labios algunas expresiones de intróito.

Sus sermones y conferencias son siempre enseñanzas sublimes. La profundidad de su pensamiento y la brillantez que le sirve de orla son dignos de ser reproducidos. Cada frase suya simple, candorosa-

Un sermón profético de monseñor de Andrea

mente simple en su forma, o bellamente galana, pero de gran fondo. es una vigorosa conquista de la cultura, verdad y arte. Nadie como él entre, los oradores sagrados, tra-

que tipo contemporáneo.

Bosquejó en su exposición situaciones sociales que exigen aplicación de medios terminantes para obtener su solución benéfica. Cen-



Monseñor Dr. Miguel de Andrea

duce las emociones e interpreta los ideales y sentimientos colectivos. Singular conductor de multitudes, apóstol de una causa santa, de positivo valer, es un verdadero ar-

suró el bolcheviquismo, ese mal lejano, pero arraigado, que se cierne sobre el mundo como una inquietante amenaza. Indicó procedimientos que conducirían a poner

dique resistente a esta invasión.

Analizó las situaciones de muchos países, comenzó, dedujo, extrajo consecuencias lógicas, explicó la acción noble, eficaz y benefactora de la iglesia que sigue las doctrinas de Cristo, recordó las conversiones de grandes hombres como Papini, por ejemplo, a quien elogió por su estilo admirable y las concepciones de su mente privilegiada, terminando con palabras que encerraban una profecía, o que había previsto en esa ocasión, está sucediendo y sucederá si no se aplican sistemas puestos al servicio la razón y del espíritu, altamente inspirado.

Algunas de sus palabras deben ser recordadas: "Alguien dijo que el hombre nace bueno; yo afirmo que no nace ni bueno ni malo; nace con aspiraciones sublimes a ser bueno y con potentes energías para ser malo". "Las palabras son sonidos del alma, los hechos, pedazos de la propia vida".

Al terminar pasamos a saludarlo en nombre de FRAY MOCHO.

—Agradezco esta gentileza — expresó atendiéndonos de inmediato. La sala estaba atestada de visitantes que venían a felicitar al pastor de almas, sin embargo se puso a nuestra disposición.

—Siempre leo la revista de ustedes, culta y simpática.

La luz solar hacía rebrillar el amatista del pectoral.

—Su obra es grande, monseñor.

Sonríe. Activo y modesto, lucha como sacerdote y como argentino por Dios y por la Patria, a la manera de aquel fraile, su simil moral. Mamerto Esquiú, el llamado orador de la Constitución.

Un crucifijo preside aquella estancia aromada de piedad, quietud, pureza, religiosidad.

ROQUE CEPEDA VERON.

Entre las más hermosas instituciones de Atenas, madre gloriosa del Arte de la Belleza, puede contarse la del Areópago, célebre tribunal que se congregaba a cielo abierto en la colina de la que tomó el nombre por haberse reunido en ella, según la leyenda mítica, doce de los veinte dioses mayores que hubieron de juzgar a Ares, acusado de la muerte de Halirroto, hijo de Poisedón.

Esquilo, en la "Orestíada", atribuye la fundación del Areópago a Palas, protectora de la ciudad. En las "Euménides", última parte de la terrible trilogía, la diosa preside el tribunal que ha de juzgar a Orestes por el asesinato de su madre.

Demóstenes, al afirmar que nadie pudo jamás convencer al Areópago de injusticia, corrobora la integridad de sus jueces, elegidos entre los respetables y prudentes varones que hubieron ejercido el cargo de arconte, que así se denominaba el primer magistrado del Ttica: sus fallos, inapelables, inspirábanse en el espíritu, no en la letra de las leyes.

Los areopagitas, para evitar que el rostro del acusado pudiera influir en sus decisiones, bien conmoviéndolos con sus gestos angustiosos o bien eterneciéndolos con sus lágrimas, ejercían su augusto ministerio rodeándose de las sombras nocturnas.

Una noche sentábase en la piedra de los acusados, llamada "Piedra de la Injuria", Asmene, una

de las doncellas atenienses.

La madre del efebo Cinesias la acusaba de haber envenenado a su hijo dándole a beber un filtro erótico.

Previo el juramento de decir verdad, Ismene, al ser interrogada si

era cierta la acusación, replicó con voz entrecortada por los sollozos:

—Si lo es. ¡Plugiera a los dioses no lo fuera...!

Enardecida por irresistible amor hacia Cinesias, dile a beber el filtro, no con el negro designio de

Espíritu de justicia

Por Alejandro Larrubiera

EL ARREPENTIMIENTO

No hay honor sino en la virtud, y no hay virtud sino a condición de arrepentirse continuamente del mal y hacer propósito de enmienda.

Si te aconteciere ofender a alguien, ten la noble humildad de ofrecerle tus disculpas.

Cuando conozcas que has cometido una falta no vaciles en repararla. Sólo reparándola tendrás tranquila tu conciencia. La tardanza en la reparación encadena el alma al mal con lazos cada vez más fuertes y termina por hacer perder la propia estimación.

Desdichado del que llega a perder la estimación de sí mismo, ya está en la pendiente resbaladiza de la ignominia y encenagada su alma tanto, que no repara en su desdicha hasta verse perdido por completo.

Silvio PELLICO.

que se convirtiera en sombra que vagase por los tristes campos de asfodelos, sino como amante por los alegres de Afroditas, esmaltados de encendidas rosas. Su amor hacía mi agonizaba cual lámpara falta de aceite, y procuré reavivar la llama y hacer que fuera tan potente como la que a mí me consumía con terrible ardor.

Ahogada por los sollozos extinguióse la voz de la sin ventura. En su breve aclaración había expresado todo cuanto podía decir, ya que la ley no permitía, por parte del acusado, digresión ninguna, ni tampoco impetrar piedad de los jueces: el procedimiento era de una admirable sencillez: basábase únicamente en el simple relato de los hechos.

Tras rápida deliberación, los areopagitas acercáronse pausadamente al altar para recoger el guijarro con el que votaban arrojándolo en la urna de bronce de la Piedad o en la de madera de la Muerte.

Los circunstantes que anhelosamente clavaban sus miradas en los jueces para descubrir si la hermosa Ismene era condenada a muerte o absuelta, recibieron la dulce y conmovedora sorpresa de ver que los areopagitas iban depositando uno tras otro sus guijarros en a urna de la Piedad.

Habían juzgado que Ismene no tuvo pensamiento de matar a su amante, sino de reavivar en él la llama extinta del amor.

Un fracaso literario

Por Silvia Guerrico

(Del libro "Los príncipes azules", muy bien recibido por la crítica)

Cuando Alina recibió "La Revista Literaria" buscó apresuradamente la sección del notable crítico de arte, música y poesía Jean Arnold. Le había remitido un ejemplar de su novela con una dedicatoria no ceremoniosa, pero fría, correcta, como quien no pide un favor, sino que cumple con una obligación un si no es pesada. En realidad, era la única opinión que le interesaba Jean Arnold era uno de los príncipes de la crítica, el juez que ordenaba los éxitos y los fracasos en el ambiente literario de París. Todos los bohemios le temían: como éstos, todos los grandes autores, los novelistas, los poetas y los pintores. Y era que Jean Arnold, hombre de vastísima y sólida cultura, amaba su profesión y era incapaz de someter su juicio sereno y cuidado a la amistad, a la galantería, a esos pequeños compromisos que a veces hacen decir cosas que no son, a los cronistas. Alina había venido de provincias para dedicarse de lleno a la literatura. Contra su desmedida ambición, nada habían podido los sanos consejos de su familia y de su padre, un profesor de gramática en el liceo de su pueblo.

—Es difícil que una mujer se haga camino en París...

—Mira que hay que escribir algo bueno para que allá sobresalgas, que París no es un pedazo como esto...

Pero la muchacha, firme en su empeño, se largó hacia París con una porción de originales. Todos sus ahorros los invirtió en editar su novela "Mujeres", en la que había trabajado con cariño y esmero: un año de fatigas, privándose de fiestas, de teatro, de salidas, de charlas frívolas y encerrándose en su coquetón escritorio donde escribía, corregía y aumentaba, puliendo siempre el original. La había publicado por fin y se sorprendió cuando los periódicos en la pequeña sección "Libros y Revistas" o "Bibliográficas" comentaron la aparición de su libro con las frases de rigor, triviales y sin ahondar mayormente en el asunto. Comprendió que en la mayoría de los diarios no se toman el trabajo de leer los libros que se les remiten con amables dedicatorias. Pero el juez a que ella aspiraba era Jean Arnold. Por eso abrió apresuradamente el flamante número de "La Revista Literaria" y buscó afanosamente la sección de Jean Arnold. En efecto, en primer término figuraba el nombre de su novela y más abajo leyó el suyo. Leyó. Y a medida que iba adelantando en su camino, su cara se contraía y sus ojos se llenaban de lágrimas. Jean Arnold le negaba valores literarios a su novela, profundidad a la escritora, estilo, personalidad propia, y hasta originalidad. En uno de sus párrafos, Jean Arnold decía claramente:

"De un tiempo a esta parte, todas las mujeres que escriben con

ortografía se creen literatas, obligadas a publicar un libro e ignoran que en este París que acoge con novelería cuanto título llamativo se ofrece, hombres célebres después, hombres doctos, hombres sabios, hombres genios han llorado por no encontrar quien les publique y quien les lea su primera obra".

Y después de referir minuciosamente el dolor de esos hombres Jean Arnold criticaba acerbamente la novela de Alina, diciendo: — "Es un argumento gastado, usado

en la novela, en el vodevil, en el drama, en la pochade y hasta en un sketch de revista... Pero las mujeres creen que eso es tener habilidad, mover los personajes como títeres, sin dotarlos de alma ni de temperamento... Eso es desconocer las más elementales reglas del buen gusto y de la novelística. En el caso particular de "Mujeres", tal vez su autora sea una mujer joven y tal vez sea bonita. Mi consejo sincero es que se dedique a otro género literario — si apartarse de la literatura no le fuera posible; que de serlo, mucho mejor sería que la abandonara completamente..."

Alina tiró la revista y medio llorando, toda sofocada y roja, comenzó a saltar encima de ella.

—¡Odioso, odioso!

Y se echó a llorar perdidamente encima de su cama...

Los diarios de su provincia se

cuidaron muy bien de transcribir el juicio rotundo de Jean Arnold. Y Alina Begnieres — en literatura Alina de Charres — se cuidó muy bien de hacerse la enterada de la página que le dedicó el más conocido de los críticos parisienses. Su novela fué un éxito discreto de librería y se contentó con eso. A pesar del pedido de sus padres de volver a la provincia, prefirió quedarse en París, donde seguía su curso de filosofía y letras. Había comenzado una comedia y tenía la formal promesa de Duval, el primer actor del Odeón, de representársela si tenía un papel de lucimiento para él y para una damita joven con quien tenía cierto lio sentimental y empresarial. Quería triunfar en buena ley, conquistar un gran éxito, sólo para vengarse así del juicio lapidario de Jean Arnold. Comprendió que le era necesario salir, vivir más activamente, participar de la alegría de las

—nuestro" Excelentísimo Señor Doctor"

No, no es el Presidente de la República — dice Pepita. Es nuestro médico, el Dr. Pedro Calvo. El título se lo dió papá, pues dice que "es el médico y el amigo más "excelentísimo" del mundo. Y él se ríe, porque le encantan las bromas. El otro día me salió con esta: "Oye, Pepita, ¿sabes que cuando yo llegue al cielo, me voy a ver en apuros? — ¿Por qué, Dr.? Porque cuando San Pedro pregunte: "¿quién es?" y yo le conteste: "soy yo, Pedro Calvo," va a creer que me estoy burlando de él."



SU campo de acción no está en las clínicas lujosas, ni en las solemnes salas de cirugía; su campo son los hogares. Por ellos pasa a diario distribuyendo alivio y consuelo con el esmero y cuidado de un padre. El enemigo con que más frecuentemente tiene que luchar allí es el dolor físico. Pero siempre sale vencedor, porque tiene una preciosa aliada, la

CAFIASPIRINA

Con ella no sólo da alivio rápido, sino que regulariza la circulación y levanta las fuerzas, sin peligro alguno para sus delicados pacientes.

Y siempre dice, con su benévola sonrisa retozando bajo el mostacho gris: "A medianoche es cuando vienen las brujas y los dolores. Y a medianoche las boticas están cerradas. Por eso hay que tener siempre en casa, agua bendita para las brujas y un tubo de Cafiaspirina para los dolores."

La CAFIASPIRINA es el analgésico del hogar. Todos pueden tomarla con absoluta confianza para los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; las consecuencias de las trancochadas, etc. NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RÍÑONES.



La próxima vez, PEPITA le presentará a usted el gran cariño de su vida, el gran "amor de sus amores": "SU NANA." Es la más humilde pero la más encantadora de la casa. ¡No deje de conocerla!

muchachas de su edad, entrar en sitios que iría utilizando como escenarios en sus obra futuras. De la pensión donde vivía a cargo de una patrona a quien sus padres conocían de muchos años, se trasladó al departamento de unas amigas, una señora viuda y su hija, con quienes hacía una vida completamente en familia. Alina de Charres, con su aire de chiquilla mimosa, que sabía hacer de orgullo cuando llegaba el momento, era una guapa muchacha de poco más de veinte años, rubia, elegante y fina. Un poco delgada de más, tal vez la juzgaran los que están al tanto de líneas femeninas; pero era deliciosa, en su aspecto de muñequita nerviosa, felina, grácil.

—Tenemos que divertirnos, Alina—dijo una tarde su joven amiga.

—¿Vamos a bailar?

—Bueno. Casualmente, en el Barrio Latino los muchachos de la "nueva sensibilidad" dan un baile hoy festejando el éxito de Raimundo Rouvray... ¿Vamos allá?

—De mil amores.

Y las dos amigas se acicalan y marchan al baile. Alegría sincera, radiante, sin egoísmos, sin envidias, luminosa, bella... ¡Alegría del espíritu es la que hay en esta fiesta de bohemios del Barrio Latino!!!

Hay modistillas, hay vendedoras de tienda, hay poetisas, hay novelistas, hay actrices. Junto a ellas, poetas, escritores, críticos, bohemios que no producen nada, decadentistas, simbolistas, avandistas, neologistas... Todas las escuelas y todos los ritos literarios se aunan en la fiesta a un compañero que triunfa. ¡Esto es París!—dijo Gómez Carrillo una vez.— ¡Esto es París y sus bohemios!

Han llevado la orquesta de un café cercano. Y se baila animadamente.

Alina siente que una voz simpática, de timbre bajo, le pregunta a su oído.

—¿Quiere usted bailar, señorita?

Ella dice que sí y se pone a bailar con su desconocido compañero.

Hacen una pareja muy hermosa: él es alto, moreno, un poco pálido, pero con una sonrisa que le descubre una deslumbrante y fuerte dentadura. Viste con elegancia severa y lleva una perla en la corbata.

—¿No cree usted que las perlas traen mala suerte?

—Aunque lo hubiera creído, señorita, hoy aseguraría lo contrario: ¡no estoy bailando con usted?

—¿Por qué será que todos los compañeros de baile se creen en la obligación de ser galantes con sus compañeras?

—Es que el hombre tiene la obligación de ser galante siempre con las mujeres.

—¿Y por eso repite siempre las mismas palabras a todas las mujeres?

—Porque conocen lo que a todas las mujeres les agrada que las digan...

—Pues entonces, yo soy la excepción. Detesto la galantería obligada...

—Y yo detesto el prodigarla... Lo hago por costumbre...

—Ambos bien. Se entienden bien. Ella advierte de inmediato que su compañero es un hombre de gran

cultura, espiritual y amable. Tiene además, la primer cualidad que ella admira en el hombre: carácter alegre. Alina siente una extraña sensación que nunca ha sentido hasta ahora: al lado de hombre ninguno. En los brazos del elegante y simpático desconocido se encuentra feliz, absolutamente tranquila

recordar de pronto la frase de una vieja novela francesa: — "Se podría vestir con un guante de piel de Suecia..."

Los bohemios danzan alegremente, no importa que el día antes no hayan comido y que quizá mañana tampoco coman: el caso es que comen y beben hoy y festejan el

TOS-CATARROS-RESFRIOS
SE QUITAN TOMANDO EL
PECTORAL ESTERPAL
PARA NIÑOS Y MAYORES, EL FRASCO \$ 2.50
Elixir Dentífico ESTERPAL
Conserva la dentadura, quita el dolor de muelas y da esmalte y refresca la boca, el frasco \$ 2.00
Farmacia Inglesa Americana
ABIERTA HASTA LA 12 Y 30 DE LA NOCHE
Perú 801-807 U. T. 23-B. ORDEN 1867 Buenos Aires

y charla animadamente, confidencialmente, con este hombre que recién conoce y que sin embargo, le parece un viejo y querido amigo. El hombre también ha sentido una instintiva atracción hacia la rubia y elegante, flexible compañera de baile. La cara tersa, los ojos oscuros sombreados de largas pestañas negras, los blondos cabellos que se escapan del sombrerito; las líneas finas de su cuerpo, le hacen

triunfo de un compañero del Barrio Latino.

Raimundo Rouvray inicia una farándula ruidosa. Le siguen todos los invitados a la fiesta: para colocarse como detrás del otro, se produce en el "studio" que sirve de salón de recepciones un tumulto gracioso. Una pareja tropieza y caen. Alina vacila, quiere instintivamente asirse de algo para evitar el golpe y extiende los brazos, pero

su compañero, mucho más rápido, la recibe en los suyos, vigorosos, que la estrechan antes de volver a la muchacha a su posición normal.

Y las horas pasan. Todos saben qué es el amor y ninguno cuando nace. Así pasó con estos dos bellos seres que se encontraron en aquel alegre baile de bohemios.

—¿Es usted poeta?

—No, señorita.

—Lo había adivinado, pero pregunté de tonta que soy...

—¿Por qué lo había adivinado?

—Porque tiene usted una corbata de moda y lleva además el cuello limpio...

—Es usted observadora. ¿Acaso es pintora?

—¿Yo? ¡No, señor!

Cosa extraña: ninguno se atreve a preguntar directamente: — ¿Qué hace usted? ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama usted?

Las horas vuelan y cuando llega la noche y pasa la cena, su amiga le hace una seña para retirarse.

—¿Se va usted, deliciosa compañera?

—Es muy tarde...

—¿Volveremos a vernos?

—Frecuento poco a la casa de mis amigos. Hoy, excepcionalmente, para felicitar a Raimundo y distraerme un poco...

—También a mí me ocurrió otro tanto. Es la primera vez que vengo. No conozco a nadie... Pero no lo siento, desde que la he conocido a usted. Prométame que nos veremos otra vez. Dígame donde puedo verla, acompañarla a tomar el té...

Ella piensa y accede. Los ojos de él tienen una mirada tan dominadora — eso cree ella — que en verdad encuentra casi que tiene obligación de ir.

—Mañana a las 6, en el Palace...

—¡Oh, muchas gracias!

Le estrecha largamente la mano. Ella intenta retirarla y al despedirse, casi simultáneamente, se presenta:

—Alina de Charres...

—Jean Arnold...

Una farándula los separó. Ella no alcanzó a ver la amable sonrisa de él ni éste el estupor de los ojos de ella.

Cuando un año después Jean Arnold se casó con Alina de Charres, sus familiares se asombraron de la decisión firme de Alina de no escribir más.

—¿Pero, es posible, después de tantos sacrificios que tu carrera te ha costado?

—Y tan posible! No escribo ni una línea más...

Y no escribió. Jean Arnold estaba una tarde sentado al lado de su linda mujercita y ésta mimosamente recostada en su hombro, leía un libro de versos recién aparecido, firmado por una mujer, que el crítico debía juzgar.

—Oye, amorcito, ¿pero de verdad era tan mala mi novela?...

El no contestó, sonriendo. Pero ella, empeñada en obtener una respuesta insistía.

—¿De verdad? ¿Soy tan mala escritora yo?

—Lo que tú eres, ¿sabes? es una mujercita adorable.

Y le besó al mismo tiempo los labios. Alina le enlazó los brazos al cuello y ante tal respuesta, no pudo insistir más en su pregunta.

EL VERSO NUEVO

No ha sonado la hora todavía:
han de pasar un día y otro día,
para que yo cincele el verso nuevo
que grite a voces lo que dentro llevo.

Será un verso de miel. Irá riendo
y yo como una loca iré corriendo
tras él, porque las breñas y zarzales
no desgarren sus tules ideales.

Habrá sol. Será, acaso, en primavera
y harán renovación en la pradera
los retoños de savia fuerte y sana
que abracen a la tierra como hermana.

Será un verso de hondas armonías,
de exquisitas y suaves eufonías;
yo lo daré a los aires con orgullo
y perdiéndose irá como murmullo...

Saldrán a saludarle las palomas,
le brindarán los nardos sus aromas
y mi verso, de miel y de alabastro,
el resplandor tendrá de un nuevo astro...

Como armonioso repicar de esquilas,
en un batir de alas intranquilas,
irá mi verso nuevo, inmaculado,
haciendo una creencia del pecado...

No ha sonado la hora todavía:
han de pasar un día y otro día!...

Margot ALVAREZ SOLER

MORON (Cuba).

Cómo murió Chiquito Saravia

Por Rómulo F. Rossi

En mérito a que hemos oído y leído distintas versiones de cómo murió Chiquito Saravia durante la acción de Arbolito, en 1897, creímos conveniente para consignar la verdad histórica del hecho, entrevistarnos con su matador, el entonces teniente segundo del Regimiento 3 de Caballería y hoy teniente Coronel retirado don Pedro Toranza, domiciliado en la calle Inca No. 1803.

—Mi regimiento — nos dijo — era mandado por el coronel don Julio Gutiérrez; y servíamos en el Ejército del General Múñiz, que en la noche antes y en el mismo día de la pelea, tuvo muchas deserciones de blancos, entre los cuales se encontraba el mayor Derqui, que se pasó a Saravia con toda su gente.

—Disculpe, comandante, — interrumpimos; — lo que nos interesa conocer es el episodio de la muerte de Chiquito Saravia.

—Perfectamente; entonces vamos al grano.

—Nuestra situación, por la escasez numérica de soldados con relación a las fuerzas revolucionarias y por estar mal municionadas también, llegó a ser, en cierto momento, bastante apremiante. Nos volteaban fácilmente la gente a balazos y corríamos el peligro de ser cercados.

De pronto sonó el clarín para tocar retirada; y los nuestros, de acuerdo con la orden empezaron a replegarse, lo que visto por los blancos, trataron de arrollarnos. Yo quedé medido rezagado con dos morenos; uno a cada lado; y así seguimos el movimiento, cuando vimos que un jinete contrario, seguido del alférez Chalar que se había formado en el 3 y que poco tiempo antes había pedido la baja para formar en las huestes revolucionarias, se nos acercaban rápidamente.

Bien montado, Chiquito Saravia en un zaino malacara, se nos vino encima; y al primer lanzazo, arrancó por encima de las orejas del caballo, al soldado que llevaba a mi izquierda, un morenito joven y muy sereno en la pelea.

¡No le dió tiempo, al pobre, de dispararle con su carabina más-ser!!

Y así seguimos galopando, ya entreverados los revolucionarios con algunos soldados nuestros quienes a su vez, tenían que cuidarse de otros perseguidores.

—Chiquito, engolosinado y sin darse cuenta de que lo llevábamos para que se metiera en la "boca del lobo", — gritaba a todo pulmón.

—¡Abranse, muchachos, que quiero lanzar a ese negro oficial!! — refiriéndose a mí.

A cada rato le tenía encima; y yo daba vuelta mi cuerpo, perfilándolo para dispararle un tiro de revólver, cada vez que amenazaba con darme un lanzazo, actitud que lo obligaba a sofrenar su zaino ma-

lacara, distanciándonos momentáneamente.

Así habremos hecho unas diez cuerdas; yo sin poderlo balear, no obstante haberle disparado cinco tiros; y él, sin poderme lancear.

—¡Allegate, blanco maua! — le gritaba cada vez que lo hacía detener en sus ansias de lancearme.

Y todavía mi situación se hacía más difícil, porque Chalar, después de gritarme varias veces, "¡parate Toranza!", me hizo tres disparos de revólver.

—¡Y Vd. por qué no se detuvo, comandante?

movimiento para escapar a los enemigos que se le aproximaban; — y al no poder montar, largando la lanza, se asió con ambas manos, a la cola del animal, al mismo tiempo que mis boleadoras, lanzadas a las patas traseras del tordillo de Aldama, se enroscaban en el cuello de Chiquito Saravia, quien, instintivamente quitó sus manos de la cola del bruto, para librarse de las "tres Marias".

Entusiasmado grité a mis soldados.

—¡Al de a caballo, — muchachos, — que el de a pie ya está

REJA ANDALUZA

(Para FRAY MOCHO)

Reja romántica, reja de arabescos historiados por cuyos forjados hierros se encaraman los claveles rojos de fuego, rosados, cándidos, disciplinados, morados, púrpura, toda la gama de los vergeles.

Reja que sabes de dulces coloquios bajo la luna, (¡Oh, luna blanca y discreta, cómplice de los amantes!) y que innumerables veces viste confundirse en una sola ansia el cálido ardor de dos bocas palpitantes

Reja legendaria y clásica de las fragantes ciudades de la tierra de las fores y el amor: Andalucía, sin haberme a ti allegado, provocas en mí, saudades

porque en mis líricos sueños señoreaste soberana generando ilusionados vuelos de la fantasía.

¡Reja rondeña o jaenesa, granadina o sevillana!

Justo G. DESSEIN MERLO

—Por que ello habría importado mi muerte. Chiquito, a quien reconocí desde el primer momento, porque cuando yo era muchacho, fui peón suyo, no era hombre de contenerse y me habría volteado ahí nomás de un lanzazo. Por otra parte, lo iba llevando para nuestras líneas, cada vez más entreverado con los soldados de mi regimiento, porque los revolucionarios que se iban percatando de ello daban vuelta a medida que les aumentaba el peligro de verse aislados.

Cuando juzgué oportuno el momento, ordené al grupo de soldados que ya me rodeaba echar pie a tierra, dando yo el ejemplo, pero con las boleadoras en la mano que segundos antes había desprendido de mi recado.

Al ver nuestra actitud, Chiquito dió vuelta como para disparar hacia las líneas revolucionarias, al mismo momento que los nuestros le hacían disparos con armas de fuego.

El zaino malacara del caudillo cayó mortalmente herido, desmontando así a su jinete; quien, inmediatamente, se vió protegido por un oficial apellidado Aldama, que le arrimó su caballo para sacarlo en ancas.

Chiquito erró el salto, porque el corcel de Aldama con el apremio de su jinete había sido puesto en

seguro! ¡No me dejen escapar al del tordillo!

Y una lluvia de balas empezó a caer sobre Aldama.

Corrí hacia donde se encontraba Chiquito, que ya se había librado de las boleadoras, — prosiguió diciéndonos el comandante Toranza, — y desvainando mi espada, le dirigí una estocada al pecho, que él pudo desviar con su brazo izquierdo, mientras que esgrimiendo un revólver en su mano derecha, me lo metía por las costillas, haciendo fuego.

La bala me pasó rozando, pero sin herirme; y casi incontinentemente, le dirigí otra estocada que le traspasó el corazón, cayendo sin pronunciar palabra.

—Y cuándo estaban trezados en esa lucha, no se cambiaron insultos tan frecuentes en esos momentos?, — preguntamos al comandante Toranza.

—El algo me dijo, pero no le entendí, con el ardor de la lucha.

¡Aquello fué obra de un instante, de segundos!

Al caer Chiquito, un soldado del 3 de Caballería, — criollo de Cerro Largo, — llamado Vareliano Cáceres que corrió hacia nosotros, le descargó como tiro de gracia un formidable sablazo sobre la cabeza, creyendo sin duda que estuviera con vida todavía, — ante cuya actitud yo le grité:

—¡Déjelo, soldado, que ya está muerto!

En cuanto a Aldama, no se fué muy lejos de allí, porque los milicos lo cercaron y lo mataron. Y en cuanto a Chalar, se nos desapareció como por encanto.

Antes de alejarnos del cuerpo de Chiquito Saravia, le saqué el revolver y el puñal, éste último con vaina y mango de plata y oro, — armas que entregué personalmente a su hermano, el entonces coronel don Basilio Saravia, — jefe de la División Treinta y Tres de nuestras fuerzas, — quien se nos incorporó al día siguiente de la pelea.

Al recibirlas don Basilio me quiso regalar su revolver, diciéndome:

—Mire, teniente, acepte el mío, entonces.

A lo que yo respondí.

—No, señor coronel. Ya tengo uno.

—¿Y el coronel, — inquirimos, — no le hizo ningún reproche, ni le pidió explicaciones respecto al hecho en el cual le tocó actuar?

—¿Y por qué habría de hacerme reproches? Chiquito y yo nos jugamos la vida en un campo de batalla y a él le tocó perder...

—Se decía entonces, comandante, que Chiquito había atropellado para lancear a Muniz.

—Es verdad que eso se dijo; — pero el hombre se había engolosinado conmigo. Muniz se encontraba a no menos de seis o siete cuerdas todavía del lugar. Cuando yo mandé echar pie a tierra, recién se dió cuenta Chiquito de su temeridad, porque reaccionando juiciosamente, quiso huir, no dándole tiempo nosotros para hacerlo porque ya había avanzado demasiado y se encontraba casi aislado de sus compañeros.

El general Muniz que atendía con todo serenidad al combate, llegó adonde había caído Chiquito, minutos después de la muerte de éste.

En el instante en que caía Chiquito, vi a Muniz a mi izquierda, con su pequeña escolta, a la distancia que ya le dije; y al reconocerlo por el caballo que montaba, salí a su encuentro para darle cuenta de lo que acababa de ocurrir.

—General; acabo de matar a Chiquito Saravia.

—Está bien, teniente. Yo ya lancé a otros...

Ahora vaya a tomar aquella casa de Aamillivia desde donde nos están guerrilleando y limpie ese maizal de enemigos.

Realizada la toma del local, y desalojados los enemigos de los alrededores, se inició el desbande de revolucionarios a quienes perseguimos hasta el Paso de la Cruz sobre el Río Tacuarí.

Dos cruces, terminó diciéndonos el comandante Toranza, indican ahora en la soledad de aquellos campos, en donde cayeran víctimas de sus arrojos. Chiquito Saravia y Aldama.

Montevideo, Nov. 1927.



LA BELLA TENEBROSA

Por Alberto Acremant

Por décima vez el Sr. Bodoin relea la carta que había encontrado aquella mañana en su correo, y que decía:

“Caballero: Ayer oí el magnífico discurso que pronunció ante la tumba de su colega Busquoi. Es usted, no temo decirlo, un gran orador. Estaba frente a usted mientras hablaba. ¡Qué hermoso estaba usted cuando los pensamientos trágicos animaban su semblante! ¡Qué grandeza en la sencillez de su actitud! ¡Qué fuerte su emoción discreta! Su palabra mesurada, pero ardorosa, dominaba a la concurrencia. Soy su admiradora, caballero. Desde que le he oído sólo pienso en usted. Esta carta le dejaré, sin duda, indiferente. ¡Estará usted tan acostumbrado a los homenajes de sus admiradoras! Pero no importa; aunque quisiera no podría dejar de enviarle esta carta. Suya, la *Bella Tenebrosa*.”

Bodoin tenía, evidentemente, pretensiones de orador elocuente, Profesor del Liceo de la Prefectura, aprovechaba cuantas ocasiones podía para pronunciar discursos. Pero jamás había recibido un testimonio de admiración como aquél.

Su mujer, que era modesta y encantadora, había lanzado una carcajada al leer la firma de la *Bella Tenebrosa*.

Bodoin se había enfadado.

—Claro que una declaración como ésta—dijo—no significa gran cosa; pero, sin embargo, halaga.

Al día siguiente contó en el Liceo lo ocurrido a varios de sus compañeros.

—¿Saben ustedes lo que me ocurre?—les dijo—. ¿Recuerdan el discurso que pronuncié en el entierro de Busquoi? Un discurso cuidado, pero muy sencillo, en el que sólo había dejado hablar al corazón. Pues me ha valido esta carta. Hace falta que las mujeres tengan tiempo de sobra para dedicarlo a estas cosas.

Dijo estas últimas palabras sin sentirlas; pero las juzgó necesarias como una prueba de modestia.

No hay que decir que a los dos días todo el mundo se preguntaba en la ciudad quién podía ser la desconocida de la carta.

Pocos días después el orador de moda fué invitado a dar una conferencia en un Círculo literario. A escucharlo acudió una gran concurrencia.

Habló vulgarmente; pero la imaginación femenina, exaltada con la aventura, convirtió el discurso de Bodoin en un modelo de oratoria académica.

Al día siguiente recibió esta nueva carta:

“Amigo mío: Ayer volví a oírle. Estuvo usted mejor aún que la otra vez. No debiera decirse, pues no ha mostrado usted, respecto de mí, la discreción necesaria. Mi primera carta era personal, y no debió enseñarla. Pero no puedo mostrarme severa con usted. ¡Le amo tanto! Día llegará en que las circunstancias me permitan tal vez decirle mi nombre. Entretanto, piense en mí, en que hay en la sombra dos ojos que no cesan de mirarlo, una frente que está llena de su pensamiento y un corazón que suspira por usted. Durante el día, le admiro; por la noche, sueño con usted. Mi alma desprecia ya todas las preocupaciones vulgares. ¡Con tal que la compañera de su vida comprenda la grandeza de su talento! Suya, la *Bella Tenebrosa*.”

Al leer la frase “¡Con tal que la compañera de su vida comprenda la grandeza de su talento!” la señora de Bodoin pudo haberse enfadado. Dos meses antes hubiese montado en cólera; pero la misteriosa aventura había también producido en ella su efecto. Por eso, en lugar de protestar se arrojó al cuello de su marido.

—¡Te comprendo, querido!—murmuró—. Sé que eres un maestro. Yo también te admiro.

Nunca había estado tan unido el matrimonio. El domingo, en el parque, a la hora del concierto, pudo verse a los señores de Bodoin

del brazo dando la vuelta al quiosco de la banda.

—¿No ha recibido usted otra carta?—le preguntaron los profesores.

—Sí.

—Enséñenosla.

—Si prometen ustedes guardarme el secreto...

Al día siguiente toda la ciudad conocía la segunda carta.

Aquello era la gloria completa para Bodoin. De haber muerto en aquellos días se le hubiera erigido un monumento en la plaza más hermosa de la población. Pero prefirió seguir viviendo.

En una visita oficial del ministro de Instrucción Pública, Bodoin fué encargado del discurso de bienvenida. ¡Con qué ardor preparó su arenga oficial!

El mismo día de la ceremonia recibió la siguiente carta:

“Querido amigo: Ha llegado el momento de que la *Bella Tenebrosa* se dé a conocer. Me llamo Catalina; soy la anciana criada que despidió usted hace seis meses porque era demasiado fea. Nunca he cesado de amarle. Dígame que puedo volver a servir en su casa y seré la más feliz de las mujeres. Le ruego que no se oponga a mi súplica. Piense que me es deudor de las mayores satisfacciones de su orgullo...”

Bodoin no siguió leyendo. Rompió la carta en pedazos muy menudos. Nadie debía saber la verdad. Sólo así se mantendría su prestigio.

Y cuando alguna vez le preguntaban:

—¿Ha sabido usted, por fin quién era la *Bella Tenebrosa*?

Respondía:

—Sí. Era una aristócrata rusa que hoy está en América...



Cada pie pesa una tonelada

Esta es la impresión que tienen todos aquellos que sufren de los pies; ya sea por caminar mucho o por estar demasiado tiempo parados. También sufren de los pies los que tienen callos, juanetes, grietas y paspaduras causadas por botines chicos o por excesivo sudor. Todas estas calamidades son fáciles de evitar tomando por las noches, antes de acostarse, un baño de pie caliente, donde se ha disuelto un puñado de



SALES SANATIVAS

Su acción es generalmente notable; da una sensación de bienestar y descanso asombrosa.

TARBORATS se vende en las farmacias, a \$ 2.60 el paquete, para varios baños, y en la

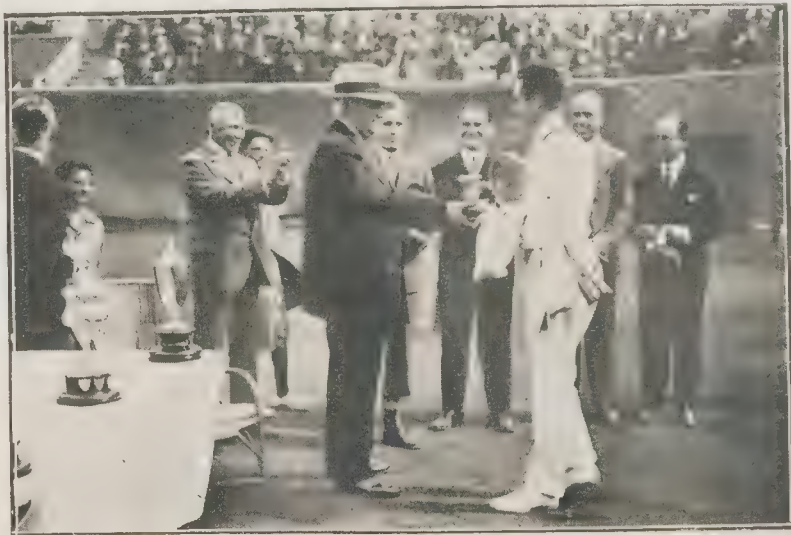
Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

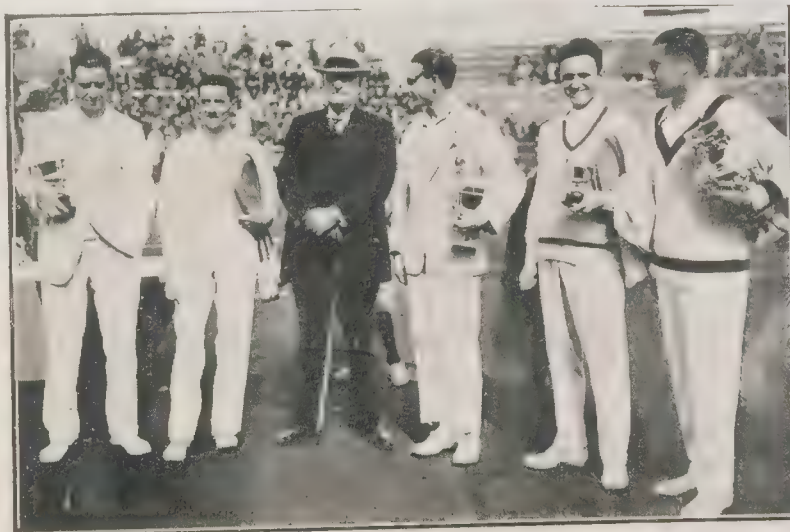
Sarmiento y Florida

Buenos Aires

PARTIDOS DE TENNIS — REGATAS EN EL RIO LUJAN



El presidente de la República, doctor Alvear, entregando al jugador Guillermo Robson la copa obtenida en el campeonato individual de la América del Sur.



El primer magistrado acompañado de los jugadores franceses, Borotra y Brugnon y argentinos, Boyd y Caminos, después de la distribución de los respectivos premios alcanzados por los mismos.



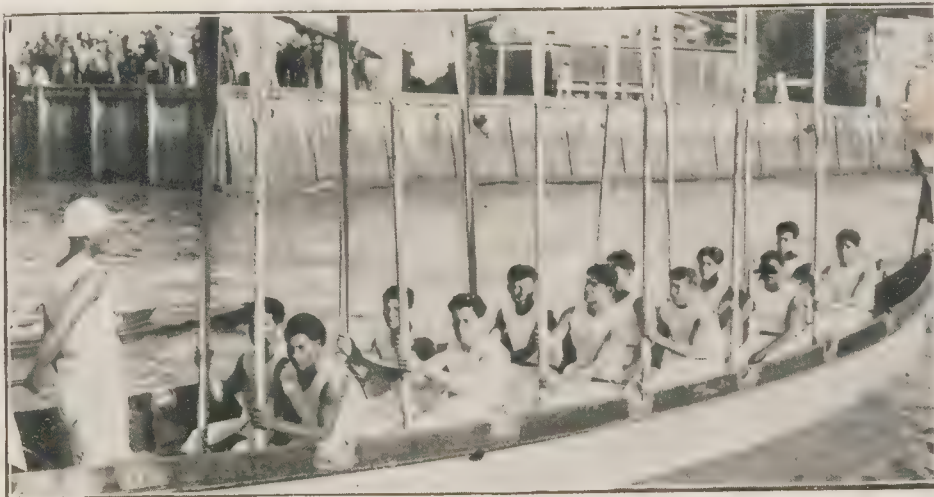
La esposa del presidente de la República, señora Regina Pacini de Alvear, rodeada de varias damas, presenciando las regatas desde el yate presidencial "Adhara".



Señores Landa, Vernazzano, León, Rhese, Iturrieta, Piaggi, Murillo, Godis y Necchi, del Club Hispano Argentino, ganadores por primera vez de la copa Rey de España.



Señores Miguel Madera y Carlos A. Lagos, del Buenos Aires Rowing Club, que triunfaron en la tercera regata.



Bote de la base naval del Río de la Plata, con tripulación del crucero "Nueve de Julio", que venció en el premio Marina.



La llegada del bote triunfador en el premio Marina



Los competidores del premio copa Rey de España, llegando a la meta

Recital poético de la señorita Beltrán Núñez



Con el concurso del doctor Martín Durañona y del pianista Osvaldo De Santi, la señorita Rosario Beltrán Núñez dió un brillante recital poético, en el Salón-Teatro, Cangallo 1362. — A la izquierda: la inteligente declamadora, acompañada de la poetisa señorita María Alicia Domínguez y del doctor Martín Durañona, que disertó sobre el tema "La querrela de las bellas artes". — A la derecha: vista parcial de la concurrencia.

Conferencia en el Instituto Nacional de Ciegos



En la biblioteca del Instituto Nacional de Ciegos, llevóse a cabo una interesante conferencia del señor Félix B. Visillac, que versó sobre la obra del poeta Pedro J. Naón. — A la izquierda: el conferenciante, acompañado de una comisión de damas y de su hija, la señorita Delia Esther Visillac, que ilustró la disertación recitando diversas composiciones del poeta recordado. — A la derecha: un aspecto del auditorio.

Liga pro Unión Americana



La mesa escrutadora, mientras el presidente de la Liga pro Unión Americana, señor Alejandro Mattia, deposita su voto en las recientes elecciones efectuadas para la renovación de autoridades de la mencionada institución.

Colaboradores de
"Fray Mocho"



Señorita Margot Alvarez Soler, culta y exquisita poetisa camagüeyana, cuyas inspiradas composiciones engalanarán las páginas de Fray Mocho, y a quien nos complace-mos en presentar como nueva colaboradora de esta revista.



Colonia Nacional de Alienados



El diputado nacional, doctor Herminio J. Quirós, acompañado del director de la Colonia Nacional de Alienados, doctor Alfredo Scarano y de otros facultativos, durante su visita a dicho establecimiento.

Aspirantes de la Escuela de Mecánica de la Armada



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la fiesta organizada por los aspirantes de la Escuela de Mecánica de la Armada, con motivo del final de los cursos superiores.

Un as de la tauromaquia española, de paso por Buenos Aires.



Marcial Lalanda, el que junto con Juan Belmonte compone actualmente el binomio más alto de la tauromaquia española, se encuentra en Buenos Aires, de paso para Lima, donde ha sido contratado para torear varias corridas, por un precio fabuloso. Con tal motivo se tributaron al famoso diestro varios agasajos, en uno de los cuales aparece en la presente fotografía. Rodean al torero, Teresita España, otras artistas, el señor Fleuriot y los componentes de la cuadrilla de dicho matador, durante la fiesta íntima que se le ofreciera en la Hostería del Greco.



El torero Lalanda, en el escenario del teatro Avenida, acompañado de una supercuadrilla formada por conocidas artistas, durante el festival realizado en su honor en dicho coliseo.

TEATROS



Consuelo Velazco, que al frente de un conjunto de hermosas chicas realiza una temporada popular de revistas en el San Martín.



Pepita Cantero, que ha destacado su personalidad como cantadora de tangos en la actual compañía de revistas del nombrado teatro.

CLUB EMPLEADOS CERVECERIA PALERMO



Con toda animación realizóse en Vicente Lopez el pic-nic organizado por el Club Empleados Cervecería de Palermo. — A la izquierda: los señores Bistoletti, Machella, Court, González, Kaiser, Torres, Viotti, Baldessari, García, Siri, Portas, Ferro, Bello, Freuler y Waisman, de la comisión directiva. — A la derecha: grupo de familias concurrentes reponiendo fuerzas.

DE BAHIA BLANCA — ALMUERZO A LA CRIOLLA



Con motivo de la apertura de la nueva farmacia y laboratorio "Rivas", se realizó un almuerzo a la criolla, que estuvo muy concurrido. — A la izquierda: los técnicos farmacológicos ensayando una fórmula de su especialidad. — A la derecha: la oratoria antiséptica defendida a punta de facón.



Con las propias armas...

Por Huguette Garnier

UNA mañana llegó Lucía muy pálida a la oficina. Como de costumbre se sentó junto a mí, ante su máquina de escribir y comenzó a despachar la correspondencia.

El director de la oficina la llamó varias veces para dictarle cartas. Tomaba ella su block y su lápiz y salía para volver, a poco, silenciosa y triste.

Un poco antes de salir a mediodía me incliné hacia ella para preguntarle:

—¿Estás enferma?

—No.

—¿Qué es lo que te pasa entonces?

Sin dejar de golpear sobre el teclado de la máquina respondió con cierta brusquedad.

—Que he roto con Raimundo.

Creí haber oído mal y repetí, asombrada:

—¿Qué has roto con Raimundo?

Ella hizo con la cabeza un gesto de asentimiento y murmuró, apretando los dientes:

—Ya te lo contaré todo cuando salgamos.

Y sus finos y ágiles dedos continuaron hundiéndose con viveza las teclas, hasta que dieron las doce.

Cuando estuvimos en la calle y las otras compañeras se dispersaron en varias direcciones, Lucía se tomó de mi brazo y dijo rápidamente:

—No me preguntes nada hasta que estemos bajo tu árbol.

Yo tenía mi árbol; era el más bello y el más majestuoso de los castaños del Luxemburgo. Lo había elegido yo porque me gustaba tomar a su sombra mis frugales almuerzos, viendo pasar parejas de enamorados y oyendo el ruido del agua de una fuente. Muchas veces habían ido allí a sorprenderme Lucía y Raimundo.

En cuanto nos hubimos instalado le pregunté:

—¿No es verdad lo que me dijiste, verdad?

Sí, era cierto; Lucía, para convencerme de ello, no tuvo más

que dirigir hacia mí su clara mirada. Recordé con cuánta alegría me hablaba de su amigo desde hacía un año.

Prematuramente envejecida y sin nadie que se ocupase de mí, me sentía muy dichosa de que una joven tan bonita como ella me eligiese para hacerme sus confidencias. Por la noche, en la pobre habitación que me servía de vivienda, distraía mi pensamiento acordándome de sus hermosos domingos: excursiones al campo, paseos en bote por el río, almuerzos bajo los emparados de los merenderos...

Los lunes recibía yo mi parte de amapolas, u otras flores silvestres.

—¿Pero, qué ha pasado?

Ella movió la cabeza y habló como consigo misma.

—No ha pasado nada. Absolutamente nada. Pudiera creerse que Raimundo ha tenido miedo de quererme demasiado. No podía casarse conmigo. Yo tuve otro novio antes que él. Y tal vez teme que, más tarde, pueda yo reprocharle el tiempo y la juventud que me ha hecho perder. Escrúpulos de muchacho bueno y algo pusilánime. "Debemos romper" — dijo — antes de que nos haga demasiado daño". ¿A ti no se te hubiera ocurrido qué era eso lo que había pasado?

—No; no se me hubiera ocurrido — respondí como atontada. Lucía continuó su relato.

—La primera vez que sufrí una emoción semejante, es decir, cuando me dejó mi primer novio lloré, lloré desesperadamente, como si me fuera a morir... Pero "él" no volvió. Esta vez me lo he jurado y no lloraré... ¡No lloraré!

Y repentinamente asumió una expresión obstinada, terca. Una profunda arruga cruzaba su frente casi infantil. Prosiguió:

—¿Me comprendes? Lo he pensado mucho. Las lágrimas no retienen a nadie. Tengo mi idea. Haré como que me resigno, que me avengo a todo. No provocaré cuestiones ni daré quejas. Si sufro, Raimundo no lo sabrá. Me quiere todavía. De eso estoy segura. Cuando deje de temer que nuestras relaciones se eternicen se-

guirá queriéndome sin sospecharlo, hasta que llegue un día...

Mientras tanto él me ha propuesto que nos sigamos viendo de cuando en cuando, como amigos, como camaradas... Yo he aceptado y ya veremos el final.

El juego no me parecía exento de peligros y le aconsejé que desistiese de ello.

Pero la joven no hizo caso de mi opinión. Con la misma voz sorda, sin timbre, seguía repitiendo obstinadamente.

—¡No lloraré! ¡Te digo que no lloraré!

Durante algunos días no volví a saber nada más. Luego Lucía me comunicó que había vuelto a ver a Raimundo. Supuse que se habían reconciliado.

—¿Qué hay? — pregunté.

—Nada. Apretones de manos, muy respetuosos, como de buenos amigos. Somos muy correctos. La otra noche estuvimos en el cinematógrafo. Creí que la obscuridad facilitaría nuestra aproximación. Pero ni nos movimos, ni dijimos una palabra.

Volviéronse a ver luego con alguna frecuencia, hasta que al llegar la Primavera, Lucía creyó conveniente precipitar un poco los acontecimientos.

Una tras otra rehusó varias invitaciones de su ex novio.

—¿Que no puedes venir?

—No. No puedo.

Y en la primera ocasión, le insinuó ella, tartamudeando lo necesario para dar prueba de tacto, "que había conocido a una persona..."

Raimundo no insistió. Se quedó, según me dijo ella, como anonadado.

—¿Y qué te dijo? — pregunté.

—Casi nada. Un ¡ah! muy curioso, que sonaba a falso. Creo que esta vez pica el anzuelo.

Pasó la primavera, Lucía se arruinaba comprando retazos de género para confeccionarse vestidos de verano. Tenía que presumir, pues jugaba su partida decisiva. Raimundo la vio vestida su-

castivamente de rosa, de blanco, de azul... y deducía de eso que ella no escatimaba nada para agradar a su rival.

La muchacha fingía llevar una vida agitada. Hablaba de teatros a los que no iba, de restaurantes en los que nunca había puesto los pies... Pero todo aquello la tenía fatigada y necesitaba recurrir a retoques para conservar bello su cutis. Yo, inquieta, la reprecendía.

—¿Hasta cuándo va a durar esto?

—Todo lo que sea menester.

Se aproximaba el veraneo, la época de las vacaciones. Raimundo salió con su familia para una playa. Lucía, que no podía dejar París anunció, con fingido tono de indiferencia, que iría a pasar quince días en Saboya. Alicia, una compañera que era de allí y que pasaba los veranos con sus parientes, se encargó de recibir y mandar la correspondencia de Lucía.

—Esta muchacha, sabe lo que se trae entre manos — decía, bromeando Alicia. — Ya veréis como atrae a su amigo. Cuando los hombres ven que no son necesarios y que la mujer pueda pasarse sin ellos...

Pasaron los meses y Raimundo prolongaba sus vacaciones. Los celos no producían en él el efecto inmediato que se esperaba. Sin confesarlo, Lucía vacilaba. Cuando yo le preguntaba:

—¿Sin noticias?

—Ninguna — me respondía con dureza.

Y no hablaba más.

Me ausenté de París y, a mi regreso, me informaron que Lucía estaba enferma. Corrí a verla. La encontré cambiada, descolorida, delgada. Se arrojó en mis brazos y antes de que yo le preguntase nada, buscó en un armario un cofrecillo, sacó de él una carta y me la tendió.

Raimundo decía en ella que "él también iba a rehacer su vida". Al principio creyó que no iba a poder pasarse sin Lucía.

(Continúa en la pág. 35)

SOCIALES



ENLACES. — Delfina Dugrós Lahitte - Doctor Carlos Visconti.



Olga Aliberti Sala - Juan N. Lecce



Maria Teresa Perretta - José S. Locatelli



Monti - Berquasconi



Eloya Fay - Arquímedes La Rosa



María Mucientes - Andrés Roccatagliata



BODAS DE PLATA. — Los esposos Germán A. Tirigall y María Laura Casté, acompañados de sus hijos, en ocasión de cumplir sus bodas de plata

GENTE MENUDA



Néilda Uranga Olariaga



Beatriz Emilia Rusca



Alfonsito Smurra



Isolina de Giovani

:: ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS ::



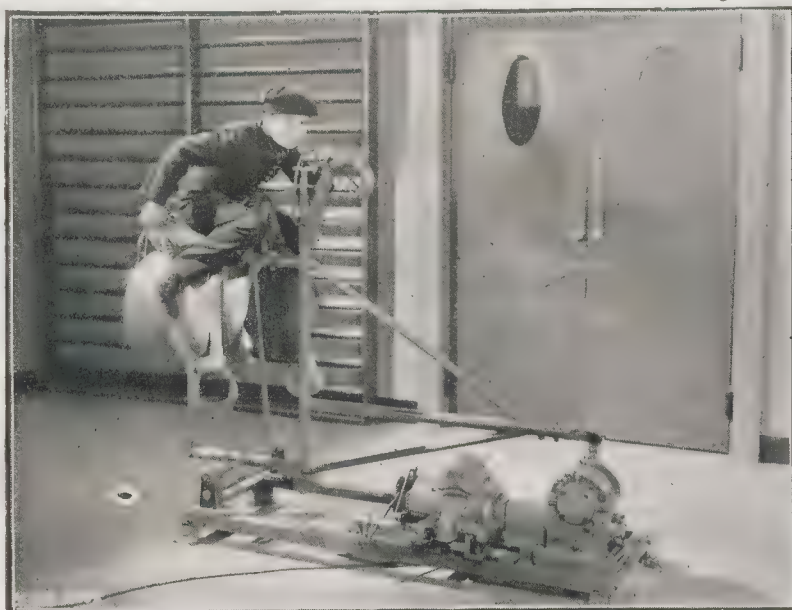
Alice Terry, estrella de las producciones Metro-Goldwyn - Mayer.



Matt Moore y Claire Adams en "Lecciones de amor", que la Fox distribuye desde el jueves último.



Corlis Palmex, estrella de los films Chadwick, que distribuye la Universal.



Jackie Coogan domando un caballo mecánico como el que tiene para entrenarse el presidente Coolidge.



William Boyd y Eleanor Fair en "Jaime el conquistador", que Glucksmann estrenará hoy.



Escena de "El corazón de Maryland", film interpretado por Dolores y Helena Costello, Myrna Lloyd y Jason Robards, que la General estrenó el último viernes.



Marceline Day y Charles Delaney en "Perdóname o castígame", que estrenó el domingo último la Corporación.

NOTAS DE CANARIAS



Hugo Hoehene, verdadero lobo de mar, autor de la estupenda hazaña.

Mientras la terrible furia del mar se traga los más grandes y poderosos navíos, dejando tras sí una estela de terror y desolación, el azar permite el contrasentido de que un diminuto e indefenso barquichuelo, librado a su propia debilidad y al coraje de un hombre, cruce la enorme extensión oceánica, sorteando, con fortuna, todos los riesgos inherentes a una de las más largas y peligrosas travesías.

Esto es, precisamente, lo ocurrido con el valiente velero "Despachet", pequeño bajel, de cinco toneladas de registro, que, piloteado por Hugo Hoehene, a quien acompañaban un perro y un gato, por toda tripulación, ha conseguido realizar el viaje desde Estados Unidos de Norte América a Las Palmas de Gran Canaria, empleando 65 días de continua navegación, tiempo durante el cual Hoehene durmió solamente cuatro horas diarias.

Esta interesante nota gráfica fué especialmente obtenida para FRAY MOCHO, por nuestro corresponsal fotográfico, don Teodoro Maisch.



El "Despachet", después de su glorioso triunfo, se balancea suavemente sobre las tranquilas aguas del Puerto de la Luz, de Las Palmas.



El bravo Hoehene, a bordo de su velero, en unión del perro y del gato, únicos seres con quienes se hermanó en la soledad de su ruta, y acompañado de nuestro activo corresponsal, don José del Jesús Franco.



Don Agustín Hernández Sánchez, director de la banda municipal de música de Las Palmas, que cuenta entre nosotros con muchas vinculaciones.

De Corrientes



Señora Máxima Perichón de Martínez, a cuya memoria acaban de tributar un homenaje las damas correntinas, colocando una placa en la catedral de Itatí, junto a la tumba que guardan sus restos. — A la derecha: la placa conmemorativa.



Bibliografía



Señorita Berta Lastarria Cavero, escritora chilena, autora del libro "Lo que dicen las hojas", recientemente aparecido.

Primera comunión



Las niñas Elvira y Lucía Yorío, después de recibir su primera comunión.

Para "FRAY MOCHO".

"Para los que aman la libertad, la ciudadanía, la belleza latina y la voluntad del hombre, abre la República Argentina sus brazos. Con esas virtudes se ha creado en América la patria nueva, gloriosa semilla del espléndido mundo futuro donde todas las razas hablan de fraternidad al amparo del pabellón azul y blanco, y donde todas las naciones del mundo viejo e inquieto recuperan vigor y fortuna."

Firmado: Luis Benítez Inglot. — Las Palmas. — Gran Canarias.

Autógrafo del notable escritor y poeta canario, doctor don Luis Benítez Inglot

EL CERTIFICADO

Por John H. L'Amy

Cuando el doctor Bernardo Dale penetró en la casa del profesor Sparling, a las dos de la mañana, llevaba propósitos completamente reñidos con su profesión, pues su valija, en lugar de contener sus habituales instrumentos de cirugía, encerraba una colección de herramientas de ladrón. Le guiaban dos móviles poderosos: la pobreza y la venganza. El primero era quizá el más apremiante, pues se veía precisado a mandar a su esposa a los bosques de pinos de su pueblo natal, en el sur del Africa, para tratar de combatir la tuberculosis que ya comenzaba a hacer estragos en su organismo. En cuanto al segundo motivo, el doctor Sparling era culpable de su exoneración del Hospital de Tollingford, habiéndole hecho una mala jugada para ceder el puesto a un protegido suyo, y privando así a Dale de sus medios esenciales de subsistencia.

Una vez dentro de la habitación pareció reafirmarse su propósito, y los ojos grises, ocultos detrás del antifaz negro, tenían una expresión de firmeza y frialdad al posarse sobre la caja fuerte oculta en el rincón.

A la débil luz de la linterna eléctrica divisó los estantes de la biblioteca, repletos de lujosos volúmenes. Dentro de la estancia y en toda la casa reinaba un profundo silencio.

Los nervios del joven médico estaban templados como el acero al arrodillarse delante de la caja y entregarse a la tarea. Ya el afilado barreno comenzaba a horadar el duro metal, y el fino polvo de acero comenzaba a caer sobre el borde de parquet que sobresalía de la alfombra. Tan profundamente absorto estaba el cirujano en su trabajo, que no tenía ojos ni oídos para otra cosa. De pronto se oyó un "clac" y la habitación se inundó de luz totalmente.

—¡Arriba las manos!

Bernardo Dale se volvió para encontrarse con el cañón de una pistola automática que le apuntaba a la cabeza. La mano que sostenía el arma, tembló levemente y los ojos que veía detrás de la misma eran duros e implacables, extrañamente escrutadores; un rojizo rubor había subido a las gruesas mejillas del cínico sobrino del profesor Sparling, Leonardo Fetterby.

—Por lo visto, tendré que darme por vencido—observó fríamente el doctor, dejando caer al suelo la herramienta que tenía en la mano.

—Temo que sí, doctor Dale.

—¿Así que sabía también mi nombre?

—Naturalmente—dijo—. Haga-me el favor de tomar asiento. No... tan cerca, no... Esta pistola tiene un silenciador en el cañón.

Sorprendido por el extraño preámbulo, Bernardo Dale obedeció. Fetterby se sentó del otro lado de la mesa, y siguió apuntándole con la pistola.

—¿No sería mejor que abandonara ese juguete?

—Entonces, ponga sus manos sobre la mesa.

Dale asintió resignado, y apoyó sus manos sobre la mesa, sin dejar de notar la nerviosidad que dominaba a Fetterby.

—Y bien—comenzó el médico en tono desafiante—. ¿No piensa llamar a la policía?

Fetterby se inclinó hacia adelante con manos temblorosas.

—¿Qué diría usted—respondió—si le dijera que estaba libre, y que le permitiré proseguir la tarea de abrir esa caja y llevarse las dos mil libras esterlinas que contiene, y que ha venido a buscar?

Diría—gruñó Bernardo Dale—que usted está loco o borracho, o que tiene algún móvil secreto.

Leonardo Fetterby esbozó una sonrisa.

—Nunca llegará a saberlo... Pues, mi querido doctor, mi tío murió repentinamente anoche, a las diez y media. El pobre venía sufriendo del corazón desde hacía varios años y su súbito deceso no sorprenderá a nadie. Pero, de todos modos, no quiero tener a los jueces por la casa, y aquí es donde entra

Pidan

"Quilmes Cristal"

La mejor cerveza

—Sin embargo—contestó Fetterby—esa es la propuesta que le hago.

—¡Ah! ¿Y cuál es el precio de su inesperada amabilidad?

—Es la cosa más simple del mundo. Ayer, mi tío no solamente me amenazó con desheredarme, sino que escribió a su abogado dándole una cita para esta mañana a las diez. Yo intercepté la carta antes de que saliera para el correo, despecué el sobre por medio del vapor de agua, leí la misiva, y me enteré de que tenía el propósito de hacer un nuevo testamento. Naturalmente, la carta fué a parar a las llamas de la chimenea.

—¿Pero qué hará usted cuando su tío se entere de lo que ha hecho?—le preguntó el cirujano.

"usted" en escena.

—¿Cómo?

—Suministrándome un certificado de defunción antes de salir de esta casa.

—¿Ya puede usted esperar si cree que voy a prestarme a semejante complicidad delictuosa!...

—Sea razonable, doctor—prosiguió Fetterby—, y permítame que le confíe un secreto. Hace alrededor de un año mi tío volvió de un viaje al archipiélago malayo y trajo consigo una raíz de "busaki", una hierba indígena, que más tarde redujo a polvo. ¿Nunca ha oído usted hablar de esa droga?

—Nunca.

—No me extraña. Pocos médicos europeos la conocen; pero le voy a explicar algunas de sus propie-

dades. Es un veneno activo, pero lo que tiene de hermoso es que no deja ningún rastro en el cuerpo de la víctima. Obra directamente sobre el corazón y los síntomas de envenenamiento son idénticos a los de un síncope. Sucede, pues, que en ese caso, noventa y nueve médicos, entre cien, darían el diagnóstico más plausible y el único lógico, o sea un ataque cardíaco.

—¡Es usted el más vil de los criminales!

—Suprimamos los comentarios, doctor—contestó Fetterby encogiéndose de hombros—. No le estoy pidiendo a "usted" que ulti-me a mi tío, pues ya está muerto. Johnson, el mayordomo, le sirvió un whisky con soda, a las diez de la noche, y luego se retiró. El no sabía, naturalmente, que yo había vertido un poco de polvillo de "busaki" en la botella de whisky. Y, ahora, repitiendo sus propios términos, doctor el móvil ha dejado de ser secreto. Lo que yo le propongo, pues, es que suba conmigo la escalera, para comprobar que mi tío realmente ha dejado de existir, y luego llenará y firmará el certificado.

—¿Y si me niego a hacerlo?

—Si usted se niega, le mataré ahí donde está, y diré que he matado al ladrón que había entrado a forzar la caja de mi tío. Pero si usted hace lo que le digo, saldrá de esta casa con mis bendiciones, dos mil libras en su bolsillo y la conciencia relativamente tranquila. Le doy, exactamente, cinco minutos para pensarlo.

Los tres primeros minutos transcurrieron en medio del mayor silencio. Las facciones de Leonardo Fetterby se endurecieron, y el dedo que se apoyaba sobre el gatillo ya no temblaba. Dale comprendió el significado de esa expresión. Era la resolución del matador que, pasados dos minutos más, le atravesaría el corazón de un balazo. Unicamente obedeciendo podría salvar su vida, y, después de todo, él no podría ser culpado de la muerte del profesor. Resistirse significaría la muerte, no sólo para él, sino también, indirectamente, para Gracia, su esposa.

—Queda un minuto más.

—¡El Diabolo lo lleve!—exclamó Bernardo Dale, con voz ronca—. Le obedeceré.

El médico, dominado por la pistola, precedió a Fetterby hasta la habitación del muerto. Con todos los sentidos alerta, los nervios en tensión, moviéndose como una pantera acorralada, lista para atacar, en caso necesario, con intenciones de matar... y Leonardo Fetterby se acercó a él demasiado... Al cruzar el umbral, Dale estiró un pie hacia afuera y la zancadilla derribó al homicida, haciéndole caer de bruces al suelo. El arma voló de su mano, y, casi automáticamente, fué a depositarse en la de su adversario.

—¡Levántese del suelo y siéntese en esa silla!—ordenó Bernardo Dale, indicando el sillón al lado de la chimenea.

Con un gruñido mezcla de rabia e impotencia, el asesino obedeció.

El profesor Sparling yacía, rígido e inerte, en el centro del lecho. En sus labios dibujábase una sonrisa burlona y cruel. Dale le tomó el pulso, pero en vano trató de percibir el más mínimo latido, y el espejo que apoyó contra su bo-

ca y su nariz no se empañó. No había duda de que estaba muerto.

Sobre una mesilla, al lado de la cama, había un vaso vacío, el médico lo examinó, pero no pudo encontrar ningún sedimento en el fondo. Al lado había una botella de "whisky", llena por la mitad.

Nuevamente examinó los restos del hombre que tanto tiempo le había perseguido, por enemistades de familia. En su interior, el médico se maldecía de su irrupción en la casa. Más, en seguida reparó en la ironía de la situación. Había venido para cometer un delito, y ahora parecía que estaba tratando de ajusticiar a un criminal. ¡La mano del Destino!

Por un minuto largo reinó un completo silencio.

—¿Qué..., qué piensa usted hacer?—tartamudeó Leonardo Fetterby.

—Considere la situación por un momento, señor Fetterby. No me interrumpa, por favor... ¡Ah!... ¡ya sé!... Haremos de cuenta, por ejemplo, que usted me ha llamado por teléfono, a medianoche, informándome que su tío se encontraba "in extremis", y que, a mi llegada, usted me comunicó su fallecimiento, solicitándome un certificado de defunción.

—¿Que yo... le he llamado?... —Exacto.

—Eso no le servirá, doctor—replicó Fetterby.—Sus herramientas están todavía en la biblioteca. No olvide que en ellas estarán grabadas sus impresiones digitales, y que usted ya ha hecho un agujero en la caja.

—Y el polvillo de acero que salió del agujero...—amplió el médico.

—Eso es..., el polvillo de acero...

Cuando llegue la policía, mi estimado Fetterby—explicó Dale,—encontrará rastros de esas limaduras en la manga de su saco, y en cuanto a mis herramientas, se las regalaré a usted. Naturalmente, borraré todo rastro de mis impresiones digitales y las substituiré por las suyas, a la fuerza, si fuera necesario, antes de llamar a los representantes de la ley. "¡Quieto!"—ordenó de pronto el doctor.—Recuerde que esta pistola tiene un silenciador...

Leonardo Fetterby se echó hacia atrás en su asiento, lanzando una imprecación.

—Siendo así—prosiguió el cirujano—creo que podemos hacer de cuenta que usted me ha llamado, y que he venido en mi carácter profesional, ¿no es así?

—Sí, sí... Prosiga.

—Al examinar el cadáver, he encontrado rastros sospechosos, y me he negado a extender un certificado. Usted ha tratado de intimidarme con una pistola automática. Yo le he desarmado. Es bien simple, ¿verdad?

—¿Y luego?...

Por toda contestación Dale extrajo una pequeña ampolla del bolsillo de su chaleco.

—Cloroformo...—explicó laconicamente.—Voy a suministrarle una dosis, y luego transferiré sus impresiones al barro y al soplete, y verteré las limaduras de hierro sobre la manga de su saco. Hecho eso, colocaré las herramientas nuevamente al lado de la caja fuerte, y me dirigiré al teléfono. Cuando usted vuelva en sí, se encontrará rodeado de policías, y sus manos estarán sujetas por los gri-

lletes de la ley. Le arrestarán por homicidio.

Un sudor frío cubrió la frente de Leonardo Fetterby. En su ima-

cia el vacío..., la sogla al cuello... Pero no... Quedaba aún una oportunidad, y no la desperdiciaría.

—Extienda ese certificado y vá-

dientes de Fetterby castañetearon y esperó con los nervios en tensión.

—¿No ha oído lo que le he dicho? Usted ha venido aquí para robar... y yo le ofrezco cinco mil libras si...

—¡Silencio!

—Ya veo. No es suficiente...—continuó el prisionero.—¿Ha oído hablar del brillante de Mogul, de propiedad de mi difunto tío? Vale veinte mil libras esterlinas. Está ahora en la casa... ¿Me comprende?... Extienda ese certificado, y váyase con la piedra en su bolsillo. ¿Está dispuesto a aceptar el brillante de Mogul a cambio de mi vida?

—¿Y por qué no?—pensó Bernardo Dale.—El no era juez ni verdugo, y como Fetterby bien lo había dicho, había entrado a la casa con intenciones de robar. Tomo poco existía el menor peligro. Nadie pondría en duda la autenticidad de su certificado de defunción. Y... ¿qué no podría hacer con veinte mil libras esterlinas? Salvaría la vida de Gracia y podría comenzar una nueva vida lejos de la humedad y las nieblas de Londres, entre los frondosos pinos de Sud Africa. ¡Riqueza... vida!... Se dirigió de pronto hacia la cama y quedóse observando las facciones rígidas y blancas del muerto.

Tembló. Esa sonrisa del muerto encerraba un significado, inescrutable, pero amenazador..., era una expresión de burla. Le desafiaba... Le perseguiría por todos los días de su vida si llegara a prestarse a ese oscuro trato...

—¡Dejémonos de sentimentalismos!—dijose para sus adentros. Una vez que estuviera al aire libre, con el brillante de Mogul en su bolsillo, esas amenazas invisibles se desvanecerían. Por el rabillo del ojo notó que Leonardo Fetterby le observaba pálido y nervioso, como si conociera ya de antemano su única resolución posible. Pero, con todo, no podía apartar la vista del cuerpo inanimado que yacía sobre la cama.

Bernardo Dale sentía librarse en su interior la batalla más grande de su vida, mientras consideraba esa satánica proposición. ¡La infamia que encerraba!... Un crimen equivalente al homicidio, y mil veces más detestable, puesto que no implicaba ningún riesgo. El ladrón había estado a punto de convertirse..., pero, ¡a Dios gracias!..., en asesino todavía no...

Cuadró sus hombros desafiante. Movido por alguna fuerza oculta que no podía definir, tomó la mesilla, con la botella y el vaso, y la colocó al lado de la silla de Fetterby. Notó que la expresión de cinismo había desaparecido de su rostro... vió sus ojos dilatados, su expresión de debilidad. Agitó la botella de whisky y luego llenó el vaso.

—¡Beba!—le ordenó.

Sin atinar a hablar, Leonardo Fetterby miró a su interlocutor, completamente dominado.

—Usted está enfermo—continuó el doctor.—Esa enfermedad le conducirá del banquillo a la celda. Días..., semanas de encierro y después...

—¡Oh, Dios mío!—imploró Fetterby, cayendo de rodillas y tendiendo las dos manos.—No puedo soportarlo... ¡Piedad..., por favor!...

Bernardo Dale lo levantó por un hombro, y de un empujón lo hizo caer nuevamente en la silla. Señaló el vaso de whisky.

HEMOS PUESTO EN VENTA

"Ensayo de clasificación DE LA Cerámica del Noroeste Argentino"

Por ODILLA BREGANTE

(Premio Angel de Estrada de la Facultad de Filosofía y Letras)

1 tomo, con centenares de grabados y varias planchas:

\$ 10.—

Librería y Editorial "LA FACULTAD"

Juan Roldán y Cía.

350 FLORIDA — U. T. 31 Retiro 2882 — BUENOS AIRES

ginación veía la celda oscura..., días y semanas de espera... la tortura mental de cien muertes, y, finalmente, el rápido impulso ha-

yase de la casa—exclamó con voz ronca—, y le daré cinco mil libras...

Pero el médico no contestó. Los

HERÍA DE AMOR

Para FRAY MOCHO.

Pudía yo alegrarme
pudía yo gozar;
más la hería que sangra en mi pecho
no me eja en paz.

Es hería mu jonda y mu grande,
es hería imposible 'e curar.
¡Hería entre toás
la más dolorosa que traza el puñal!...

Nenguna tan grande
tan jonda, tan triste, tan mala y tenaz.
En mi pecho la sangre gotea
con cada segundo marcando un compás.

Mi hería es de aquellas
herías abiertas por el criminal,
que lleva en el pecho
un alma de roca con fuego infernal.

Destrózame el pecho, me mata
y no m'ēja en paz;
es hería que nunca en la vida
se puede curar...

La culpa fué de ella,
¡de ella solica, que no quiso amar!...
De aquella de manos de nieve
y ojos de cristal...

Pudía yo alegrarme
pudía yo gozar,
más la hería no m'ēja que escanse
y el rudo martirio que no quiere cesar...

Carlos F. MARQUEZ

—Este es su único remedio — continuó inexorablemente. — Un trago de esta medicina y evitará esas semanas o días de torturante encierro... y luego el horrible contacto de la soga con el cuello. Tiene que elegir esto, o el cloroformo y la policía...

—¡Oh, no puedo... no puedo!...

—Hace un momento — agregó Dale, — usted me dió cinco minutos de gracia para aceptar sus condiciones. Ahora le ofrezco esos cinco minutos para aceptar las mías.

—¡Oh, Dios mío!...

—¡Faltan treinta segundos!...

Fetterby miró al doctor con un brillo de desesperación en los ojos, al verle destapar la ampolla de cloroformo. Y luego, reuniendo con un esfuerzo sobrehumano, todos los restos del vigor que le quedaban, tomó el vaso de whisky y bebió su contenido de un solo sorbo.

Se recostó en el sillón, con las mejillas encendidas y la respiración jadeante. Pasaron varios minutos. Y luego, con un temblor convulso, el hombre cayó hacia adelante y rodó al suelo, quedando completamente inerte.

Leonardo Fetterby había muerto.

¡Un leve sonido! ¡Un movimiento! Con los ojos desmesuradamente abiertos, Bernardo Dale fijó la vista en el cuerpo tendido sobre la cama. En seguida recobró su compostura, pues se dió cuenta que el hombre estaba despertando de un ataque epiléptico. Un sacudimiento rápido y convulsivo, un temblor en las facciones lívidas, y en seguida el profesor Sparling se irguió en el lecho. Sus ojos oscuros se tornaron fríos y escrutadores, y rápidamente se dispersó la tiniebla que obscurecía su cerebro.

—¿El doctor Dale? — murmuró con un tono de voz que no denotaba ninguna sorpresa.

—Sí, profesor.

Los ojos de Sparling se posaron sobre los ojos del joven galeno, con una expresión afable.

—Acérquese, doctor — le dijo — Trate de hablarme con franqueza.

Por un momento Bernardo Dale vaciló. Confesar a este enemigo suyo que había violado su casa, lo llavaría irremisiblemente a la prisión. En cualquier caso le acarrearía una ruina completa, tanto en el mundo social como profesional.

Pero yo no podía mentir. La situación en que se hallaba le obligaba a ser sincero. Y así, encarándolo resueltamente al próximo fin de su carrera, le dijo al anciano todo lo que había pasado esa noche, desde que entró a su casa — inclusive los propósitos que le habían traído a ella. — sin tratar de urdir excusas, sin pretender amenazar la importancia de su delito, ni pregonar su inocencia.

—Lo que he dicho es la pura verdad, profesor — dijo, al terminar su relato, — y ahora puede usted llamar a la policía.

Los ojos del profesor Sparling se posaron sobre el cuerpo acurrucado sobre la alfombra, frente a la chimenea.

—De modo — observó secamente, — que mi sobrino está muerto.

—Sí, — respondió Dale, — y yo lo he matado.

—No, usted no — dijo el profesor Sparling con precisión. — Escúcheme ahora a mí. Cuando usted entró en esta habitación, me encontré en apariencia con todos los síntomas de un cadáver. Seguramente mi corazón había cesado momentáneamente de latir, mi pulso era imperceptible, mis pulmones habían dejado de funcionar.

Dale estaba demasiado asombrado para atinar a hablar.

—Pero, en medio de todo — prosiguió el anciano — me hallaba en condiciones de comparar ciertos valores humanos muy definidos. Pude reconocer en mi sobrino los siniestros instintos criminales, y en usted, el hombre a quien tan mal he tratado, un sincero y desinteresado defensor. Cualquiera que hayan sido sus tentaciones, usted las ha resistido y ha demostrado ser un verdadero

do hablar alguna vez de Port Molton, en Sud Africa?

Dale lo miró, enmudecido por el asombro. Rápidamente dibujó en su mente una colección de amplios "bungalows", flanqueados por el mar y por bosques de pinos y vastas extensiones de campo. Y en el centro de todo ese verdor, la capilla donde cinco años antes se uniera con la mujer que representaba ahora su vida.

—Lo conozco bien — contestó quedamente.

—Pues bien. Yo soy miembro del consejo del Hospital de Port Molton — explicó el profesor — y tengo encargo de designar a un hombre para ocupar el puesto de médico residente. ¿Estaría usted dispuesto a partir dentro de una semana?

—Pero... — tartamudeó Dale, ¿sabe usted lo que me ofrece? Moralmente soy un asesino, y...

—¿Acepta? — insistió el profesor

—¡Dios mío, señor!... No encuentro palabras para agradecerse lo, pero... ¡acepto!

—Así me gusta. Y ahora voy a confiarle un secreto. Hacia mucho tiempo que sospechaba que mi sobrino se proponía atentar contra mi persona, de modo que he estado tratando de idear algún plan para ponerlo a prueba. Seguramente le habrá hablado a usted del polvo de "busaki" que yo había preparado, ¿verdad?

—El polvo, que yo preparé — continuó el profesor — no era más que sacarina. Y ayer resolví poner en ejecución mi plan. Le amenacé con desheredarle y escribí a mi abogado, sabiendo perfectamente que Leonardo leería la carta y que luego la destruiría. Me retiré temprano y a eso de las nueve de la noche lo vi entrar de puntillas en mi habitación. Simulé dormir, pero lo vi perfectamente cuando vertió una cucharadita del polvo en la botella del Whisky, saliendo después cautelosamente de mi dormitorio. A las diez de la noche Johnson me sirvió un whisky, con soda. Pero luego ocurrió una cosa que no había previsto. Pocos minutos después de ingerir esa bebida sufrí un ataque epiléptico, por segunda vez en los últimos seis meses. Aunque completamente inmóvil e incapacitado para hacer el menor gesto, tenía todos los sentidos despiertos.

—¡Pero ese whisky tiene que haber estado envenenado! — exclamó Dale. — ¡Mire lo que ha pasado a su sobrino por ingerir la dosis que yo le obligué a tomar!...

—Usted no lo ha envenenado, Dale — interrumpió el profesor Sparling, — pues Leonardo Fetterby ha tomado una bebida completamente inofensiva. Ese whisky que Leonardo creía envenenado, al obrar sobre una imaginación sobreexcitada, una conciencia culpable y un corazón débil, ha producido la única reacción posible. Leonardo ha muerto, no envenenado por el "busaki" — pues no existe tal droga — sino a consecuencia de un síncope cardíaco... Y ahora le toca a usted extender el certificado de defunción..., que será esta vez válido..., bajo mi responsabilidad personal.



Fué así, ¿Verdad?

—Efectivamente.

—Y, sin embargo — continuó el profesor, — mis oídos estaban aguzados y tenía la mente normalmente alerta. Sufría las torturas de los maudicados, pues podía escucharlo todo sin perder una sola palabra de la conversación que usted sostuvo con mi sobrino. Se perfilaban en mi mente los indescribibles horrores de un entierro en vida. Trataba de gritar..., quería moverme..., pero no podía. Era situación realmente insufrible.

hombre. Si no hubiera sido por usted Leonardo me habría matado a sangre fría en cuanto me viera despertar. Y ahora trataré de saldar en parte mi deuda con usted. ¡Realmente, me costará mucho pagarle todo lo que le debo!

—Estoy demasiado agradecido y no necesito que me pague ya nada, profesor. Lo único que le pido es mi libertad...

—¡Oh! No es usted el llamado a implorar ahora, doctor — protestó el profesor Sparling. — ¿Ha oí-

ANECDOTA

.. Cuando llegó Lord Byron a Grecia y visitó por primera vez las ruinas del arte helénico, sintió intensa indignación ante las depredaciones que habían cometido los ingleses para llevar a los museos de Londres estatuas y fragmentos de templos. En Atenas, sobre todo, lo pusieron furioso las profanaciones cometidas por el iconoclasta Lord Elgin, quien en el capitel de una columna del templo de Minerva, que no había podido llevarse, había hecho grabar su nombre y el de lady Elgin. Y Lord Byron, en un arrebatado de sagrada cólera, trepó hasta dicho capitel, con peligro de matarse, y escribió este dístico en latín, que después hizo cincelar en mármol, en lugar de los nombres grabados

Quod non fecerunt Gothi,
Hoc fecerunt Scotti.

Lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los ingleses. Protesta del genio generoso contra la rapacidad conquistadora, que todavía se leía en 1870.



EL CAPATAZ

Por Julio Franzoso

Todos le temían. Y era que aquel hombre imponía, llamaba a respeto por su corpulencia física. Alto, musculoso, atlético, Pablo Morales, contaba cuarenta años cuando, en la fábrica, nombráronle capataz. De mirada fría, torva, gesto severo, habitual en la impenetrabilidad de su rostro, nadie afirmaba haberle visto reír. No. El capataz no reía nunca. Estaba siempre allí, fijo en su puesto, clavado en sus deberes, vigilando, inflexible para los errores, despiadado para castigarlos. Los hombres, fuera del taller, esquivaban su trato. Las mujeres, instintivamente, sentían hacia él una repugnancia que no lograban disimular, que les brillaba en los ojos como si les viniese de lo más profundo del alma, y que él no dejaba de advertir. Los otros, los pequeños, algunos muchachos a quienes la miseria de sus hogares arrastraba a las fábricas, para dejar entre sus máquinas girones de vida, al pasar junto al capataz, trataban de no ser observados, se enovillaban, deseaban empujarse más aún o desaparecer en el aire, temerosos siempre de que en cualquier rincón del taller les alcanzara la "correa" del capataz.

¡La correa! Era el terror de las criaturas.

Negra, brillante, llevábala anudada al vientre, y tras un ademán rápido, felino, miserable, la dejaba caer con fuerza sobre el cuerpo del infeliz que cometiera una falta.

Todos sabían que los directores del establecimiento habíanle prohibido castigar a los muchachos en esa forma, pero nadie ignoraba que "ese" era el hombre que querían los dueños, "ese" y no otro. Por eso le tenían allí, fijo, inmovilizable en su puesto. El capataz convenía a sus intereses.

Todos le temían, todos, hasta su misma esposa. La pobre mujer que el destino señalara para acompañarle en la vida, participaba de los mismos temores, y más aún, se afirmaba que sobre el cuerpo de ella, las manos torpes, ásperas, pesadas, del capataz, dejaron señales de su paso en momentos de rabia o de hastío. El personal del taller la conocía. Era más joven que él: diez años menos. Representaba un misterio el cariño que pudo, un día lejano, unirle a ese hombre. Pensaban — probablemente con acierto — que la misma miseria que tenía a todos atados, crucificados en las máquinas, era la que, por caminos diferentes, llevara a aquella mujer a los brazos fuertes y hercúleos de Pablo Morales, "el capataz"...

Poco a poco, con lentitud pero firmemente, en el vecindario, fué circulando un rumor. Al principio nadie creía en ello, la misma enormidad de lo que se afirmaba escapaba al asombro de aquellas gentes sencillas, sin complicaciones en sus formas de aceptar la vida, que rodeaban al matrimonio. Fué para todos como una revelación, un gesto infinito de audacia que agran-

daba los ojos y colocaba palabras de miedo entre los labios; aquella débil mujer, aquella insignificante mujer, vengaba a todos los oprimidos, a todos los castigados del taller, en una forma amplia y definitiva: engañaba al marido. Tal vez ella, en el humano deseo de desquitarse del daño que le hizo la vida al unirle al corazón de aquel hombre, desafiaba ahora en un exceso de locura o de amor, el más grande de los peligros: el orgullo del capataz. Le había herido de muerte en lo más hondo, en lo más misterioso, y ante el gesto inaudito de la esposa, hubo en todos una tregua de satisfacción, un tumulto de deseos vengados, y una admiración tan profunda que les enmudecía, paralizaba sus lenguas y sellaba todos los comentarios.

En tanto, aquel rumor continuaba, lento, firme, de boca en boca, de corazón en corazón...

Era verdad.

para reírse de la rabia que provocarían en él, todo el proceso de aquellos amores que su brutalidad no pudo impedir. En aquel momento sintió como deseos de deshacer con los dientes el miserable pedazo de papel que incendiaba su sangre agitando su alma con inquietudes desconocidas que le llevaban por un camino turbio que terminaba allá lejos, en el crimen...

De la duda pasó al asombro único, sin nombre, y luego a un rencor violento, a la necesidad imperiosa y ateneante que sentía morderle el alma, de comprobar hasta qué punto decían verdad las malditas palabras. Le pareció como si le ahogara la asfixia que le producía la protesta de aquel animal dócil en que convirtiera a su propia compañera de vida y solicitó permiso para ausentarse del taller unas horas. Algo desconocido le quemaba en el pecho, sentía un latido apresurado en las sienes, un

dentro de los bolsillos, se clavaran, crueles, en alguna garganta...

Era tarde.

Un frío de abandono, de fuga reciente le recibió en su habitación, la esposa había desaparecido. Abanzóse el hombre sobre los muebles, lo registró todo, lo observó todo, buscando algo, un indicio que le mostrara el camino que llevaban los culpables a quienes podía alcanzar todavía, pero su enorme ansiedad solo pudo comprobar que ellos habían cerrado tras sí el camino que les llevara lejos, a donde su rabia no les alcanzaría. Trató de averiguar entre los vecinos, hizo preguntas, simuló un dolor que no sentía y ante la fría indiferencia de los que le escuchaban comprendió que aquella no era solamente la traición de la mujer, era algo más, era la traición de todos, porque todos se unieron para burlarse de él.

Y lo habían conseguido.

En el taller, la fuga de su compañera produjo un milagro: desprestigió su antigua fiera. Poco a poco, en la fábrica, dejaron de temerle los hombres, y las mujeres agregaron a la repugnancia de ayer, el desprecio de hoy... Solo en los más pequeños no desaparecía el temor. Castigábalos más duramente que antes, vengábase en ellos de aquel derrumbamiento doméstico que solo él provocara.

Ahora, con más frecuencia, sobre los cuerpos débiles caía "la correa" negra, brillante, dejando una marca roja...

Hasta que, un día, alguien salió en defensa de uno de ellos, y a ese anónimo "alguien", se le agregó otro... y otro... y otro... Después fueron todos los hombres y todas las mujeres.

¡Al fin! También las máquinas humanas sacudían su docilidad, mostraban los dientes y las uñas, se unían dispuestos a no sufrir por más tiempo sus ultrajes. La escena fué breve y violenta. Con la misma correa, despojada de sus manos, le azotaron todos los hombres en medio de una algarazara infantil jamás igualada y del griterío de las mujeres. La traición de aquella otra débil mujer puso ánimos insospechados en todos, incendiándoles la sangre, haciéndoles olvidar la acostumbrada disciplina, el rigor, los reglamentos.

A los pocos días, Pablo Morales, "el capataz", que ayer llamara a silencio con la aparición de su persona fué despedido de la fábrica. Vencido, despojado de su título, ya no convenía a los intereses de los dueños del establecimiento. Le había derrotado una mujer, menos aún: un corazón. Los demás, los que quedaban crucificados en las máquinas, dejando en ellas girones de vida a cambio de mendrugos, le despidieron con una fuerte carcajada, que a él le pareció como si fuera la carcajada de su destino, que llevaría siempre en sus oídos, como una maldición hecha de risa y de lágrimas...

TENGO TRISTES LOS OJOS

Tengo tristes los ojos porque en ellos prendida me dejó su tragedia dolorosa la vida.
Tengo ardiente la boca,
porque el amor en ella clavó su flecha loca.

Mas si a veces me río.
¡No es mi frívola risa la expresión del contento!
Es que enferma de hastío,
ahuyentar quiero en vano un sombrío,
tenaz pensamiento...

Rosario SANORES

La frágil mujer, tan frágil que el capataz, si quería, resultaría fácil quebrar con sus manos, llegó a desafiar a la misma muerte, en un ansia suprema e incontenible de acercarse a la felicidad. En silencio, sin una queja, como bestia habituada a sentir sobre sus carnes el látigo, sufría durante muchos años las torturas impuestas por el marido. Pero no... Un día en medio de su ignorancia, comprendió que también la vida tenía otros derechos, y ella no quiso obedecerlos.

Y fué feliz.

Otros labios pusieron un beso de paz y de olvido sobre aquellas marcas que dejaron las rudas manos del capataz. Era también un obreiro, un corazón joven y noble, el que llegó con su ternura hacia aquel otro corazón. Las almas se unieron en un amor tan fuerte que les defendía como una muralla hasta la cual no llegarían nunca quienes quisieran separarlos, porque Dios mismo parecía vigilar desde las alturas la felicidad de sus humanas criaturas...

Allí estaba el anónimo, el papel delator, sangriento, estrujado nerviosamente entre las manos de Pablo Morales, gritándole por entre las palabras mal trazadas, escritas

martilleo molesto, y en las manos un hormigueo extraño, unas ansias adormecidas que despetaban al contacto del anónimo. Al salir del taller tuvo la sensación de que alguien reía a sus espaldas. Volvióse enérgico, dispuesto a reprimir con "la correa" algún principio de burla, y vió, por primera vez, que muchos ojos, clavados en los suyos con fría fijeza, sostenían con energía desafiante y retadora la mirada de los suyos.

Y salió.

Ya en la calle, al verse bajo la luz del sol a una hora no acostumbrada, sintióse desconcertado, abatido, como si por un momento hubiese olvidado el motivo que le tenía allí, fuera de la fábrica, observando estúpidamente los detalles insignificantes con que tropezaba a su paso. Las manos en los bolsillos, los pasos mecánicos, la mirada perdida allá a lo lejos, todo él estaba irreconocible. No era "el capataz". Era un hombre cualquiera, vulgar, como tantos otros.

Caminaba... Caminaba...

Luego, frente a su casa, la traición se presentó de nuevo ante sus ojos, los nervios vibraron con fuerza bajo la piel, la voluntad reaccionó y las manos, — ¡sus manos! — tuvieron un estremecimiento voluptuoso como si en aquel instante,



Las bestias feroces y el hombre

La mayor parte de las fieras no atacan al hambre como éste no sea el primero que las moleste. Hay, sin embargo, sus excepciones, como los leones y tigres devoradores de hombres y algún que otro elefante; pero casi siempre que el hombre ha sido atacado por un animal salvaje, ha obedecido a alguna causa, como vista defectuosa, miedo a que ataquen a las crías o a que les quiten la comida. Un cazador que lleva mucho tiempo en África cuenta dos casos que ha presenciado en esta forma:

"Llevaba varios días persiguiendo a un enorme elefante; me había visto siguiéndole la pista, había sido varias veces molestado en su retirada por mis perros. El animal "comprendía" que quería darle muerte. Un día, le sorprendieron los perros durmiendo; al despertar y verme rodeado de negros, cargó sobre nosotros con tal furia e ímpetu, que no nos dio tiempo para nada; tumbando hombres, caballos y perros, pasó como una avalancha destrozándolo todo a su paso".

"En otra ocasión, dice el mismo cazador, iba con mis negros, yo a caballo, medio dormido bajo un calor abrumador, cuando el guía, que iba a dos metros delante de mi caballo, tiró los rifles y dando un grito echó a correr. Los otros negros le siguieron. Miré hacia donde habían señalado y vi dos enormes manchas negras entre los árboles. Eran dos enormes elefantes que nos miraban tranquilamente abanicándose con sus grandes orejas. Me tiré de mi caballo y me dirigí a lárbole más cercano buscando refugio entre sus ramas. Los elefantes, después de contemplar la escena, sin hacer caso de mi caballo abandonado que el terror había paralizado, dieron vuelta y se situaron en el bosque con la mayor tranquilidad. Estos dos episodios muestran la diferencia de conducta de los elefantes provocados o no. El que había sido perseguido durante varios días nos atacó. Los que se encontraron frente a nosotros por casualidad no mostraron intención hostil alguna. Claro que dos casos no hacen regla; pero se puede decir que de cien veces el elefante huye del hombre noventa y nueve. Ahora bien, que nunca se sabe cuándo va a serlo de ciento. Puede ocurrir al primer encuentro y entonces ¡adiós cazadores!".

Muchos libros de cacerías hacen creer que las fieras atacan al hombre con mucha frecuencia; pero los cazadores discretos y veraces dicen que tal afirmación es exagerada. En la caza del león, los cazadores, la mayor parte de las veces tienen que perseguir al felino y obligarlo a luchar, sin que esto quiera decir que otras veces no hagan frente y ataquen.

Uno de los cazadores profesionales de Rhodesia, Walker, que merece entero crédito, dice que va siempre acompañado de una señora que es sorda como una tapia, y que en una ocasión se encontraba el cazador con su hermano en el valle del Zambeza persiguiendo a un rinoceronte. De repente, los negros empezaron a correr y a gritar, mas como la buena señora no oía nada,

siguió andando; pero a los pocos pasos, dos colosales rinocerontes salieron de la maleza y a tres metros del burro le fueron dando escolta sin dar los menores muestras de querer acometer. Cuando la señora se dio cuenta de la compañía que llevaba, nada pudo hacer. Siguió andando; los rinocerontes la acompañaron un rato y después de recorrer más de cien metros en aquella formación, las enormes bestias se internaron entre los espesos matorrales.

Sin embargo, los rinocerontes se consideran como los animales más fieros y brutos de África, y hay la creencia de que la sola vista del

"Durante el año que pasé en el río Rufa, África Oriental Portuguesa, los leones nos molestaban constantemente. Mis cazadores indígenas se habían llevado repetidos sustos y desagradables encuentros. Con frecuencia les veíamos aparecer en lo alto de las lomas y acechar la casa, los rediles y los corrales.

"En la primera noche de campamento nos despertaron los gritos y risotadas de las hienas, infernal algarabía formada al otro lado del río con el cacareo de aquellos poco simpáticos animales. Inmediatamente envié a dos negros a examinar aquel lugar.

Por los juncos se deslizaban silenciosos y al apartar los últimos que les ocultaban, dieron de manos a boca con tres leones que fijaron su vista en ellos.

"Indudablemente habían oído el ruido entre los juncos y querían saber qué clase de animal se des-



—Anda, llévame el pelo y que lo corten a lo "garcón".

hombre le enfurece y carga al momento sobre él; pero este episodio demuestra que no todos son iguales y que hay rinocerontes que hasta son galantes con las señoras, si bien se afirma que de diez encuentros, en nueve, el rinoceronte ataca.

El mismo cazador cuenta en las lomas del río Mazoe en Rhodesia del Sur, iba un día con su mujer, un operador de cinematógrafo y media docena de indígenas. Al llegar a una espesura notó algo extraño, una sensación como de que le acechaban. Se adelantó del grupo y al internarse unos pasos en el bosque, vió sobre la hierba un leopardo que le miraba fijamente y no cesaba de gruñir. Dió la voz de alerta, que el operador no oyó y siguió avanzando con su máquina. El cazador se echó la carabina a la cara.

Un leopardo herido siempre ataca y si aquél lo hubiera hecho, el operador hubiera aguantado el choque si no caía en el salto de un certero balazo; pero con gran rapidez el animal volvió grupas y huyendo se ocultó entre las zarzas.

Ni el mismo rey de los animales es tan fiero como lo pintan, dice el mencionado cazador y para corroborar el conocido dicho, añade:

lizaba por aquellos andurriales".

"Aquellos leones habían matado un gran antilope macho y lo estaban comiendo a la orilla del río.

"A pesar de que su compañero había huido, el cazador disparó su rifle e hirió gravemente al macho. El león y las dos leonas dieron un salto y salieron huyendo, abandonando el destrozado antilope, sin intención de volverse y atacar al cazador y eso que lo más frecuente es que las leonas ataquen cuando el macho está herido, y éste lo iba tan seriamente, que el reguero de sangre formaba una doble línea, pues la bala le había atravesado de parte a parte abriéndole dos boquetes en el cuerpo.

"Si estos leones se hubieran visto acorralados, infaliblemente hubiesen atacado al cazador, pero al tener la selva libre huyeron inmediatamente.

"Como estos casos ocurren con tanta frecuencia, el cazador se olvida de la centésima vez, es decir, de la vez que atacan de ciento, y entonces paga caro su olvido. Es ese uno por ciento de veces cuando oímos decir: "un elefante le pisoteó, destrozándole; un rinoceronte le abrió el vientre; un león le partió el cráneo de un zarpazo".

Este y otros casos que los caza-



dores de fieras narran nos confirman la teoría de que no siempre las fieras atacan sin que se las hostigue.

El Museo de prevención de accidentes del trabajo

El Museo de prevención de accidente del trabajo, instalado en París, en el Conservatorio de Artes y Oficios, constituye una especie de exposición permanente de higiene industrial.

A medida que se acusa el perfeccionamiento técnico en las industrias, se instalan en sus salas nuevos aparatos, más perfeccionados y se relegan los que se reemplazan a las colecciones históricas.

Actualmente en que una maquinaria complicada, ha substituído en casi todos los trabajos, a los útiles rudimentarios de la pequeña industria, la prevención de accidentes del trabajo constituye una verdadera ciencia. Punto importante, no ha sido descuidado por la legislación social en muchas naciones, y numerosas asociaciones se han fundado para determinar leyes, estudiando las consecuencias económicas y sociales a fin de afianzar la seguridad de los obreros y la salubridad de las fábricas y talleres.

En la sala principal del museo, se han agrupado una serie de máquinas, correspondientes a las diversas fabricaciones (hilados, estampados, etc.), con sus aparatos y partes de protección pintados de rojo a fin de que mejor los conozcan los visitantes y pueden darse cuenta de cómo actúan.

Los diferentes protectores para las máquinas de aserrar, acepillan y otras que trabajan la madera están junto a los diversos sistemas de embragues, de duelas y de engranajes.

Un poco más apartada se ve una vitrina que contiene diferentes tipos de gafas protectoras para los empleados de los ferrocarriles, automovilistas y ciclistas y las utilizadas en los talleres contra las iluminaciones excesivas, las proyecciones y el polvo.

En otra galería se encuentran los cascos para mitigar los efectos de los golpes que, por desprendimiento, pueden ocasionarse a los bomberos, mineros y canteros; múltiples aparatos auxiliares para la defensa del obrero, entre ellos, los cinturones de seguridad para los electricistas.

Notables, también, son las instalaciones de lámparas de mineros, de polainas y pantalones para los fundidores, las camillas y cajas de socorro, los diferentes medios, en fin, puestos en práctica para que, por medio de la prevención más metódica y la higiene industrial más perfecta, se disminuyan en lo posible, la frecuencia y la gravedad de los accidentes del trabajo.

A principios del año 1910, unos árabes que estaban abriendo un pozo en Antioquía, cerca del Oronates, dieron en sus excavaciones con unas cámaras subterráneas, llenas de escombros, entre las cuales fueron encontrados varios objetos de valor.

Además del famoso cáliz de plata labrada* que es el tema de este artículo había otro más sencillo de plata lisa, con inscripciones de los siglos VI o VII de nuestra Era.

Como el lugar donde fueron descubiertos estos objetos, es, según la tradición local, el sitio donde estaba la antigua catedral, es indudable que nos hallamos frente a un tesoro religioso enterrado allí ya accidentalmente por algún terremoto, ya intencionalmente para ocultarlo en algún momento de peligro.

Los objetos encontrados fueron repartidos entre los árabes que habían dado con ellos y cada uno fué llevado a lugares distintos.

Dos de ellos, llevados a Mesopotamia, fueron recuperados por los hermanos Konchakji, quienes, poco antes de estallar la guerra europea, se lo enviaron a otro hermano que habitaba en París.

Allí, el cáliz principal, cubierto de una capa de óxido de varios milímetros de espesor, fué cuidadosamente limpiado por Mr. A. André.

Poco antes de la batalla del Marne, y para ponerlo en lugar seguro, el cáliz fué enviado a Nueva York, desde donde pasará otra vez, dentro de poco, a la familia que lo recuperó de las manos de los árabes en Mesopotamia.

Desde el año 1915, el cáliz ha sido detenidamente estudiado por el doctor Eisen, de la Academia de Ciencias de la Universidad de California, que ha coronado sus trabajos con una magnífica obra en dos volúmenes, titulada "El Gran Cáliz de Antioquía", con dos diagramas y atlas de setenta fotografías y dibujos. Entre ellos hay tres planchas que reproducen el objeto a su tamaño natural, y en mayor tamaño todas las figuras del cáliz con las cabezas dibujadas.

Es dudoso que ningún objeto de arte de ese tamaño haya sido jamás tan minuciosamente estudiado, tan entusiastamente descrito, ni lujosamente publicado como el cáliz de Antioquía.

Tiene este sagrado vaso diez y nueve centímetros de alto, y medía, en su estado primitivo, quince de diámetro.

Se compone de tres partes: la interior, capa hecha con una sencilla lámina de plata moldeada a martillo con los bordes recogidos sobre sí misma; la parte exterior, de plata trabajada y el pie hecho de un solo pedazo.

El recipiente interior no lleva adorno ninguno y al encontrarlo estaba suelto y separado del exterior.

La ornamentación del cáliz es una serie de ramas y hojas entrelazadas que forman doce divisiones separadas en dos hileras de seis cada una, y en orden alterno la superior con la inferior.

En cada una de estas divisiones aparece una figura, de las cuales la principal es la de Cristo, sin barba, sentado en su trono con un cordero a la derecha. Sobre su cabeza descende el Espíritu Santo en figura de paloma. Sus brazos aparecen extendidos en cruz. Con su mano derecha señala una bandeja que contiene dos peces, siete

El verdadero retrato de Cristo

El gran cáliz de Antioquía

panes, una espiga de trigo y unas hojitas de palma. A los pies del trono hay un águila con las alas desplegadas y apoyada en un cesto que contiene varios panes.

A la derecha e izquierda de Jesús, se ven los retratos de cinco de sus discípulos con la mano levantada en señal de salutación. Por el otro lado aparece la figura de Cristo como un muchacho de unos do-

pidas por una sola estrella que corresponde a la división donde está Cristo.

El doctor Eisen hace observar lo mucho que una figura se parece al San Pedro como aparece en la Catacumbas de Roma y en el Hipogeo Viale Manzoni, de la misma ciudad, indentificación que se confirma por las dos barras cruzadas que se ven en su asiento.

EL POEMA ETERNO

ESPERAR

Un tesoro sorprender
adentro del corazón,
y a su conquista tender
con implacable tesón.

Extasiarse en el placer
de quimérica visión,
y sin tregua en el querer,
vivir para esa ilusión.

Embelesada soñar
en un cielo azul turquí
imposible de alcanzar;
y, de la duda a pesar,
con creciente frenesí
confiar y confiar...

CREER

Ver en la dicha postrera
de nuestra humana ambición,
a través de una ilusión,
el fuego de una quimera.

Tener para esta hechicera
ciega y punzante obsesión:
firmeza de corazón,
constancia imperecedera.

Forjarse un dogma interior
de sentimiento y de amor;
por él luchar y sufrir.

Y del ensueño al ardor,
por encima del dolor,
poner fé en el porvenir.

SUFIRIR

Tras en vano perseguir
de un bello ensueño el calor,
en el ánimo sentir
un tormento abrumador.

En las luchas del vivir
comulgar con el dolor

y las penas confundir
en las brasas del amor.

Sucumbir a una ansiedad
que nos quema sin piedad
con incesante delirio;

y en santa resignación,
por salvar una ilusión
soportar el cruel martirio.

AMAR

Sentir afanes; vibrar
pasionalmente. Vivir
para soñar y sufrir
para querer y gozar.

En el alma renovar
los acordes del sentir.
Ser luz para seducir
nervio, para desear.

En la copa del querer
hasta saciarse, beber
la Ambrosía del amor.

Si en ese anhelo postrar,
no está el más alto placer...
¿Se conoce otro mayor?...

GOZAR

En la vida sorprender
un tesoro de grandeza;
reflejar en nuestro ser
la sensual naturaleza;

y en vértigos de placer,
con arrogante firmeza,
desmayarse en la postrer
borrachera de belleza.

Soñar, para nuestro bien,
un maravilloso edén,
y a la magia sucumbir
del incitante fervor
que nos disfraya en amor
la delicia de vivir.

Adela García SALABERRY.

San Mateo aparece sentado a la puerta de una ciudad con un arco sobre su cabeza y mostrando una moneda, como empleado en un fiato.

San Lucas, como médico, tiene un amuleto en la mano.

San Juan, aparece sin barba, como Cristo en las dos figuras, y el otro lampiño debe ser su hermano Santiago hijo del Zebedeo.

Es natural que San Pedro tenga enfrente a San Pablo, y el parecido del anciano con San Pedro, nos hace pensar que sea el hermano de éste. San Andrés.

Se supone que las figuras sentadas respectivamente a la derecha y a la izquierda del Salvador sean Santiago el menor y San Judas, parientes de Jesús.

Por el dibujo creen sacar en consecuencia que la única figura vestida con traje de lino confirma la tradición de que Santiago nunca vestía de lana, ni aún en invierno, y siempre vestía túnica de hilo.

Cálices de la forma y proporciones del de Antioquía, no los ha habido posteriores al siglo I de Jesucristo, pues por su pequeña base fueron sustituidos por otros de mayor estabilidad.

Además, muchos dibujos del cáliz de Antioquía se parecen a los que se hacían en el siglo I.

En Boscoreale hay una copa con dos retratos de Augusto, uno sentado en su trono como Señor del mundo, y el otro recibiendo la sumisión de los germanos. El dibujo del primero es idéntico al del Cristo en el cáliz que nos ocupa.

Cuando se hizo este cáliz era indudable que muchas de las personas allí reproducidas vivían aún, y que los artífices habían conocido al Salvador, de niño y en la época de su muerte.

A la caída de Jerusalén, Antioquía llegó a ser el principal centro del cristianismo en Oriente, y se cree muy probable que el cáliz inferior llevado allí por los fieles de Cristo desde Jerusalén, es el cáliz que usaban los primitivos cristianos y que no tendría nada de extraño, fué el mismo cáliz empleado en la última cena, y que con él en las manos instituyó Jesús el Sacramento de la Eucaristía.

No es, pues, extraño, que en la gran capital de Siria, en donde los discípulos de Cristo recibieron por primera vez el nombre de cristianos, y que conservaban con ellos tan preciosa reliquia como el cáliz en que bebió Jesús en su última cena, buscaran los recursos más artísticos de la época para hacer una envoltura digna que preservase aquella joya del cristianismo.

La palabra latina *calix* corresponde a la griega *kylix*, nombre de todo vaso para beber. Los cálices antiguos más notables que se conocen son los atenienses, cuya ornamentación está formada por compartimentos cuadrados que encierran líneas onduladas. Tienen forma de copa, de lados que suben desde el fondo casi verticalmente y llevan por pie un cono truncado de gran elevación algunas veces. En ocasiones, estos cálices llevaban asas, que servían para suspender la copa cuando estaba vacía.

ce años, sentado en un trono semejante al anterior y sosteniendo en la mano izquierda un rollo con la luz. También está rodeado de otros cinco apóstoles que como los de la hilera superior le saludan con el brazo extendido.

Los discípulos son, indudablemente, retratos, y merecen ser estudiados individualmente.

La parte superior o borde del cáliz está formado por una estrecha orla de plata, en la que van cincuenta y siete rosetas interrump-

Otro retrato, a diferencia de los demás, lleva una banda en la cabeza y no tiene guedejas, lo que indica que es un griego y no un judío, por lo que se supone que representa a San Lucas.

Los que se hallan agrupados con San Lucas pueden ser San Mateo, San Marcos y San Juan.

Dice la tradición que San Marcos fué en su juventud aguador, y en su villa se ve el dibujo de una vasija de agua.

UNA AVENTURA DE CARNAVAL EN NIZA

Por J. Fernández Pesquero

A cien metros sobre la ciudad, en la cúspide misma de ese Janículo chileno del correo San Cristóbal, de Santiago, bajo un dosel de seda azul bordado de estrellas que picarescas guiñaban a su majestad la reina de la noche, una luna de plata azogada, que volcaba sobre la umbría soñolienta de los árboles y matorrales sus reflejos de espejo fosforescente, delantando el bullir de algunas parejas traviesas, ante una mesita de mármol, ocupada con botellas y vasos, en la terraza del Roof Garden, comentábamos, en rueda de amigos, picantes anécdotas de esta noche carnavalesca de las fiestas de la Primavera el Carnaval de los estudiantes chilenos.

Allá abajo, la ciudad como una dama de corte, envuelta en su manto real de oscuro terciopelo recamado de lentejuelas de oro brillante e insolente al parpadear de los millones de focos y luces de colores, parecía una danzarina de fuego, deshilando, al compás del tiempo una danza sagrada de ritmo, las aguas retorcidas del Mapocho, iban enroscándose en la garganta, su collar de perlas, que al brujir las la luz blanca lunar, les arrancaba destellos de luciérnaga metálica.

Como un palacio de hadas, lamierdo el límpido azul el cielo de esa noche primaveral, las montañas cercanas de la Cordillera, vestidas como novia en noche de bodas, con el blanco tul plateado de las nieves perpetuas, incitantes, parecían convidarnos a plañir, como nuevos juglares de leyenda, el laúd de los ensueños, al pie de esos castillos de fantasía, donde prisionera de amor, aguardaba al doncel de sus amores, la dulce dormida del bosque.

Serpenteando la colina verdinegra, por la ancha carretera, trepaba fatigosa la caravana alegre de los enmascarados, que al son de sus músicas alocadas como trovadores llegaban a engrosar el ya tumultuoso abigarramiento de parejas, que bajo los arcos multicolores de lucecillas eléctricas, al son de los jazz band de negros cubanos, voltejaban sobre la ancha plazuela de mosaico, desgranando en torno de los cientos de mesitas ocupadas por la charladora muchachada, que bebía, gritaba y reía el ritornello, desenfadado, de los charlestons, tangos y abracadabrantes bailes de lujuria y devaneo, entre el ir y venir ajitado de los camareros de frac rojo, que en bandejas de plata, servían los líquidos espumosos e incitantes.

Embebido por esa vorágine alocada de este carnaval estudiantil, apenas si ponía atención a la charla bulliciosa de mis compañeros, cuando, Renato el más travieso y andariego de todos, burlándose irrumpió en una carcajada atronadora y señalándome a la curiosidad de mis amigos, exclamó:

—¡A éste el champagne y las máscaras, ya lo han puesto romántico!

Y agregó en tono burlón:

—¡Cuidado, chico, que en estas

noches y en estas fiestas se suelen dar chascos de consecuencias y no siempre tan buenas, como el que le ocurrió en Niza a Federico H... (y aquí el nombre de un nuestro amigo muy conocido de la alta sociedad chilena).

—¡A ver, a ver, cuenta, qué le posó a Fede!

Interrumpieron alegres y risoteros los muchachos.

Precisamente, en ese momento,

ENVIO

En toda la inspiración
que pulsa la lira mía
veo tu imagen sombría
moverse con la expresión
de un velo de simpatía;
y en tus manos, todavía
abierto, un libro de unción
(el mismo libro que un día
me hizo escuchar la oración
franca de tu idolatría).

En él no existe ninguna
palabra que yo escribiera,
una inocente quimera
como una canción de cuna;
una palabra que fuera
persuasiva y oportuna,
donosa como la luna,
ardiente como la hoguera.

Esta dialéctica en flor
(bien escrita o mal escrita)
con ansiedad infinita
sosténgala sin temor
la imponderable amigueta
en cualquier sitio de honor.

Sonríe tú faz serena,
colma todos mis afanes,
y con pasión nazarena
me ofreces dos tulipanes
de amor, de ensueño y de pena.

Y una lágrima quizás
como ofrenda me concedes;
no ha de secarse jamás.
Mira hacia dentro, si puedes:
dentro de ti me hallarás.

Moises M. COHEN.

por delante de nosotros pasó con arrogancia de reina, una hermosa y estupenda rubia, elegantísima, que incitaba por lo laca algarabía de mis amigos, abriendo mucho sus ojos de cielo, llegó a contagiarse de la risa de los muchachos, permitiéndole a sus labios encendidos de fresca fresa, abrirse como una rosa al beso de la aurora y mostrar en sus rictus sangrante, la diminuta sarta de albisimos dientes, precisamente lo que hizo al endiablado Renato, exclamar:

—¡Pues veréis, esa rubia que nos mira tanto parece venir a evocarme, la aventura de que fui testigo, y que le ocurrió a Fede en Niza, siendo: en mi vida inquieta de em-

pedernido andariego, en busca de emociones, un buen día, acordándome de que era Carnaval, lié mis petates y me dirigí a Niza, ganoso de conocer esas fiestas de Momo, que tienen fama.

La misma noche, después de acostarme en el lujoso Hotel Imperial, el mejor de dicha ciudad, al inscribir mi nombre en el registro del establecimiento, curioseando por si entre los hospedajes hubiera algún conocido, dió la casualidad de tropezar con el nombre de Fede y cuando, asombrado, de que sabiéndolo tronado y sin un céntimo, estuviese en Niza y hospedado nada menos que en el Hotel más caro de la de por sí cara ciudad, me disponía a confirmar si es que había estado y estaba, el Administrador que me observaba, sabiéndome Hastiado de París, — empezó di-

Fotografados Trícromías Bicromías

Confección de elisés para revistas, Catálogos, Folietos y otras Publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

jimos al corso de flores, que precisamente, comenzaba a esa hora avanzada de una noche canicular y deliciosa.

Sentados en un anden de la ancha y grandiosa avenida boulevard entre los jardines, dímonos, a contemplar aquella fantástica visión de luces, colores, músicas, algarabía y estruendos, mientras fumábamos un virginia y nos hacíamos recíprocas confidencias.

Fede había huido a Niza, porque ya en París, sin un céntimo, habiendo derrochado en cabarets, casa de juego y francachelas en el Moulin Rouge hasta el último céntimo, endeudado, quemó el último cartucho de sus aventuras y había escapado de sus acreedores, dispuesto a repetir en Niza su mismo cuento del dinero que le tenían que mandar de Chile, dinero que nunca llegaba porque nunca se le enviaría y así hasta que Dios o el Diablo le sacáran del pantano.

No siendo Niza una ciudad industrial, no me explicaba qué diablos esperaba este loco lindo, le solucionara en Niza su vida de aventura y así se lo manifestó, extrañándose, que sin un céntimo, se hubiera metido en el Hotel más caro y no lo hubiesen echado ya de él.

Vestía, impecablemente, de manera muy elegante, afeitado, empolvado y perfumado, pareciendo por su empaque, el más correcto gentleman y el más rico derrochador. Se lo hice notar y me respondió:

—Ahí verás, chico, al hotelero, le he dicho, que espero unos miles de francos de Chile, que mi Administrador debe girarme a Niza, a cuyo efecto le he mostrado ciertas cartas con membrete de antemano convenidas y el hotelero, muy comedido, sonríe y nunca pierde su zalamería conmigo.

Como una vez en la noche, dos o tres platos a la carta y pago con unos restos que traje de París y algo de la ruleta, visto mi saldo del naufragio y doy el golpe.

¿Cuánto durará esto? ¡No lo sé, ni me importa! ¡Me dejó llevar al azar, el dios casualidad dirá!

Aun no moría la última frase en los labios de Fede, cuando, acertó a pasar por delante de nosotros,

una rubia despampanante mejor que esa que acabamos de ver, mujer arrogante, bellísima hasta el delirio, joven y elegantísima, se conocía a la legua su raza inglesa y al pasar, sola como iba, se quedó mirando con descaro a Fede, quien no dió al hecho mayor importancia, al advertírselo yo, mas como volviera esa mujer a pasar y repasar con una insistencia remarcada por delante de nosotros dime cuenta de que a este muchacho loco, se le venía una aventura en puerta y el único que estorbaba era yo, pues la rubia, demostraba a las claras, que deseaba abordar a mi amigo y mi presencia le era un obstáculo.

La rubia, siempre sola, no cesaba de dar vueltas en torno nuestro, haciendo caso omiso de la fiesta y teniendo solo ojos provocadores para mi amigo, hasta que dejándolo sólo para que la rubia se decidiera aunque Fede dijo, no la conocía y habiéndola visto que se hospedaba en nuestro hotel, después de abastecerlo de cigarrillos a pedido de él, me alejé entre la gente y las flores, no tardando en advertir desde mi observatorio, que a penas hube dejado a Fede, la rubia, se le acercó y se sentó a su lado, no

tardando ambos en alejarse juntos y perderse entre la multitud.

III

Al día siguiente, bien temprano, me dirigí a la habitación de Fede y con gran sorpresa oí, que aquella misma noche, en compañía de la dama rubia, se había marchado a Montecarlo, no sin que la estupenda mujer hubiese abonado hasta el último céntimo, de lo que debía Fede.

A los tres días, terminado el Carnaval de Niza, curioso de saber en qué había terminado la aventura de mi amigo, tomé el expreso y me dirigí a Montecarlo y no tardé mucho en dar con él en un lujoso Hotel.

—Cuando después de los abrazos y saludos y de verlo sólo en habitación cuando yo la creía en alegría luna de miel, Fede, riendo, me dijo:

—¡Chico la aventura más genial, que te imaginas! al principio se me hizo enamorada y me invitó a seguirla a Montecarlo para donde salimos esa noche no antes abonarme mi deuda del Hotel, y municionarme bien el bolsillo con dos mil francos, además de pagar los gas-

tos de viaje en tren de lujo. Según me aseguró, había averiguado mi situación por el Administrador del Hotel y sabiéndome "chileno y gentileman" no había trepidado en elegirme por su galán, para que la trajese a Montecarlo, ya que solas no pueden entrar las mujeres, si no las acompaña un hombre, no importa, sea marido, querido o lo que sea.

En el tren pidió dormitorio de señoras para ella y de caballeros para mí y aquí hizo lo mismo, pieza para cada uno, pero abonándome los gastos de quince días y el regalo de esos dos mil francos.

¿Cuántas veces le hablé de amor y me propuse algo de ella, riéndose a carcajadas, con elegancia pero con inflexibilidad, detuvo mis impetus de hombre y puso una valla entre ella y yo, pues acabó por confesarme que si me había cortejado, fué porque quería sorprender en Montecarlo a su marido, que aquí estaba con una querida, para, como lo ha hecho, con testigos, tener las pruebas para el divorcio, que ya ha entablado y como no podía entrar sola en Montecarlo, por prohibir les leyes del Principado,

que venga sola una mujer, en nadie había tenido confianza más que en mí y por eso había representado esa comedia; y para consolarme, pues es muy rica, obtenido ya su propósito, me obsequió además cinco mil francos, con los que, chico, acabo de probar suerte en la ruleta y he levantado doscientos mil francos, y dejándome de aventuras mañana me marchó a nuestro querido Chile.

Y así lo hizo acompañado por mí, que le dejé en Burdeos a bordo del vapor que lo trajo a nuestra América, donde convertido en un gran hacendado, está curado de locas calaveradas. ¿Qué os parece?

En ese momento, la rubia que hizo recordar este cuento al loco de Renato pasó del brazo de un payaso, que la arrastraba en el vértigo de un schimmy alocado, entre los millares de parejas que entre las redes de las serpentinas y flores, que volaban por el aire, iban pasando en alegre farándula esa noche del carnaval estudiantil de la primavera, donde se desgranaban pocas ilusiones y se sufren no pocos desengaños, no siempre como los de la rubia de Niza.

Se hace necesaria la protección de la Naturaleza en la República Argentina

Por José Liebermann

Para FRAY MOCHO.

Nadie lo duda y sin embargo se ha hecho muy poco en este sentido. Hay, en algunas revistas científicas, trabajos de E. Autran C. Thays, Martín Doello - Jurado y Lucien Hauman, éste último el célebre profesor de Botánica de la Universidad de Buenos Aires, hoy catedrático de su especialidad en una famosa Universidad de Bélgica, hacia donde fuera llamado hace algunos años.

¿Razones? La naturaleza de un país debe protegerse por muchas. Hay bellezas célebres que corren peligro de aniquilarse. Hay paisajes argentinos que la civilización cambia de aspecto. Hay regiones características que van desapareciendo. Las generaciones futuras no tendrán idea acerca de nuestra flora y fauna naturales. ¿No son recuerdos históricos que se deben salvar? ¿No tiene cada país sus regiones particulares, sus plantas características, su fauna especial?

La naturaleza de un país debe ser protegida por razones científicas, que no exponemos aquí; por razones artísticas, que es fácil adivinar; por razones sentimentales y hasta por razones utilitarias, aunque ello parezca paradoja. La naturaleza indígena de un país es un tesoro histórico que le da carácter, originalidad, belleza y amor. ¿Cómo debe protegerse a la Naturaleza? Expondremos en estas notas, un breve resumen de un extenso trabajo del Dr. Hauman Merck, a quien citamos ya, en "Physis — la revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, No. 22 del tomo VI, de 1923. Muchos de los datos están tomados de "Pour la protection de la nature en Belgique", Bruxeles, 1912, de Jean Massart.

Ante todo están los enormes "Parques Nacionales" de los Estados Unidos, protegidos por el gobierno, donde se guardan celosamente los paisajes primitivos.

Elogia el autor el celo de Suiza, Alemania, Dinamarca, Suecia y Bélgica, que tienen sus reservas naturales. Las hay asimismo en Java, África, Nueva Zelanda y en un pequeño islote del estrecho de Cook. En estas reservas la flora y la fauna natural se perpetúan.

¿Se hizo algo en la Argentina?

Muy poco. Proyectos no han faltado. Pero hasta hoy no han pasado de proyectos. Exceptuando la donación que hizo al Estado el Dr. Francisco P. Moreno, en la puerta Oeste del lago Nahuel-Huapi, de una enorme extensión de selva y montañas, donde se sigue organizando el Parque Natural y la adquisición del gobierno de Tucumán, de una gran región subtropical a la que se llamó Parque Aconquija, no hay nada más.

Se puede agregar la interesante "reserva botánica", creada por los señores Rafael y Marcelino Herrera Vegas sobre la costa del río de la Plata, en Conchitas, donde hay un bosque de algunos hectáreas conocido como "Monte Blanco", en el que abundan los laureles, mataojos, blanquillos, espigas de bañados, sauces colorados, arrayanes y otras especies indígenas.

Esto es todo lo que se ha he-

cho en nuestro país para proteger su naturaleza!

¿Qué debe protegerse?

El bosque de Palermo. — Debido a varias causas su aspecto natural va desapareciendo.

Los bosques naturales del Delta y de la orilla del río. — Casi no existe bosque natural. Alamos y sauces son plantas exóticas. Pero en el Delta podría crearse una pequeña reserva biológica que en pocos años se transformaría en jardín natural.

La isla de Martín García. — Hauman Merck la llama "perla de los naturalistas". Región ideal para Parque, donde irían los naturalistas a estudiar y la población a divertirse y a mirar.

Las barrancas del Río de La Plata y del Paraná. — Ha sido destruida casi toda su flora natural. Entre Buenos Aires y Tigre hay muy pocas plantas indígenas. Queda la antigua quinta de Pueyrredón, en San Isidro. Los talas, espinillos, coronillas, incienso, ombúes, lecheros, chañares, algarrobos, timbóes... Todos han sido talados.

Cita Hauman Merck otra región, maravillosamente conservada, entre Otamendi y Campana, donde existen tres o cuatro hectáreas con bosquecillos de talas y chañares. Habla luego del Talar de Pacheco, de Punta Lara, cerca de La Plata, de algu-

nas regiones de Tandil, de las barrancas de Rosario y del Paraná, de los bosques de robles de Alta Gracia, lugares todos que podrían convertirse en hermosos parques naturales.

Existen algunos hermosos conjuntos que debían llamar la atención a nuestros gobiernos.

Ante todo, las raciones de Nahuel-Huapi y del Iguazú, lugares maravillosos para la creación de parques.

Los bosques de haucaria del Neuquén. — Paisajes de los más hermosos del mundo. Pero la civilización avanza en ellos y los destruye. Igualmente pueden citarse las praderas de la Pampa, la selva de Montiel y los talaes de Samborombón. Hay determinadas especies vegetales en peligro de destrucción, entre los que merecen citarse:

Los palmares de Concordia van desapareciendo. No hay casi árboles jóvenes y si no se repara alguna porción de terreno, no quedará, dentro de poco, ni un ejemplar de las hermosas palmas-yatay.

Las palmas de Córdoba, los helechos arborescentes de Misiones, las *Pernettya*, de las sierras de Currumalán, el célebre "currú" de Balcarce y Mar del Plata, los bosques de sauces colorados, son conjuntos que podrían, con un poco de atención de gobierno y pueblo, transformarse en jardines naturales. Nuestro país tiene regiones de magnífica belleza, que casi no conocemos. El conocimiento de su flora y de su fauna sería un profundo factor de nacionalismo verdadero, basado en el amor a sus maravillosas regiones naturales, a sus plantas indígenas y a su cielo azul.

Continuación de "Con las propias arma"

Varias veces, estuvo a punto de pedirle perdón y una noche decidió firmemente hacerlo así.

"Fué aquella noche — decía — tal vez te acuerdes, en que me diste a entender que habías conocido a otro.

¡Pronto te consolaste! Al principio, sin querer reconocer que yo tenía la culpa de todo, te guardé rencor, pero luego me convencí de que aquello era lo mejor que podíamos hacer.

Tú, amada Lucía, dejando a un lado vanas melancolías, me has dado una lección de modestia y de buen sentido. Conservaré eternamente el recuerdo de una buena amiga como tú, tan linda y razonable".

Devolví el papel y contemplé con pena a lo pobre muchacha, víctima de su propio ardid.

—¿Le escribiste que no era verdad lo que le dijiste aquella noche?

—¿Para qué? Ahora ya no lo creería.

No supe qué responder. Apoyé mis labios en sus ardientes mejillas por las que se deslizaban las lágrimas que brotaban incesantes de los ojos de Lucía... Me parecía estar oyendo aún, bajo el verde ramaje de mi árbol del Luxemburgo, la voz sin timbre, la imprudente voz de mi amiga desafiando al Destino:

—¡No lloraré! ¡Te digo que no lloraré!

POEMA DE AMOR

Por E. H. Bove

La roja bandera de remate se eleva inmóvil. En medio de la calle como un pingajo; aterida de frío bajo la llovizna implacable de una noche glacial, cumplía la consigna de llamar al público con el blanco de sus letras enormes. Por las vidrieras de anchos ventanales del local de ventas, la profusa claridad interior proyectaba en la vereda su sombra luminosa. Un calorito confortable entibiaba la atmósfera y el papel polífero de las paredes casi se perdía bajo los cuadros, los muebles y los trastos. Un mundo de cachivaches de castas y procedencias distintas, a la luz uniforme de una inmensa bomba blanca vivía la vida inerte de las cosas esperando el golpe del martillo.

Allí, en un rincón, sobre un taburete, dejábase ver un busto de Otello, con su cara de negro moro buen mozo; más al fondo una brillante estatua del legendario Ariel, que con su cara diáfana y risueña parecía envolver en un rosicler de dicha hasta los rincones de la gran sala, y reflejándose en la luna de un ropero, un viejo piano permitiendo que lo torturaran por vía de prueba — sumiso e indiferente — las manos de un fi-larmónico aficionado.

Ocupando todo lo que es apto para servir de asiento, sillas, sofases, bancos, taburetes, butacas y confidentes: el público. En invierno una casa de remates es un inmenso hogar abierto en medio de la calle; en la asamblea hay compradores, negociantes, curiosos que no llevan rumbo fijo, y los pasivos infaltables que entran a fumar y hacer la digestión únicamente, arrellenados a sus anchas en cómodas poltronas.

Sobre un púlpito que gozaba del don de ubicuidad y bajo una nariz movable por el continuo ejercicio de olfatear al postor, habla una boca: es el rematador.

—¡Señores! Voy a dar comienzo al remate. Las ventas se harán al contado y a la mejor oferta. No es judicial, señores, pero hay que vender. Todo el mundo sin excepción dejará su seña, como de costumbre.

—¡Atención, señores! — ¡que se calle el del piano! — ...esta hermosa percha, caoba y bronce, sin uso... ¿cuánto vale?... y la eterna canción sigue monótona, rutinaria, fría.

La noche de que os hablo, una joven señora viuda, con un chiquitín de la mano, de pie, junto a un gigantesco jarrón, seguía con interés los incidentes de la venta. Lo que se remataba era suyo. Los malos tiempos, mil exigencias, el alquiler atrasado, las mensualidades de su hijo en el colegio que había que abonar, la necesidad de llevar un poco de calor para su hogar que el invierno y la muerte habían enfriado; hizo dar ese doloroso paso, y ahora sentía un gran pesar, daba su adiós a aquellos queridos efectos que habían adornado su casa, como lo hubiera hecho con personas amadas que partieron para un largo viaje.

El rematador quemaba todo; ya se habían ido el ropero de tres

La CANCION MISTERIOSA

Suave melodía que oí distraída
Y ahora me obsedas con tu ritornelo
Como un son extraño que llega y se pierde
Temblando en las alas etéreas del eco,

¿Que hechizo dulcísimo envuelve tus notas
Que a veces recuerdas el tímido canto
Que eleva en las hierbas el viento que trae
La música inmensa que vibra en los astros?

Tal vez te haya oído en alguna otra vida...
Quizá, siendo rama de un cedro florido
Te oí en los hossanas que alzaron los ángeles
La noche que vino al mundo el Dios - Niño.

O rosa de ensueño en un parque del trópico
Mezclé tu armonía a mi suave perfume
Llevandó a los cielos el trémulo ruego
De todas las rosas del parque a las nubes...

...Suave melodía diáfana, obsedante,
Acaso he sentido en los cielos tu ritmo
Cuando era yo chispa que un choque de estrellas
Dejó escintilando en ignotos abismos?

¿Que encierra tu música? es súplica ardiente??
¿Hossana celeste? ¿susurro del viento?...
Un soplo divino te trae y te aleja
Temblando en las alas azules del eco,

Y yo, vacilante, presiento que eres
La eterna sibila, la voz del Misterio!...

María Enriqueta BETNAZA

cuerpos y los dos veladores, el cristallero y los espejos del comedor... Era doloroso.

—"Esa cama, señores, de matrimonio, nogal tallado, colchón elástico en perfecta conservación... ¿cuánto ofrecen?"...

Habló una voz hueca — ¡treinta pesos!

En la cotidiana existencia, cada ser es un vasto escenario y cada espíritu un trágico eminente. ¡Oh! las tragedias del fuero interno, cuyas hondas frases hay que leer en las comisuras de los labios que tiemblan, en los espejos turbios de los ojos que imploran!

Los ojos de la pobre señora imploraban, y por ellos, fijos en el mueble, pasó, rápidamente, una caravana de sensaciones que era una evocación.

Esa ancha cama de perillas talladas, le evocaba el campo azul de una noche de bodas, ya lejana; veía, patente, el nido blanco y las almohadas rosa de los sagrados instantes. En ella había venido al mundo junto con un rayo de luna, el hijo, la esperanza rubia que tenía de la mano. Su alma acongojada seguía evocando las pasadas confidencias, las dichosas horas de descanso, los sueños de ella, los ensueños de él, el alegre despertar en las frías mañanas, junto con el sol que jugaba en la colcha bordada; después, ...cuatro cirios y, el amado, el esposo muerto, descansando por última vez en el lecho común...

—"Setenta, setenta! ...¿no hay quien dé más? ¡setenta!" y el martillo de marfil se alzó.

La señora hizo un ademán para detener al rematador.

—Es tarde, señora; después de la segunda oferta no se puede retirar el objeto. Setenta y cinco y se va!, setenta y cinco y se fué!" Sonó el golpe del martillo.

La reliquia, que el amor y la maternidad habían santificado, se perdía para siempre.

Tras el velo negro brillaron dos lágrimas. Un cambalachero guardó la papeleta, la papeleta de la cama en cuyo respaldar el niño rubio, en una travesura de muchacho había escrito el gran poema, grabando con un cortaplumas las dos santas palabras: "mamá - papá".

DEL GOBIERNO DE SI MISMO

Las principales artes necesarias en el mundo son: el dominio de nosotros mismos, la fría razón y esa serenidad de porte y de aspecto que nos impiden manifestar con las palabras, con las acciones y hasta con las miradas, las pasiones o los sentimientos que nos agitan interiormente; y eso ofrece a las personas más tranquilas y más prudentes que nosotros, infinitas ventajas, no sólo en los asuntos importantes, sino también en el curso ordinario de la vida.

CHESTERFIELD.

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

Los sports

(Continuación)

En automóvil y ejercicios de velocidad, es indispensable un velo espeso que proteja la respiración y los ojos.

Como en todo, cuando interviene la mujer, la cuestión de traje se impone. Los trajes de juegos deportivos, cricket, law-tennis, golf, etcétera, la gimnasia, la esgrima y las ascensiones aéreas, son todos semejantes. Faldas cortas, blusas sencillas de cuello vuelto y mangas de puño parecidas a las camisas de los hombres, y peinado bien sujeto, de acuerdo todo con las prescripciones higiénicas que dejamos apuntadas.

Para canotaje, los trajes son también iguales en la forma, pero se eligen los colores preferidos por los marinos, azul y blanco, y se colocan a las blusas grandes cuellos marineros y corbatas.

El traje de equitación sigue siendo siempre la amazona oscura, forma sastre, con cuello y corbata de hombre y sombrero redondo. Las grandes colas que antes se llevaban en las faldas no se usan ya. El único traje de sport feo es el de automóvil, y las damas se someten a él sin protesta. Semejante al traje de amazona, muy corto, es el de tiro y cacería, y el de patinar se hace con pieles de gran abrigo. Los trajes para nadar son de pantalón y blusa de manga corta; bajo esta blusa se coloca una camiseta y un corsé de correillas que sostiene el pecho. Algunas señoras llevan también medias y zapatos.

En todos estos sports toman siempre parte personas de ambos sexos, y hay que recomendar la mayor corrección.

Generalmente, en toda partida las señoras tienen esposos, padres, hermanos o parientes cuya compañía debe ser preferida, y a los cuales se dirigirán cuando tengan necesidad de ser ayudadas.

Por ningún concepto una señora puede ir sola a partidas de sports, a las cuales no asista ningún hombre de su familia, ni permitirse nadar con personas que no sean de la mayor intimidad.

Hay que cuidar mucho de que entre la confianza de camaradas que el sport establece, las señoras no pierdan nada en las deferencias y respetos que se les deben.

Desde luego es innecesario advertir que los hombres prestarán sus servicios a las damas; pero que éstas no han de exigirlos ni ser demasiado molestas, pidiendo siempre atenciones y ayuda o embarazando la libertad necesaria a esos ejercicios.

Los lutos

Los vestidos no son signos de pena: se puede tener el alma alegre con vestidos de crespón, y en estos casos es precisamente cuando se piensa en la forma de llevarlos con elegancia. Con un dolor de verdad no inquietan la moda y sus exigencias, y tanto da unos vesti-

EL HOGAR AMABLE

Muchas veces, al pasar frente a un café hemos sentido un poco de indignación ante los grupos de hombres sentados que charlan y fuman sin recordar para nada la sabia frase inglesa: "Time is money". El tiempo es dinero.

Entonces, con una sonrisa entre despreciativa y compasiva nos decimos: "¡Oh! la vagancia". He ahí un juicio lanzado bien a la ligera.

¿Por qué creer que lo que "echa" a todos esos hombres a la calle es precisamente el deseo de "matar el tiempo" sin trabajar?

Si pudiésemos asomarnos a los hogares de muchos de esos derrochadores de horas, comprenderíamos en seguida su tragedia. Porque la casa triste incómoda y poco limpia, es una de esas tragedias sordas, "lentas", que truncan la vida de no pocos seres.

¿Cómo saborear el descanso después de la jornada de trabajo entre unas paredes áridas y sobre una silla dura? ¿Cómo forjarse ilusiones respecto al porvenir? ¿Cómo descubrir más amplios horizontes bajo la luz cansada de una lámpara solitaria colgada de un cordón?

El hombre que ha creado un hogar y ese hogar resulta sordado y mezquino, tiene necesariamente que sentirse oprimido en él, y sale a la calle, en busca de distracción para su vista y de comodidad para su cuerpo. El sucio diván del café, con los espejos desvaldidos y los mármoles resquebrajados, es más hospitalario que su casa.

Claro está que las esposas de esos hombres dirán: "¡Pero si no hay dinero para comprar muebles mejores!" Cómo si la belleza, el encanto íntimo de un hogar residiera en el lujo. Por el contrario, nada demasiado lujoso es bastante íntimo.

Lo que hace amable una casa son los detalles. Primero que nada limpieza. Unos ladrillos relucientes y una mesa de pino bruñida a fuerza de arena, agua y cepillo, refrescan el alma. Por eso en un hogar, por humilde que sea, puede haber encanto y agrado.

Después, con bien poco esfuerzo económico, barnices, esmaltes de colores y percales floreados para embellecer la humildad del ajar.

Y, hé aquí como puede ser grata, atrayente y hasta artística, una casa humilde.

No se trata, repito, de hacer pasar las esteras por tapices persicos, ni el pino por limoncillo. El "quiero y no puedo" es algo ridículo que provoca más que lástima, risa.

Pero vamos a la demostración

práctica. En una alcoba cuyo moblaje consista en una cama de madera barnizada o pintada, de barrotes, no de tablero, una cómoda mejor que un armario, dos sillas, una butaca, un espejo sobre la cómoda y una o dos mesitas auxiliares, no mesas de noche, no cabe mayor sobriedad ni sencillez ni modestia. Y, no obstante, si esos pocos y humildes muebles, brillan de limpios y "están sanos", si la colcha de piqué o cretona es de un tono alegre, si en la ventana, de cristales impecables tamizan la luz unas cortinitas de percal o batista, si sobre la cómoda hay un paño graciosamente hecho y unas cuantas chucherías, si en las paredes pintadas o encaladas cuelgan unos pocos cuadros, y si al lado de la cama, la luz artificial se ofrece suavizada por una pantalla de papel rizado, esta alcoba es un amable rincón al que no desdeñarán acudir las hadas buenas de la ilusión.

Un simpático saloncito que al mismo tiempo puede hacer veces de comedor, no es menos fácil de alhajar. Al sofá se le hace una funda de tela lavable, para siempre, después de cada jabonadura, parezca nuevo. Uno o varios sillones de mimbre que en verano son encantadores, se hacen útiles para los tiempos fríos con dos almohadones rellenos de lana, grueso y mullido el del asiento, más delgado el que se ata al respaldo. La mesa, que debe servir igualmente para escribir, dibujar, leer, coser y comer, puede ser de alas que pueden plegarse para que no estorben, cuando no se necesita todo su tamaño. Una estantería lisa en la que se alineen algunos libros, otra cubierta con unas cortinillas ligeras, que oculten los utensilios para comer, una mesita volante, varias luces fácilmente manejables, unos cuantos cacharros, plantas y flores, una o dos alfombritas y todo muy limpio, muy bruñido, y también aquí transcurrirán rápidas y alegres las horas, estudiando, trabajando, charlando, o soñando.

Nada más grato para la mujer consciente de sus deberes que sabe lo eficaz que es la "llama" del hogar, que dedica sus esfuerzos a procurar retener a su alrededor a los suyos. Con sólo esto logrado, ya hay para que aguce el ingenio y se apresure a buscar la mayor atracción dentro del hogar, de ese hogar que ha sido menospreciado tanto en tiempos pasados, pero que ahora, al convencerse las gentes de la nadería de muchas cosas que creyeron fundamentales, vuelve a ser amado.

Sara INSUA

dos como otros. Sin embargo, la moda prescribe determinadas formas y duración de los lutos.

En la Edad Media los lutos consistían en la manera de llevar los trajes más que en el color. Los reyes lo llevaban violeta y las reinas blanco. Ana de Bretaña fué la primera en llevar el luto negro.

Más tarde se llevó tan adelante el rigor, que no se llevaba solo el luto en los vestidos, sino también en los enseres de la casa, en los coches, etc. Los cubiertos se usaban en la mesa con mangos negros. Se llegó a revestir las paredes con tapicerías negras y recibir con las habitaciones a oscuras.

Poco a poco ese rigor ha ido cediendo: los lutos se guardan como un respeto a la costumbre solamente, aunque hay casos de sentimiento verdadero en que una persona lo conserva toda la vida.

Los lutos rigurosos son los de los padres, esposos, suegros, abuelos, hijos mayores, yernos, nueras y hermanos. Los lutos simples son de tíos, primos y padrinos. Por los niños pequeños y los amigos no se lleva luto, aunque sean muy queridos.

La duración del luto depende de las costumbres de la localidad; en los lugares y provincias suele prolongarse más que en las grandes capitales.

En estas últimas, la duración es, generalmente, la siguiente:

Viudo, un año luto y tres meses medio luto.

Padres, un año luto y tres meses medio luto.

Suegros, nueve meses luto y dos meses medio luto.

Hermanos y cuñados, seis meses luto y un mes medio luto.

Tíos, tres meses luto y un mes medio luto.

Primos, un mes luto y un mes medio luto.

Durante las seis primeras semanas de un luto riguroso, las señoras llevarán traje de cachemir negro con alto biés de crespón, sombrero de crespón y velo a la cara. Después este último se sustituye por el gran velo flotante a la espalda, y en los últimos meses sólo velo de tul. Los guantes son de Suecia negros, los zapatos mate, los pañuelos con jaretón y cifra negros, y las sombrillas, paraguas, manguitos, portamonedas y tarjeteros negros.

El medio luto se lleva en lani-lla o seda, según la estación: los colores son gris, violeta, blanco y negro, malva, pensamiento, heliotropo y lila. Se admite ya el sombrero con plumas, pájaros y flores. Los diamantes y las perlas se permiten en las orejas desde las seis semanas del luto.

Una señora elegante suprimirá las libreas de los criados mientras dure el luto, adoptando para ellos trajes negros.

Los niños de menos de cuatro años no llevan más luto que el de sus padres, blanco y negro o blanco y gris.

C. DE B.

(Continuación).

¿Por qué es usted modisto cuando estudió para pintor? La mejor manera de contestar a esta pregunta es relatando la historia de mi padre.

Hela aquí:

Carlos Federico Worth nació en Bourne, Inglaterra, a fines del año 1825. Era hijo de un abogado, y su madre pertenecía a una antigua y aristocrática familia inglesa. El juego arruinó a mi abuelo y dejó a su mujer y a sus tres hijos en la mayor miseria. El mayor que se hizo abogado antes del desastre pecuniario, la hija que murió y quedó Carlos Federico, a los once años, sólo para sostener la familia.

Su madre tuvo que abdicar su orgullo de noble dama y colocó al muchacho de aprender en una imprenta, pero al año, con lágrimas en los ojos, dijo a mi abuela: "Mamá, yo no puedo seguir en la imprenta. Odio el oficio. Sácame de ahí o me muero. Déjame que me vaya a Londres".

Gracias a unos amigos, se le procuró una colaboración en una tienda de paños, cedas, etc., en donde se condujo tan bien que a los trece años era cajero de almacén.

Los ratos que su empleo le dejaban libres los pasaba en los museos estudiando los trajes femeninos de las diferentes épocas que le fascinaban.

Uno de ellos, el de la reina Isabel de Inglaterra, de terciopelo salpicado de ojos y orejas bordados, llamaba particularmente su atención. A pesar de sus pocos años comprendió su simbolismo: Todo lo oigo, todo lo veo.

Estuvo empleado en varias casas de Londres, y queriendo volar más alto, con un puñado de francos se trasladó a París, cuando aun no había cumplido los veinte años. Al llegar a la gran ciudad todo su capital se reducía a ciento diez y siete francos.

Pronto, sin embargo, se empleó en una tienda de telas, una de las buenas firmas de París, que se hizo célebre, porque la hija de la propietaria se casó con un aristócrata francés, lo que fué la comidilla de todo París.

El "Magazin de la mesalliance", se hizo célebre y allí mi padre trabajaba trece horas diarias, barriendo primero el establecimiento y vendiendo telas el resto del tiempo.

Después pasó a la famosa casa

La vida de un famoso modisto

J. P. Worth nos cuenta la historia de su padre

de Gagelin, la primera casa donde manejó chales de Cachemira y vestidos hechos, establecimientos donde mi padre empezó a revolucionar la moda femenina.

En aquella época, 1850, la moda estaba estereotipada; colores lisos, hechura casera y vestidos que se llevaban cinco años.

Las ganancias de los modistos eran muy pequeñas y como no había originalidad de dibujos, la competencia se reducía solamente al precio de la hechura. La exportación era nula o casi nula.

El vestir a la humanidad no era en aquella época un arte no había iniciativas.

El primer paso en el cambio de la modistería fué dado por Madame Rodger, que no hacía vestidos sino que vendía los materiales, con lo cual las ganancias aumentaban, pero continuó con los mismos modelos, del cuerpo liso y ajustado y la amplia y voluminosa falda que venía llevándose desde hacía años. En esa época, estando mi padre empleado en casa de Gagelin, se enamoró de la que había de ser mi madre y entonces "demoiselle de Magazin".

La palabra maniquí, que ahora se emplea, les hubiese molestado, pero el trabajo que hacían era idénticos. Mi madre con su sonrisa, su belleza y gracia naturales, cumplía muy bien su cometido.

De maniquí la conoció, la hacía ponerse cincuenta chales para que la viese la compradora y por último exclamaba: "Tengo uno excelente pero no sé si quiera usted gastar tanto". Sacaba un chal corriente, se lo colocaba al maniquí y venían las exclamaciones. "Sí, señor; esto, esto es precisamente lo que yo quería. ¿Por qué no me lo ha enseñado antes?"

Este truco lo empleaba mi padre con gran frecuencia.

Se asoció a la firma Gagelin, y comprendió que la "demoiselle de Magazin", que llevaba los chales con tanta elegancia y sonreía tan encantadoramente, debía ser su mujer, y cuando lo fué, la encontró tan adorable que no encontraba trastos suficientemente para ella.

Empezó por dibujar modelos especiales para su esbelto cuerpo y sombreros y cofias que adornasen su gentil rostro.

Cuando la gente la veía paseándose por el establecimiento todo eran alabanzas y preguntas. ¿En

dónde le han hecho ese vestido tan precioso? Voy a mandarme hacer uno igual en seguida.

Así, pues, los primeros modelos que dibujó Worth, los inspiró el amor

Con estos éxitos, se instaló en el almacén un magnífico departamento de modistería y vestidos hechos. Mi padre hacía los modelos, de acuerdo con las telas que tenían para la venta.

Una de sus primeras modificaciones en la moda femenina fué el dibujo de las mangas que iban mejor con la silueta y dejaban más libertad de movimientos al brazo, y encargó a las fábricas de Lyon telas que ya no fuesen el indispensable cachemira.

El departamento que dirigía mi padre ya se parecía a los modernos establecimientos de modas.

Ya se trabajaba en seda, gasa, terciopelo, lana; se empleaba la pasamanería, cuya variedad mi padre se encargaba de enriquecer, y consiguió dar a los vestidos una elegancia como hasta entonces no había tenido el indumento femenino.

Mi madre y altas señoras a quienes vestía, le hacían la propaganda en los círculos elegantes y en la calle, y pronto los modelos Worth adquirieron gran popularidad. En esto de echar al mundo nuevas modas, mi madre era el socio indispensable.

Los únicos disgustos que tuvieron mis padres en su feliz vida de casados eran causados por la resistencia que algunas veces manifestaba mi madre en ponerse ciertos nuevos modelos.

Le gustaban las modas, pero no quería ser la que las intrudujese.

La emperatriz Eugenia, a quien mi padre vistió hasta en su destierro, presentaba la misma resistencia que mi padre, y sostuvo con mi padre muchas amables batallas, en las que generalmente salía victorioso el modisto, convenciendo a la bellísima soberana.

A principios del verano de 1856 estos pequeños disgustos cesaron. El médico que había estado tratando a mi madre, un principio de anemia, la hizo que abandonase París so pena de no recuperar la salud. Obedeció y se fué a Dieppe, en donde yo nací el 25 de julio de aquel mismo año.

Año y medio después se asociaba con un joven sueco llamado Dobergh, en la calle de la Paix, en

tonces solitaria y sin un solo establecimiento, pero pronto otros modistos empezaron a instalarse allí mismo, y la calle adquirió la importancia que hoy tiene, sobre todo cuando se edificó la Opera, entonces sin construir aún.

El éxito de mi padre multiplicó el número de modistos. En 1850 había 158 establecimientos dedicados a vestidos de señoras y modas; en 1898 había subido el número a 1932 y hoy... no se pueden contar.

Establecido mi padre por su cuenta se ocupó en crear nuevos materiales de confección.

Por aquellos años era costumbre que las mujeres casadas llevasen una cofia, y hubiera sido considerado indocoroso, que una señora se tocara como una soltera. Estas capotas se llevaban en el interior de las casas y hasta en los salones de baile. Mi madre siguió la moda, pero mi padre que odiaba tal costumbre, la hizo que la abandonase, creando una nueva moda de sombreros.

Todos los materiales y adornos que se fecunda inspiración inventó, eran de manufactura francesa.

La industria de la pasamanería debe mucho a mi padre. El fué quien impulsó los pasamanes durante muchos años.

Para obtener éxito convenció a algunas elegantes a que empleasen sus antiguos encajes, e hizo tan lindos modelos que la moda se aceptó con entusiasmo y la fabricación de imitaciones aumentó y mejoró considerablemente hasta llegar a la perfección.

La restauración del Imperio a fines de 1852, trajo consigo muchas recepciones y bailes oficiales, en los que se exigía a las señoras elegantísimas "toilettes" con lo que la modistería alcanzó grandísimo auge.

Los pedidos a provincias y al extranjero llovían, y la fama de mi padre se hizo mundial. Ser vestido por Worth era el colmo de la elegancia y París se hizo el centro de la moda femenina en el que reinaba mi padre.

En 1859 mi padre recibió el espaldazo de caballero del éxito, con la protección de la corte de Francia, y en 1860 yo ví, por primera vez, a una de las más famosas bellezas del mundo, vestida con un traje dibujado y confeccionado por mi padre, a Eugenia de Montijo Emperatriz de Francia.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

V. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 3.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 6.00
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Año. . . 11.00
N.º suelto. . . 20 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.
N.º atrasado. 10 "	N.º atrasado. 50 "	N.º atrasado. 50 "

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. cada tomo	\$ 12.--	8.70
" " " chico. " "	8.--	3.--
" " " grande. " "	9.--	2.--
" " " chico. " "	6.--	1.50

Conocimientos útiles :

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Quando se oxidan los objetos niquelados pueden limpiarse engrasando la superficie enmohecida y frotándola algunos días después con un trapo empapado en amoníaco. Si quedasen todavía algunas manchas, se puede poner sobre ellas un poco de ácido clorhídrico, pero con mucha precaución y secándolo en seguida. Inmediatamente se lava con un agua clara, se vuelve a secar y se pulimenta con tripoli muy fino.

Para limpiar rápidamente una esponja se echa en una taza el zumo de un limón grande y se añade una cucharada de las de sopa, de agua fría. Entonces se echa la esponja para que embeba la mezcla y se escurre y se deja embeber sucesivamente durante un par de minutos. Luego se lava con agua clara.

Las manchas de grasa que tanto afean el mármol, se hacen desaparecer lavándolas con un líquido formado por la disolución de 50 a 60 gramos de cloruro de cal en un litro de agua. Se aplica esta solución con un paño suave, dejándolo luego secar bien, esperando para ello una hora u hora y media. Después se acaba de lavar con una esponja empapada en agua clara.

Sucede con frecuencia que la parte del mármol que ha sido tratada en esta forma pierde el brillo. Para devolvérselo, frótese con piedra pómez, y después, si fuera necesario, con tripoli muy fino y, por último, con blanco de España.

En vez de cloruro de cal puede emplearse sosa cáustica o crémor tártaro.

En las jaulas de los canarios debe ponerse una bolsita con azufre, porque este producto mata los insectos, y conserva la salud del pájaro.

El salvado común es muy eficaz para limpiar las manos.

Se humedece una pequeña cantidad con agua caliente en la palma de una mano, y se friccionan bien ambas. Luego se lavan con agua templada hasta que queden perfectamente limpias.

La harina de avena y el zumo de limón son también muy buenos para limpiar y blanquear las manos.

Las manchas de tinta se quitan rápidamente con un poco de tomate.

Pátina amarilla del cobre. — Extiéndase con una brocha sobre el cobre y déjese secar espontáneamente, la siguiente mezcla: 250 gramos de ácido acético diluido (al 30 por 100 próximamente), 2½ gramos de ácido oxálico y 5 gramos de sal de amoníaco.

Pasta para pulimentar el aluminio. — Se compone de seis partes de blanco de España, una de tierra de batán y otra de ácido esteárico.

Para que los cristales de las ventanas se conserven transparentes, hay que frotarlos bien la cara que

da al interior del aposento con una muñequilla de trapo empapada en glicerina. Luego con una rodilla limpia y seca se les pulimenta hasta que no se vea la glicerina, sin quitarla por completo, y una vez seco el cristal por el calor de la habitación se pondrá muy brillante y no se condensará en él la humedad.

El procedimiento ahorra trabajo, porque no hay que limpiar los cristales tan a menudo.

Contra el olor de caucho. — El olor peculiar de los objetos de caucho desagrada a muchas personas; para que desaparezca, se cubren las dos caras del objeto con una capa

davía esté húmedo friccionarlo con una franela mojada en aceite de Kerosina, repitiendo la operación antes de que se haya secado del todo la primera mano de Kerosina.

Así preparado, se deja el calzado en un aposento lo más templado posible, donde se secará gradualmente.

Antes de ponérselo hay que administrarle otra fricción de Kerosina y aplicar el betún que se acostumbra a usar.

Para nalizar el vino en casa no se necesita más que un frascuito de amoníaco y un papel secante blanco y grueso. Del vino que se trate de examinar se deja caer una

guna materia colorante, el círculo exterior permanece blanco; si presenta algún color, es que lo han coloreado artificialmente. El círculo interior debe quedar de color verde botella, más o menos intenso.

El papel de filtro que se vende en el comercio, suele tener el defecto de ser muy poco resistente. Para darle más fuerza, se remoja bien en ácido nítrico, y se lava después con varias aguas. Con esto, el papel adquiere una consistencia parecida a la del pergamino, sin perder por eso sus propiedades filtrantes. Tiene además la ventaja de que se puede lavar y hasta frotar con un cepillo dentro del agua, lo mismo que si se tratase de una tela.

Como se dora el vidrio o cristal. El mejor procedimiento es reducir sobre esas materias nueve volúmenes de una disolución alcalina de cloruro aurico-sódico, por medio de otro volumen de cierta mezcla de alcohol y éter.

También se puede obtener resultado análogo, sumergiendo el objeto en un baño compuesto de los siguientes ingredientes:

Solución de cloruro áurico 4 vol.
" alcalina (sosa pura
6 por ciento de agua
destilada 1 vol.

Líquido reductor 1/32 vol.

La trementina tiene muchas aplicaciones caseras útiles.

En primer lugar, calma el dolor de las quemaduras en el acto. Aplicada a las ampollas de las manos, cauteriza la epidermis y evita que se formen llagas. Es también gran preventivo contra la polilla. Con rociar el fondo de los cajones y baules puede tenerse la seguridad de que el pernicioso insecto no atacará a las ropas durante el verano, porque dicho producto conserva el olor mucho tiempo sin causar ningún daño a los muebles ni a los tejidos.

Para que las palmeras colocadas en el interior de las habitaciones conserven su lozanza, conviene lavar las hojas una vez por semana con una esponja empapada en agua tibia adicionada con una pequeña cantidad de leche. Deben luego dejarse los tiestos por espacio de dos horas, sumergidos en agua suavemente templada. Por este procedimiento, no sólo se mantienen lozanas las plantas sino que también duran mucho tiempo.

ROMANTICA

Ya sé que todo es falso, que el amor es lujuria;
que cada beso encierra un mundo de dolor.
Ya sé que la mujer cuando nos jura, injuria
a la Verdad, si jura lo eterno de su amor...

Ya sé que está vacía la bóveda estrellada
Del Dios que veneraba otrora en mi niñez...
Ya sé que la materia perdura transformada:
que lo que muere, muere para nacer después...

Ya sé que todo es falso, mezquino, despreciable...
Ya sé que son mentira los besos que me das...
Ya sé que tú me engañas... empero, irrazonable,
aún pido que me beses, un beso y otro más.

Que llenes hasta el borde la copa de ese vino
que ciega los sentidos y atonta el corazón
...Mentira son tus besos... ¡Qué importa si el destino
me manda que comulgue tan sólo con tu amor...!

¡Qué importa la falacia de tus labios sensuales
al que miró vacía la copa de su fe...!
Yo soy un hombre triste, no tengo ya ideales,
Ya sé que todo es falso... ¡Mas, bésame, mujer!

Rodolfo BAGUES

muy delgada de negro animal, y en esta forma se mantiene durante tres o cuatro horas a una temperatura de 55° próximamente.

Las manchas de tinta en las sillitas de cuero se quitan lavándolas repetidas veces con leche, hasta que desaparezcan. Entonces se aclaran con agua muy caliente, y una vez seco el cuero se le saca brillo, pulimentándolo con aceite de linaza frito y vinagre, mezclados con cantidades iguales.

Estas manchas deben quitarse en seguida, porque cuanto más frescas son más pronto desaparecen y hay que repetir menos veces la operación del lavado con leche.

Para que el calzado no se ponga duro y quebradizo cuando se ha mojado, lo primero que hay que hacer al quitárselo es frotarlo bien con un paño suave y cuando to-

gota en el papel secante, y éste se coloca bien extendido en la boca destapada del frasco, cuidando que la mancha caiga precisamente encima.

Cuanto más alcohólico sea el vino más estrecho será el círculo que se forme en torno de la mancha roja, debido a que el papel obrando como un filtro, lleva por capilaridad al círculo blanco toda la materia fluida del vino, y deja en el círculo interior toda la parte sólida compuesta de extracto seco, tanino, materias colorantes, etc.

Por lo que se refiere a las materias sólidas, no hay más que fijarse en el papel y se observará que el círculo interior de la mancha se ha puesto verde. Mírese al trasluz, y cuando más cargado esté el vino de extracto seco, mayor será el depósito que habrá dejado sobre el papel.

Cuando el vino no contiene nin-



"La boda de don Juan", novela por Carlos M. Noel.

La aparición de esta novela que dentro de breves días la "Editorial Espasa-Calpe" lanzará a la circulación en toda España y América, será saludada en ambos continentes, como una revelación del más alto interés literario. Sabemos el valor de las palabras, somos enemigos de las hipérboles, pero sin embargo no vacilamos en afirmar rotundamente que la aparición de este libro constituirá un verdadero acontecimiento intelectual.

Nos apoyamos para hacer tales vaticinios en dos hechos incuestionables: en primer término, la significación del autor; y luego la importancia intrínseca de esta obra, primicia perfecta y madura de una gran pluma novelesca, hasta ayer desconocida como tal.

Conocióse bien la gran distinción espiritual que posee Don Carlos M. Noel; sabíase de su gusto refinado por las bellas obras de arte; algunos íntimos no ignoraban su latente vocación literaria; pero las actividades políticas y diplomáticas que hasta ahora ocuparon a este prócer argentino, habían impedido que su personalidad artística se exteriorizase en una obra literaria.

Júzguese, pues, dados estos antecedentes y el relieve de su autor, la curiosidad y expectación con que ha de ser acogida esta obra. Con ella don Carlos M. Noel ha de quedar incorporado a los más ilustres valores de la literatura hispanoamericana. Así, sin duda, se apresurarán a reconocerlo unánimemente la crítica y el público.

"LA BODA DE DON JUAN" es una novela admirable y amenísima. Une al interés apasionante del asunto una gran perfección de estilo. La fábula novelesca está forjada sobre un hecho real del más extraño carácter que el autor acertó a encontrar revolviendo rancios papeles y viejos archivos americanos. La acción se desenvuelve teniendo por marco la sociedad chilena Setecentista; hecho que da motivo para que la pluma del novelista trace en cuadros deslumbrantes una plástica reconstrucción de psicologías; personas y ambientes coloniales.

Esbozar el asunto de "LA BODA DE DON JUAN" sería desflorar el encanto que ha de hechizar al lector; sería amenguar el interés dramático y la hondura psicológica que ofrecen estas páginas. Permítasenos solamente indicar que la figura del protagonista posee una grandeza moral extraordinaria; que el caso de conciencia planteado en su espíritu — la lucha entre los imperativos sensuales y la moral religiosa — ofrece un interés nuevo y sorprendente; y que, sin embargo empero lo escabroso del tema, en ningún momento puede encontrarse nada ofensivo al buen gusto. El novelista ha acertado a allanar las dificultades de exposición que tal asunto comportaba con gran discreción y elegancia.

Un estilo del más noble abolego español, donde abundan rasgos y descripciones felicísimas, contribuye a aumentar el valor de esta novela tan española como americana, y que honra a ambas literaturas.

"LA BODA DE DON JUAN" ostenta un valioso prólogo que para

PAPEL Y TINTA

esta novela ha escrito especialmente el ilustre Don Ramón Pérez de Ayala; prólogo tan admirable como todo lo que brota de la pluma de dicho autor y en cuyas páginas se pondera, mejor que pudiéramos nosotros hacerlo, el arte novelesco del Sr. Noel.

"Emociones", por Edeline Soto y Calvo. — J. Samet, librero editor. — Buenos Aires. — 1927.

Publicar un libro de versos a los 84 años, es, sin duda, una profesión de fe incontrastable. De fe en la

ción las confesiones de su alma, que vive en continuo éxtasis de amor. Un amor quizá menos apasionado que el de Santa Teresa, pero hondo y conmovedor hasta las lágrimas.

Sin embargo, la emoción sola no llega a ser poesía. Es menester la arquitectura sobria del verso para que su voz quede, como un hálito divino, perdurando en el tiempo. Edeline Soto y Calvo posee, también, el secreto de la forma. Su verso no ha recibido, es verdad, el efluvio vivificante del modernismo. Ha querido cantar como los poetas de su generación, con los que mantuvo siempre cordialísima amistad: Obligado, Martinto, Gui-

movedores del prólogo, ya su hermano le hace decir:

...vivió sin desengaños
todo este mundo de años mí
(viejo corazón).

¡Una vida tan larga sin conocer el desaliento! He aquí lo admirable

E G

"Mangangá", por B. González Arrili. — Buenos Aires.

De los escritores que honran nuestra tradición dándonos el fruto de sus horas vividas en el ambiente campero, González Arrili, es uno de los más sinceros, puesto que para reflejar sus narraciones no recurre a argumentos falsos ni gastados, ni nos endilga temas archiconocidos. Su vida en el campo, su estada en el Norte, su trato continuo con los hombres rústicos, es lo que ofrece a su pluma de excelente escritor, el colorido y la firmeza campesina que pone como parte técnica, en sus obras.

Ya en su novela última "Los charcos rojos", dijimos de la originalidad desarrollada en tal libro, de cuyo motivo no se conocía uno igual, ahora con esta serie de cuentos que titula "Mangangá", viene el escritor a ofrecernos asuntos del vivir, trozos de escenas que muchos hemos pasado u observado en la lucha diaria.

Ya estamos cansados de esas novelitas ligeras de salón, ficticias en sus argumentos, que no señalan ni anatematización al vicio ni marcan un rol definido, queremos que los escritores nos den cosas de un sabor nuestro, como Baroja lo hace de su país natal y francamente, por eso nos encanta la obra de Arrili, por que ha sabido conmover a los que amamos la tradición y nos sentimos ligados en alma, al alma de la tierra y la costumbre campera.

González Arrili en cada obra que da se supera, más cosas bellas nos regala, como si quisiera mantener viva la llama del recuerdo y la tradición.

"Mangangá", es tan bello como su última novela "Los Charcos rojos". En moldes distintos pone el color de su pluma observadora y todo su corazón, y nos lleva por cuadros de vida chispeantes de belleza y pasión.

El autor de "La venus calchaquí", obtiene un nuevo triunfo con estos cuentos, saturados de la esencia selvática, de la fiebre del hombre que trabaja la tierra, de la moza que ama ciegamente, pasión para como una flor, clara como un hilo de agua. Indudablemente que los libros así, que desde su cuento inicial nos seducen y nos llevan por diferentes lugares, y nos presentan distintos paisajes, son los que podríamos llamar los buenos libros, porque nos abren las puertas del corazón.

Con razón Jim Ferve, ha dicho, refiriéndose a "La venus calchaquí" "He aquí una de las novelas más interesantes que, de autor americano, haya leído en muchos años. Y nosotros hacemos nuestra la opinión del crítico Uruguayo, con respecto a "Mangangá".

F. B. V.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades
internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

DE 2 A 4 1/2

PARAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club

RIVERA 1278

Consultas: de 3 a 5 p. m.
U. T. Chacarita 2612

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebillau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

poesía, que ha sido como la estrella señera en el larguísimo viaje, y de fe en sí mismo. Y si ocurre además, como en el caso de "Emociones", que la tal poesía esté henchida de juvenil ternura, de lirismo, de ensueño, habrá que reconocer la existencia de un temperamento poético de sólido arraigue.

Doña Edeline Soto y Calvo, que hace veinte años publicara, a instancias de su hermano, el venerable escritor Don Francisco de Soto y Calvo, su primer libro, "Afectos", (Edición Garnier, París), ha reunido hoy, a requerimiento de la misma voz fraternal, una segunda colección de versos bajo el título de "Emociones". Esos son, en realidad, estos poemas llenos de amor: emociones purísimas. Hemos dicho amor. El se respira en todas las páginas del libro. Amor a los hermanos. Amor a la vida Amor a Dios. Edeline Soto y Calvo escribe con mística un-

do y Spano, Andrade, Rivarola... Para juzgar imparcialmente su obra, hay que olvidar, por un momento, la fiesta fantástica de la poesía moderna, y volver los ojos a la lírica anterior a Darío. Los versos de Edeline Soto y Calvo tendrán, así, un significado más profundo, y quedará su endecasílabo, sonoro y firme, sonando deliciosamente en nuestros oídos. Comparable, por la penetración psicológica de su obra y por lo perfecto de su técnica, a los poetas arriba citados, sólo una figura femenina hubo en América capaz de igualarsele: Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Bien venido el nuevo desfile de "Emociones" tan grato en esta época de tanto afecto superficial, y llegue hasta el retiro de la noble anciana, si no el aplauso vocinglero de la muchedumbre — siempre ajeno a la verdadera poesía — la comprensión cariñosa de muchos corazones afines. En los versos con-

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

POROSIDAD Y PERMEABILIDAD DE LOS CUERPOS

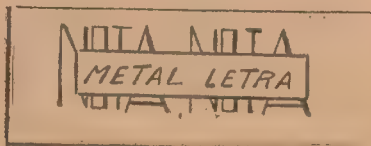
Tómense dos vasos de la misma capacidad; échese en uno de ellos agua casi hirviendo hasta la mitad o menos y cúbrase con un papel fuerte, colocando encima el segundo vaso inverso, de modo que se correspondan los bordes, en la forma que indica la figura. No se olvide enjugar este segundo vaso de modo que quede bien seco y transparente. Esperemos algunos momentos y el va-



por de agua que se eleva de la superficie del líquido contenido en el vaso inferior comenzará a traspasar el papel, cuya porosidad y permeabilidad quedarán muy luego puestas en evidencia. Poco a poco va a llenar la cavidad superior formada por el vaso inverso y no tardará en humedecer sus paredes con un baño que se resolverá en gotas de agua. La madera, un tejido de lana, etc., podrán ensayarse sucesivamente y darán el mismo resultado. Pero hay sustancias impermeables que no se dejan atravesar, como por ejemplo la gutapercha vulcanizada de que se hacen los gabanes o sacos preservadores de la lluvia.

Este experimento nos explica perfectamente por qué es tan penetrante la niebla, la cual traspasa el paño de nuestros vestidos y se pone en contacto con nuestra piel. Un sobretodo de gutapercha nos preservará de su acción.

No. 36 — JEROGLIFICO
(POR J. FERNANDEZ)



No. 37 — COMPRIMIDO

PA SO

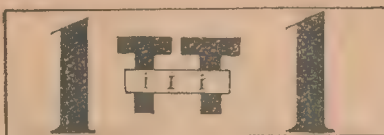
No. 38 — CHARADA

Tengo un todo dos tercera;
un prima terciá muy grande
y una segunda primera.

No. 39 — COMPRIMIDO

MEDIO MONO
MES SA
Buenos Aires

No. 40 — JEROGLIFICO
(POR J. FERNANDEZ)



No. 41 — CHARADA

En el chalet estando cierto día que un banquero en el Tigre ha (edificado, así decía un joven invitado a una muchacha que a su lado (había: —Perdona la "dos" "cuarta", (amada mía. —"Tercera cuarta"; que eres endiablado. —Me "prima" "cuatro" tu mi (rar, airado. "¡Prima dos!" —"¡Prima dos?" ¡Qué (tontería! —Como "cuarta segunda" los vergeles el furioso huracán y "prima (cuarta" no queda sin que lance al turbio (lodo, tu despego me asusta. De las mie (les de tus labios mi vista no se apar (ta? ¿Eres de mármol, di, o eres de "todo"?

No. 42 — CON LAS LETRAS DE ESTA TARJETA COMPOSER UN REFRAN

(POR J. FERNANDEZ)

Caralampio
M. Benautela

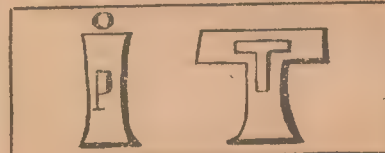
No. 43 — CHARADA

Aunque primera-dos-tres,
no arregla la todo, Andrés.

No. 44 — COMPRIMIDO

SA PO

No. 45 — JEROGLIFICO
(POR J. FERNANDEZ)



No. 46 — CHARADA

Cuando por tu beldad, niña,
(yo, todo triste a tu cuarta quinta lle-
(gar puedo, primera, dos y tres sincera-
(mente prometo y juro en tan feliz
(momento. Tú que pareces del amor la
(diosa que dos y tres amó con tanto
(anhelo, si dices no poderme una se-
(gunda iré a tirarme el dos y allí pe-
(rezco.

SOLUCIONES DEL NUMERO
ANTERIOR

- No. 23 — Aureola.
- No. 24 — Aceite.
- No. 25 — Mariano.
- No. 26 — Principiante.
- No. 27 — Quien mal anda, mal acaba.
- No. 28 — Majadero.
- No. 29 — Paréntesis.
- N. 30 — Relamido.
- No. 31 — Aparecidos — Bienaventurados — Centenario.
- No. 32 — Fracaso.
- No. 33 — Recipiente.
- No. 34 — Margarita.

Pensamientos

La vanidad y el egoísmo son siempre malos compañeros de la vida y perjudican, especialmente, a los jóvenes. — Smiles.

El carácter es el bien más precioso; ennoblece toda pasión, enaltece toda condición. Debiera ser la fe de bautismo de toda persona culta. — C. Cantú.

Con los que debes conversar es con aquellos que te pueden hacer mejor. — Séneca.

En los negocios públicos, como en las relaciones privadas, es necesario colocar el deber por encima de todas las consideraciones. — Polibio.

Cuanto más se eleva un hombre, más pequeño parece a los que no saben volar. — F. Nietzsche.

Los grandes consoladores de la humanidad, los que nos dan el bálsamo de las dulzuras inagotables, son los grandes solitarios; son los que se retiran al desierto a oír levantarse en sus corazones el plañido desgarrador de los pobres rebaños humanos perdidos sin pastor ni perro en los desolados yermos de la vida. — Miguel de Unamuno.

A los hombres, las más de las veces, es necesario hacerles el bien por fuerza. — Manzoni.

Las cosas verdaderamente grandes no son obra de un hombre sino de un pueblo. Las pirámides de Egipto son anónimas: las tres jornadas de julio también los son. — Víctor Hugo.

La anarquía conduce a la tiranía. — Tácito.

Los jueces, como las montañas cuando el sol declina, deben tener la luz arriba y la sombra abajo: sabiduría en la mente y frialdad en el corazón. — Adolfo León Gómez.

Prefiero tener que lamentarme de la muerte que avergonzarme de la victoria. — Quinto Curcio.

Algunas adquisiciones importantes que acaba de efectuar Max Glucksmann. — El programa cinematográfico que prepara la Casa Max Glucksmann para la próxima temporada será, indudablemente, uno de los más importantes que haya ofrecido esta prestigiosa alquiladora. Mencionaremos, por ahora los siguientes films adquiridos:

"The Blood Ship" (El barco sangriento). — Este film ha sido uno de los primeros exhibidos en el Roxny Theatre de Nueva York. Ello basta para poner de relieve la importancia de esta película, pues, es sabido que el Roxny Theatre ofrece solamente estrenos que estén en concordancia con su rango del teatro más grande del mundo.

Otro de los detalles de la importancia de este film es el reparto: Hobart Bosworth, Jacqueline Logan, Richard Arlen, Walter James, Fred Kohler, Sid Cosley, Blue Washington, Arthur Rankin, etc.

Es "El barco sangriento", uno de los dramas más intensos de la pantalla. Desde el principio al fin, la acción sigue una línea vigorosa, enérgica. El ambiente es de un gran colorido y el argumento se desarrolla en el puerto de San Francisco, en épocas pasadas, y en el mar.

La dirección de este film la desempeña un gran experto: George B. Seitz. "Blood Ship" es el primer film de una nueva serie de grandes producciones de la Columbia.

"La batalla de Fackland". — Es otra adquisición de verdadero mérito. "La batalla de las islas Fackland", o de las Malvinas, en la que la escuadra alemana del Conde Spee, fuera derrotada por la escuadra inglesa.

Fué éste uno de los episodios más resonantes de la pasada guerra, el que ha sido fielmente trasladado al cine, empleándose para ello negativos auténticos de aquel memorable encuentro. Será ésta una película de gran suceso.

"Lightning" (Relámpago). — Esta producción es de la Tiffany. Se trata de una de las producciones más destacadas de la temporada y oportunamente se darán detalles.

"Film del caballo Rex". — El célebre equino Rex ha sido aprovechado de tal manera en un nuevo film, que su estreno será una de las sensaciones de la temporada. Se adelanta que no se ha realizado hasta ahora una película con animales tan impresionante como ésta.

"Producción Chadwick". — También ha adquirido la casa Max Glucksmann toda la producción 1927-28 de la Chadwick, marca en cuyo elenco figuran artistas y directores de los más célebres, y que esta última temporada ha producido películas de gran importancia.

Un film de la vida militar norteamericana. — Metro-Goldwyn-Mayer terminó en el mes de agosto la filmación de una interesantísima película titulada "West Point", cuyo argumento gira alrededor de la vida de los cadetes de aquella academia militar de los Estados Unidos.

Intervienen los más prestigiosos actores y actrices de los estudios de la empresa en Culver City, quienes se trasladaron a los campos de instrucciones de West-Point para interpretar el ambiente con la mayor fidelidad; destacándose,

Notas cinematográficas

entre ellos, Joan Crawford, William Haines, Neil Neely y Ralph Emerson.

Haines desempeña el papel del héroe, secundado por Joan Crawford y Neil Neely caracteriza la figura cómica de un muchacho larguirucho y flaco de Tejas.

La dirección fué confiada a las manos expertas de Edward Sedgwick.

Los cosacos. — Una nueva película de Jhon Gilbert. — El argumento de esta película en que Jhon Gilbert tendrá la oportunidad de demostrar sus galas de consumado

"El perro de guerra". En los estudios de Metro-Goldwyn-Mayer se ha iniciado a fines de septiembre la filmación de una nueva película especial, titulada "El perro de guerra", cuyo argumento se basa en una interesante novela de amor que se desarrolló en la Europa Central a comienzos de la guerra. En dicha obra, el nuevo astro canino "Flash" aparecerá por primera vez en la pantalla, en un papel de importancia. Los principales papeles estarán en manos de Ralph Forbes y Marceline Day, y también Lucien Prival, ex-oficial del ejército austrohúngaro, y Bert Roach repre-

LA ALACENA

Caminando un Relator
Del Consejo de Ultramar,
Hizo noche en un lugar
En casa de un labrador.

En servicio del viajero
Iba un paje maragato,
Mozo de excelente olfato,
Y excelente majadero.

Cenaron en paz de Dios,
Trataron de madrugar,
Y hubieron de acostar
En una alcoba los dos.

Veíanse en los costados
De la estancia, frente a frente,
Iguales perfectamente,
Cuatro postigos cerrados.

El un par era un balcón;
El otro correspondía
A una alacena, en que había,
Seis quesos de Villalón.

Cogió el sueño tarde y mal
El relator, y durmiendo
Creyó sentir el estruendo
De un turbión descomunal.

Despertó, y al camarada
Le dijo: "Ved si el oriente

Clarea, y si da el ambiente
Olor de tierra mojada.

Saltó el paje de su lecho,
Y a tientas de mano y pie,
Por ir al balcón, se fué
A la alacena derecho.

Abrió, zampó la cabeza;
Y aunque miró y remiró,
Tan negro el boquete halló
Como el resto de la pieza.

Pero un olor en seguida
Percibió en aquel recinto,
Que le pareció distinto
Del de tierra humedecida.

Y levantando exprofeso
La voz el muy avestruz,
Dijo: "Ni lluvia, ni luz:
Está oscuro y huele a queso".

Así, ciega y tontamente,
Críticas hacen famosas
Los que no miran las cosas
Desde el punto conveniente.

Tacha de obscuro y condena
Tal concepto Santillana;
Y es que huye de la ventana,
Y se asoma a la alacena.

JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH

jinete, se basa en la célebre novela de León Tolstoy, y su adaptación a la pantalla, lejos de desmerecer la calidad de la obra primitiva, presta a la acción una animación y una fuerza dramática incomparable.

"Los cosacos" ocupará un lugar destacado entre las producciones que Metro-Goldwyn-Mayer ofrecerá en la temporada próxima.

La filmación de la película estará a cargo del director George Hill quien ha obtenido tan señalados éxitos con "La Barrera", "Tell it to the Marines", y "The Callahans and the Murphys".

VARIEDADES

"El jardín de Alá". Triunfa en Nueva York. — A juzgar por los bordereaux correspondientes al primer mes de la exhibición de la superproducción "El jardín de Alá", de Metro-Goldwyn-Mayer, esta película parece llamada a marcar un nuevo record de boletería en dicho teatro. Noche tras noche un crecido público se encuentra con el cartel "No quedan localidades".

sentarán a figuras de relieve. El argumento fué escrito especialmente para la primera presentación de "Flash", por Norman Houston.

Alberta Vaughn, la graciosa artista que con acierto singular desempeña papeles de telefonista, para los cuales parece tener una predilección especial, ha sido designada para ejecutar un rol en un film cuya acción se desarrolla en una época en que aún no se soñaba con el aparato con que diariamente tenemos que sostener tan tremendas luchas.

Alberta caracterizará a Nannette en la gran película de los tiempos de Luis XIV, cuyos papeles principales estarán a cargo de Ramón Novarro y Renée Adorée, y cuyo título definitivo aún no se ha fijado.

Ivan Linow, el conocido romano, desafiador de Zbysco, hará un intermezzo de su profesión ante la pantalla, apareciendo con Karl Dane y George N. Arthur en una de las escenas más hilarantes de la

película "Baby Mine", de Metro-Goldwyn-Mayer, interviniendo en una farsa de lucha romana en el "Colegio de Educación Vertebral".

Enlace Norma Shearer-Irving Thalberg. — El enlace de la popular y hermosa estrella Norma Shearer con el joven genial miembro del Directorio de Metro-Goldwyn-Mayer, Mr. Irving G. Thalberg, tuvo lugar el 29 de septiembre ppdo., a las 16, en la residencia del novio, "The Garden", en Beverly Hills. La ceremonia fué celebrada en la intimidad, asistiendo solamente los miembros de las dos familias y un reducido número de amigos. Actuaron como padrinos Mr. Douglas Shearer, hermano de la novia, y Mr. Louis B. Mayer, mientras Sylvia Thalberg, hermana del novio, ejercía las funciones de doncella de honor, juntamente con misses Edith e Irene Mayer, hijas de Louis B. Mayer, Marion Davies y Berenice Ferns de Montreal, amiga de infancia de miss Shearer. Los directores King Vidor y Jack Conway acompañaban al novio, y la ceremonia religiosa fué oficiada por el Dr. Edgar F. Magnin. Después de un breve refrigerio, los recién desposados emprendieron un viaje de bodas.

Ernest Torrence, quien actuaba con John Gilbert en "Twelve Miles Out", representará en el gran film "Los Cosacos" el papel de hetman de cosacos y padre de Gilbert. La película es adaptación de la célebre novela de León Tolstoy.

Cuando Polly Moran termine la filmación de su papel en la divertida comedia "Educando a Papá", actuará al lado de Greta Garbo, bajo la dirección de Victor Seastrom, en la grandiosa película "La Mujer Divina", juntamente con Lars Hanson y Lowell Sherman.

Marie Dressler, quien tantos aplausos cosechara en "The Callahans and the Murphys", así como en su nuevo papel de "Educando a papá", colaborará próximamente en una nueva producción de Marion Davies titulada "The Patsy", dirigida por King Vidor.

El famoso caballo de carrera "Vagabond King", que hizo su primera presentación ante la pantalla con Ramón Novarro en "Romance" volverá a actuar en la gran película "In Old Kentucky", con James Murray, Helene Costello y Vesley Barry.

Mary Pickford y Douglas Fairbanks, recientemente llegados a Los Angeles, han declarado que no se detendrán para hacer la película en la cual pensaban los dos tomar parte, si no que emprenderán viaje hacia las tierras milenarias de Asia.

El director Henry King que tiene a su cargo la producción de una película por cuenta de la empresa de Samuel Goldwyn, para "Artistas Unidos" aprovechó a todos los habitantes de la población de Barbara Worth, Estado de Nevada, para hacerlos aparecer en la obra "EL ALMA DEL DESIERTO". Los vecinos en número de 2.000 fueron transportados a "location" a una distancia de 70 millas.

POR LA CALLE VA LA VIDA

En el Nacional

Esta vez, el aplaudido autor de *Juancito de la ribera* no ha tomado sus personajes del mundo que para él es tan conocido y que le ha procurado muchos éxitos legítimos. "Por la calle va la vida" es un sainete melodramático, por llamarlo de algún modo, hecho a base de pasiones y escenas pertenecientes a otros teatros que ya lo explotaron en serio suficientemente, con carta de ciudadanía otorgada por un autor nacional.

Por muy buena voluntad que se tenga para Vaccarezza, y nosotros la tenemos, no puede menos que censurarse la reproducción en criollo del tipo que se enamora de una mujer de teatro y que en vista de que solo ha sido un juguete para ella, la mata aprovechando la representación de un drama. Esto lo hemos visto en español, con y sin música, en prosa y en verso y hasta en italiano, también en formas muy surtidas.

Después de todo, la culpa la tiene el muchacho por haberse forjado ilusiones con una primera actriz sin tener en cuenta el conocido cuplé:

El hombre que se enamora
de una mujer de teatro
es como el que tiene tos
y toma bicarbonato.

Pero la obra, que es graciosa hasta en lo dramático, hace reír al público, porque Vaccarezza conoce su arte y sabe crear siempre personajes de relleno que divierten con felices ocurrencias.

En total, una pieza que llena cumplidamente su huequecito en el cartel, que distraerá al público durante algunas noches y que pasará luego a la fosa común de yacen los restos mortales de tantas producciones nacionales que vivieron sin pena ni gloria y para las que todos tenemos después del estreno un discreto y piadoso olvido.

La compañía del Nacional interpretó como acostumbra, es decir, muy bien, logrando la simpatía del público todos ellos sin excepción, singularizándose Olinda Bozán, Isabed Figlioli, Jiménez y Cicarelli.

LA MUJER QUE A MI ME GUSTA

En el Apolo

Una comedia sencilla y amable ha sido estrenada por la compañía de los Ratti. Su autor, Julio C. Traversa, ha echado vino viejo en odres nuevos, pero ello no afecta al resultado de la obra por aquello de "nihil novum sub solem". Un padre y un hijo pugnan por el amor de una damita y después de las incidencias correspondientes triunfan la juventud del muchacho y la reflexión de su progenitor, quedando todos en perfecta armonía. Esto, que es poco, bien dialogado resulta suficiente. Así lo entendió el público del Apolo que no escatimó aplausos al autor.

La interpretación fue muy acertada César Ratti en el papel de mayor responsabilidad de la obra, se condujo en forma impecable. Su hermano Pepe le secundó en igual forma, así como Chela Cordero que supo dar a su papel gracia y simpatía.

Los demás componentes del elenco satisficieron ampliamente en sus papeles de menor importancia.

TEATROS

SOLO PARA SEÑORAS

En la Comedia

Las revistas teatrales suelen parecerse a las no teatrales, esto es, a las destinadas a los que saben leer, además de escuchar. Estas últimas incluyen numerosas páginas consagradas a los avisadores, que sólo interesan a los pichincheros. Las revistas teatrales constan de muchos cuadros en que actúan ejércitos de bataclanas perfectamente desvestidas, que si bien no hablan o si hablan lo hacen todas juntas, juegan el papel de los anuncios acreditando la excelencia plástica de la mercadería femenina. Mientras el público lector pocas veces se sobresalta por los avisos, el público de los teatros persigue con la mirada los "anuncios" bataclánicos sintiendo una ligera alteración de su equilibrio fisiológico. Y no es extraordinario el caso del tranquilo burgués que al terminar un espectáculo teatral, no se haya enterado sino de la arquitectura física de las artistas, no obstante lo cual bate palmas entusiastamente al caer la cortina sobre el último cuadro de la revista que se estrenó.

"Sólo para señoras (no apta para caballeros)", recientemente estrenada en la Comedia por el conjunto que dirigen los señores Pelay y Amadori, es una producción más del género, donde no abunda la novedad ni el ingenio, ya agotados después de tanta revista. Hay empero en algunos de sus cuadros cierta dosis de gracia que levanta por momentos el interés de los espectadores de vista corta, quienes se ven limitados a escuchar solamente, ya que su deficiencia visual les impide llenar la obligación de todo espectador de revistas. Gustaron sobre todo las alusiones a sucesos de actualidad, incluidas con un rasguño de ironía y gusto también (¿cuándo no?) el inevitable tango, cantado esta vez por Climent.

SEÑOR, ¿QUIEN ES USTED?

En el Cómico

Tito Insausti y Armando Mook, por una parte y el conjunto del Cómico, por otra, han realizado una especie de convenio para llegar hasta el público en procura de un éxito. Los autores, Mook especialmente, han bajado la prima y los actores se han revestido de seriedad, todos en busca de una zona neutra donde la comedia y el sainete puedan armonizarse en un gris indefinido. La tentativa ha sido lograda, pero no creemos que con ello se haya logrado más que ir a Roma por otro nuevo camino, pero al fin y al cabo no se ha hecho más que ir a Roma, a donde todos los caminos conducen. La elasticidad demostrada por comediógrafos y cómicos ha satisfecho al público, pero sin duda menos que un buen sainete o una bella comedia.

Si algo más que eso pretendieron Insausti y Mook, debemos prevenirlos de su equivocación. La pieza flojea por todas partes y solo a título precario puede aceptarse la originalidad del asunto, la fuerza emotiva de las situaciones y la espiritualidad del diálogo.

El conjunto que dirige Arata realizó un esfuerzo meritorio, logrado plenamente por Emma Bernal.

"TODO ES CUESTION

DE MUÑECA"

Estrenó la compañía de Muñío en el Buenos Aires esta pieza original de José Ignacio Robles, actor criollo que tiene hechas sus incursiones por la literatura escénica con bastante fortuna. Gira el argumento, por cierto nada nuevo, en torno de uno de tantos casos de ingratitud en los hombres. Un obrero noble y generoso abre las puertas de su hogar a un compañero levantisco, caudillo en movimientos huelguísticos que le han puesto en malas relaciones con los patrones. El noble gesto es recompensado con la peor acción: la infidelidad de la esposa, seducida por las malas artes del pseudo-socialista. Epílogo: el clásico, la expulsión de los culpables.

En los dos actos de este sainete, el autor presenta tipos discretamente dibujados, que se expresan en un lenguaje propio de los mismos y algunos de esos personajes, como el vasco, resultan interesantes y actúan en el desarrollo de la pieza paralelamente a la acción, sin dejar la impresión de haber sido puestos de relleno, como en la mayoría de los sainetes. Por lo demás, la pieza está bien construida, correctamente dialogada y no tiene otro defecto fundamental que el de hacer adivinar su final. Los intérpretes se desempeñaron con eficacia. El público aplaudió.

VIEJO Y NUEVO

Por la aversión que la generalidad de las empresas siente por los autores noveles, parecería que el teatro nacional contara con un núcleo compacto de autores consagrados cuya copiosa producción bastara para llenar con holgura las necesidades del cartel, en orden a las exigencias del público.

Pero no es así, sin embargo. Las temporadas se resienten casi siempre por falta de obras, por falta de obras buenas, queremos decir. Y es que la proliferación literaria de los proveedores habituales es decididamente inferior a las exigencias del público.

Por esto resulta simpática la actitud de una empresa que se inicia con un concurso de obras teatrales con el propósito de revelar al gran público algún talento inédito.

Tal es la compañía De la Vega-Bono-Perelli que actúa en el Smart, representando las piezas del concurso de la revista comedia.

En el número próximo nos ocuparemos del estreno de la primera de dichas obras titulada: "La Encrucijada".

LA MEMBRIVES

Con mucho éxito desarrolla su temporada de teatro grande en el Avenida, la compañía que encabeza esta notable actriz. La Membrives ofrece bellas obras y excelentes interpretaciones, dos cosas que pocas veces andan juntas en el teatro...

PIBERNAT EN EL MARCONI

Buena acogida dispensó el público al debut de la compañía organizada por el actor Joaquín Pibernat y que se propone realizar una temporada en el Marconi explotando vodeviles franceses vertidos al romance, en combinación con un espectáculo coreográfico. "Le coucher de le mariée", de Gandera, traducido por Escobar con el título de "La noche de bodas", gustó por sus diálogos espirituales que supieron los actores transmitir con buena voluntad al público y que éste recibió agradablemente. Mariucha Rando, la Lezica y Pibernat sobresalieron en sus partes. Los bailes de la troupe "Los pájaros alegres" fueron también aplaudidos mercedamente. Es un bonito cuadro de danzantes.

EL MAESTRO Y SU MADRINA

Es muy aplaudida en el Argentino la adaptación últimamente estrenada, con motivo de la "serata" de Parra. Pieza de mucha fuerza cómica y que se presta para que el popular bufo remueve sus ocurrencias siempre felices, "El maestro Trinidad y su madrina" ha de quedar en el cartel quizás hasta la clausura de la temporada, ya que estamos a fin de año y su majestad el Calor comienza a espantar público de las salas, con las consiguientes protestas de los empresarios que tratarían de crear una atmósfera artificial en los teatros, con tal de atraer gente.

GRAND SPLENDID

Una de las salas cinematográficas que funcionan con mejor público es sin duda ésta, que atrae en sus veladas la gente chic de la Capital. Es así que se viene manteniendo como una tradición entre las familias distinguidas la reunión social que determina cada función de este hermoso salón.

Para la semana se ha preparado un programa de todo punto excelente, en el que abundan los estrenos notables.

CAPITOL

No disminuye el público habituado de este bonito salón, de viejo prestigio entre los aficionados a los espectáculos cinematográficos. En el cartel se matizan las películas dramáticas con las festivas, ofreciendo de tal guisa una agradable variedad que consulta todos los gustos.

GLORIA

Este salón de la avenida de Mayo es uno de los más frecuentados del centro, ofreciendo diariamente interesantes funciones en que se exhiben películas bien seleccionadas y que responden a los deseos del público más exigente. Es de notar que aquí se pasan los "films" de mayor atracción y que nunca se defrauda las esperanzas de los espectadores.

PARC

Con salas bien pobladas viene desarrollando su temporada este lujoso cine de Palermo, favorito de las familias del barrio.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. **MODELO DRECOLL.** — Traje de crespón de China, color negro, adornado con una alta franja glicerizada. Cuello con reverses de satén encerado. A un costado lleva una hebilla de joyería sujetando el anudado de la cintura. — 2. Traje para el campo, ejecutado con los "redondos florecidos multicolores". Velo de fondo blanco con lentejuelas bordadas en los tonos azul, amarillo, gris y cereza. Los volantes orlados con crespón de China color cereza; y guarnición de cintas del mismo tono. — 3. **MODELO JULIETTE COURTIEN.** — Trajecito de crespón de China color azul marino estampado en rojo y adornado con cintas de tono rojo liso. Chaleco de encaje encerado.

Parker Duofold



La aristócrata de las plumas-fuente

UNICOS DISTRIBUIDORES:

THE RIVER PLATE SUPPLY C^o.

769 - Moreno - 775

38 - Mayo - 2815

Buenos Aires

Agente Exclusivo en el Uruguay: Pablo Ferrando. Sarandí 675. Montevideo.